

Yo caminaré de tu mano

SERIE CORAZONES HERIDOS II

TOWANDA RICHARDSON

Yo caminaré de tu mano

SERIE CORAZONES HERIDOS II

TOWANDA RICHARDSON

Yo caminaré de tu mano

Serie Corazones heridos 02

Towanda Richardson

© Towanda Richardson.
Portada: Towanda Richardson.

Reservados todos los derechos.
Esta es una historia de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Índice

[Sinopsis](#)

[1 Yo soy Lena](#)

[2 Y yo soy Nick](#)

[3 Encantada de conocerte](#)

[4 El primer día de trabajo](#)

[5 ¿Y si me gustas?](#)

[6 Mi realidad](#)

[7 Esa sonrisa](#)

[8 Bendita rutina](#)

[9 Feliz Navidad](#)

[10 Una Navidad diferente](#)

[11 Volver a *casa*](#)

[12 No quiero jugar](#)

[13 No huyas](#)

[14 Pareja de verdad](#)

[15 El deseo](#)

[16 Desde Los Ángeles con amor](#)

[17 ¿El mejor año de mi vida?](#)

[18 La gran decisión](#)

[19 La peor noticia](#)

[20 El hundimiento](#)

[21 La decisión más difícil](#)

[22 Un escalofrío en la espalda](#)

[23 Hundidos](#)

[24 ¿Esperar?](#)

[25 El reencuentro](#)

[26 Mi jodida verdad](#)

[27 Londres para dos](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Lena Bouvier es una niña prodigio de la informática. Con solo veinticinco años, dirige el departamento de programación de una importante empresa de diseño de aplicaciones para móviles. Es feliz con su trabajo, con su puesto de entrenadora de un equipo de baloncesto adaptado, con sus amigos. Hace mucho tiempo que dejó de llorar por el desgraciado golpe del destino que la dejó postrada en una silla de ruedas cuando solo era una adolescente.

Nick Webber es una estrella del fútbol americano. El deporte es toda su vida, por lo que pasar un año lejos de las canchas por una lesión será todo un reto para él. Decide ocupar esos meses de convalecencia para acabar las prácticas que dejó a medias en su carrera universitaria. Y allí, en una empresa perdida en Silicon Valley, conoce a Lena Bouvier.

Y la amistad surge entre ellos. Una chispa. La complicidad. Algo a lo que es difícil dar nombre, pero que a ninguno de los dos les pasa desapercibido.

¿Le darán una oportunidad a su historia? ¿Se darán una oportunidad a sí mismos?

1

Yo soy Lena

Lena Bouvier era toda una leyenda en las instalaciones de MobApp Technologies, una de las empresas punteras del sector de la programación de aplicaciones para móviles de Silicon Valley. Lo mismo ocurría en la pista adaptada de la Universidad de Berkeley, donde entrenaba al equipo masculino de baloncesto en silla de ruedas de los San Francisco Pioneers y en la que se encontraba en ese momento.

—Vamos, panda de inútiles, ¡el sábado hay un partido y tenéis que ganarlo! Dejad de comportaros como unos niñatos malcriados y sudad.

—Joder con la sargento de hierro —susurró a sus espaldas Jamie Parks, que había sido todo un mito en la NBA y, desde hacía algunos meses, se había unido al equipo dirigido por Lena. Lo disfrutaba, era una de las mejores ideas que había tenido en muchos años, pero cada día sentía ganas de atropellar a la entrenadora con su silla de ruedas.

—¡Te he oído, Parks!

Con un giro ágil de su propia silla, Lena abandonó la cancha y dejó que el preparador físico —demasiado blando para su gusto— se encargara de la parte final del entrenamiento de aquel día. Ella tenía asuntos importantes de los que encargarse en la empresa.

Sí, Lena Bouvier era toda una leyenda, y solo había necesitado veinticinco años para lograr serlo. Los había cumplido pocas semanas antes de aquel día en que una obligación apuntada en su agenda para media mañana cambió el rumbo de la historia de su vida. Pero ni su edad, ni su discapacidad física ni la poquísima atención que siempre le había prestado a su apariencia habían impedido que todos a su paso —al de su silla de ruedas, en realidad— se pusieran en posición de firmes. Su personalidad arrollaba, impresionaba..., aunque ella no siempre entendiera por qué. Pero su historia vital hablaba por sí sola.

Lena había sido una niña feliz y tranquila, deportista, amable y cariñosa, hasta que la vida se le había partido por la mitad en plena adolescencia. Bueno, lo cierto es que lo que se le había roto por la mitad era la espalda, en un desgraciado accidente que a punto estuvo de matarla, pero que acabó por revivirla. Despertó en ella una enorme ansia de hacer cosas y un perpetuo agradecimiento por la segunda oportunidad brindada. Desde aquel día, diez años atrás, no había dejado de dar gracias a la vida por cada una de sus respiraciones.

En cuanto su precaria situación de salud inicial tras el accidente había mejorado un poco, Lena dedicó todos sus esfuerzos a estudiar. Al fin y al cabo, en aquella época aún pensaba que su cerebro sería la única parte de su cuerpo que podría darle alguna alegría. Poco tiempo después, supo que se equivocaba y descubrió el baloncesto en silla de ruedas. Jugó durante algún tiempo, pero enseguida se dio cuenta de que lo que realmente disfrutaba era la planificación de la estrategia, así que se tituló como entrenadora mientras estudiaba en la universidad y dedicó a ello la mitad de sus esfuerzos. La otra mitad... a graduarse como la número uno de su promoción en programación informática, dos años antes de lo que le correspondía.

Como era de esperar, en cuanto lanzó el birrete al aire en su ceremonia de graduación en Berkeley, le llovieron las ofertas de trabajo. Solo con lo que le ofrecían las dos primeras empresas cuyas propuestas evaluó, ya podría haber liquidado sus préstamos universitarios y vivir desahogadamente. Pero fue la de MobApp Technologies la que se llevó la palma. No solo porque su oferta económica no era ni mucho menos mala. También porque la empresa contaba con una política muy firme de integración de personas con diversidad funcional e incluso con

alojamientos adaptados en los que podían vivir indefinidamente los empleados que lo necesitaran. ¿Ahorrarse la pesadilla de buscar un apartamento en San Francisco? Sí, gracias.

Cuando conoció al señor Donaldson, el fundador y CEO de la empresa, tuvo claro que aquel era su lugar. Y no era solo porque compartieran *medio de transporte*, como les gustaba decir cuando se encontraban por los pasillos, sino porque había hecho de la integración de trabajadores en silla de ruedas una de los principales objetivos de su empresa. En MobApp Technologies trabajaban alrededor de setecientas personas, y aproximadamente una quinta parte eran usuarios de silla de ruedas. Desde el CEO hasta muchos de los becarios. Por ello, toda la empresa estaba adaptada, no había escaleras, los ascensores, puertas y pasillos eran lo suficientemente amplios y los lavabos contaban con todos los avances posibles. Lena sabía que allí se sentiría como en casa, sin miradas de lástima —jamás las había tolerado— ni dificultades añadidas por la falta de conocimiento, y muchas veces de voluntad, de los empresarios que contrataban a personas con diversidad funcional solo para cubrir un cupo.

Y allí llevaba Lena algo más de cuatro años. Casi un lustro en el que había logrado convertirse en la directora de operaciones del diseño de *apps* y en la encargada de planificar la estrategia de integración de la empresa. Todo ello combinado con ser la entrenadora de los San Francisco Pioneers y trabajar de vez en cuando como ayudante del seleccionador nacional de baloncesto adaptado. Sí, todo eso había conseguido en solo medio siglo de vida.

Y ahora se dirigía a una de las muchas tareas que cubrían cada día las páginas de su agenda, de la que jamás se separaba. Le tocaba recibir a un nuevo trabajador que se incorporaba a la empresa ese mismo martes. Era parte de sus funciones como encargada de integración: hacer que todos los usuarios de sillas de ruedas que llegaran a trabajar a MobApp se sintieran cómodos desde el primer día. Y en el caso de Nicholas Webber, además, estaría bien que se conocieran cuanto antes, puesto que ella tendría que encargarse de supervisar su formación durante el año que permaneciera en la empresa.

Mientras se dirigía al *hall* principal del alojamiento para empleados, repasó el *dossier* que le habían pasado desde Recursos Humanos. En realidad, ya casi se lo sabía de memoria, pues consideraba fundamental conocer a alguien con quien iba a trabajar codo con codo durante un año y que, además, viviría en el apartamento de enfrente del suyo.

Nicholas Patrick Webber tenía veintiséis años. Había estudiado Ingeniería Informática en el MIT, carrera que había compaginado con una exitosa trayectoria en el mundo del deporte. Del fútbol americano, en concreto. A Lena le gustó ese dato. Conocía bien la disciplina asociada a la práctica profesional del deporte y sabía que era una buena base para trabajar en equipo y luchar por objetivos profesionales. De hecho, Nicholas había optado, cuando estaba a punto de graduarse, por renunciar a las prácticas profesionales necesarias para obtener el título, en favor de su carrera deportiva. Llevaba tres temporadas jugando en la NFL, una oportunidad que ningún futbolista habría rechazado, aunque implicara dejar su titulación pendiente para otro momento. Y ese momento acababa de llegar. Nicholas había sufrido un accidente ese mismo verano, algunas semanas atrás, y tendría que estar alejado de las canchas de fútbol durante una buena temporada. Literalmente. Como mínimo, una temporada de la liga. Así que había decidido hacer esas prácticas profesionales que le permitirían titularse como ingeniero y la empresa elegida había sido MobApp Technologies. Es decir... Lena sería su jefa durante al menos diez meses.

Una vez repasados los apartados referentes a su dominio de los idiomas, conocimientos informáticos y otras aptitudes de su currículum, Lena consultó su reloj. Quedaban aún veinte minutos para la hora fijada a la que él llegaría al *hall* de entrada del edificio de viviendas para trabajadores, así que le daba tiempo a pasarse por su cuarto a asearse brevemente. La cuestión de

la higiene personal era algo que siempre la había obsesionado bastante.

Estaba arreglándose el pelo cuando los ojos se le escaparon de nuevo a la foto de aquel currículum y se arrepintió un poco de no haber buscado a Nicholas Webber en Google. Al fin y al cabo, ella era una fanática del baloncesto y no conocía ni siquiera a los jugadores más prominentes de la liga de fútbol —entre los cuales no se encontraba Nicholas—. Cruzó los dedos internamente para que fuera un poco menos atractivo de lo que parecía en su foto. No es que ella tuviera ningún problema con la belleza masculina —sabía apreciarla, de hecho—, pero se sentía demasiado insegura con la suya propia como para estar cómoda trabajando al lado de un chico de su edad que, si las circunstancias hubieran sido otras..., pues eso: podrían haber sido otras.

Porque Lena tenía claras muchas cosas. Las mismas que la mayoría de la gente que la conocía pensaba de ella. Que era una especie de genio de la informática, una niña prodigio universitaria convertida en una profesional impecable. Que tenía una personalidad fuerte, un afán de superación sin igual y que había convertido su discapacidad en su mayor fortaleza. Que era arrolladoramente sincera y también cariñosa con las personas a las que quería. Y que parecía la mujer más segura de sí misma de todo el planeta Tierra.

Pero había otras, más ocultas, más enterradas bajo todas esas capas que eran verdad, pero que mostraban solo una cara del conjunto completo de lo que era Lena Bouvier. Y es que Lena había renunciado diez años atrás a toda posibilidad de llegar a enamorarse. De disfrutar del sexo..., mejor ni hablar. Su cuerpo se había encargado de dejarle claro que eso nunca sería una opción. De hecho, en realidad Lena nunca había renunciado a todo aquello. Era tan niña cuando sufrió el accidente que ni siquiera había conocido esos sentimientos, esos instintos...

No era algo que le doliera. No dedicaba apenas tiempo a pensar en ello. Solo sentía alguna nostalgia por aquello que nunca había sido suyo, que nunca había estado presente en su vida, cuando se dejaba llevar en una noche de viernes y acababa enganchada a una comedia romántica en Netflix. O cuando alguna compañera de trabajo le contaba que había tenido una aventura de fin de semana o que creía estar enamorándose de ese chico con el que había tenido un par de citas. En esas ocasiones, de vez en cuando, se le pasaba por la cabeza que se estaba perdiendo algo magnífico, pero, como jamás se había enamorado, ni sentido una mínima atracción por otra persona siquiera..., al día siguiente se le olvidaba, y su vida continuaba como si tal cosa.

Lena se miró un par de veces en el espejo antes de salir para su cita. No era algo que hiciera demasiado a menudo, lo de comprobar qué imagen le devolvía el reflejo. Ella era una firma partidaria de la idea de que una mujer debía arreglarse —o no hacerlo— para sí misma, y solo para sí misma. Que la idea de ponerse guapa para gustar a los hombres era algo anticuado y probablemente machista. Pero en su fuero interno, estaba convencida de que esa falta de interés en el sexo y el romance era en parte responsable de que nunca hubiera dedicado ni un segundo a pensar en su aspecto físico.

Lena era delgada; siempre lo había sido, ya antes del accidente, y mantenerse en forma después de él se había convertido en una cuestión de supervivencia cuando sus posibilidades de desplazarse pasaron a depender por completo de la fuerza de la parte superior de su cuerpo. También había sido siempre bajita, aunque las sillas de ruedas tenían el magnífico poder de convertir en corto de estatura a cualquiera, así que esa nunca había sido una preocupación. Llevaba el pelo corto, muy corto, pero no con uno de esos estilos *garçon* que tan bien quedan a las actrices francesas, sino más bien con el corte adecuado para ahorrarse tiempo por las mañanas y no tener que preocuparse más que de llevarlo limpio. Hacía años que no se ponía unas lentillas, porque se encontraba más cómoda, para sobrellevar tantas horas delante de pantallas de ordenador, móvil y todo tipo de pantallas digitales, con las pequeñas gafas de pasta de color

violeta que tenía desde que era una adolescente. Y desde hacía algo más de un año, además, su sonrisa lucía un toque metálico, por cortesía de una ortodoncia que había estado posponiendo demasiado tiempo. Desde luego... no tenía pinta de acabar protagonizando una portada de *Vogue*.

Y eso nunca le había importado una mierda, así que resopló algo frustrada por permitir que esa tontería la distrajese más de la cuenta e hiciera que llegara ya un poco tarde a su cita con Nicholas. Le hizo una peineta mental a su reflejo en el espejo, desancló el freno de su silla de ruedas y enfiló el pasillo principal del alojamiento para dirigirse al lugar en el que había quedado con su nuevo compañero... y vecino.

Y yo soy Nick

Nick esperó con paciencia a que se extendiera del todo la rampa eléctrica de la furgoneta que lo había acercado a las instalaciones de MobApp Technologies. Una vez estuvo apoyada sobre la acera de acceso al edificio donde viviría los siguientes meses, se lanzó al descenso. *Se lanzó*. Literalmente. Porque hacía ya tres semanas que no le quedaba más remedio que desplazarse en una silla de ruedas, pero estaba aún muy lejos de controlar los movimientos. La mitad del tiempo se lo pasaba estancado en un lugar; la otra mitad, desplazándose sin control, embalado, hacia sitios que no eran los que pretendía. Joder, él había aprendido a conducir un coche a los doce años, en apenas un par de horas con su hermano mayor —a escondidas de sus padres, por supuesto—, y ahora era incapaz de dominar aquella maldita silla.

En su cabeza, aunque se sentía ingrato, culpó a su madre. Margaret Webber era todo un carácter, además de la madre más cariñosa de Massachusetts, probablemente, y no había dejado a Nick ni a sol ni a sombra desde que había sufrido el accidente. Cada vez que él intentaba aprender a hacer un giro o un movimiento algo difícil con la silla de ruedas, Margaret aparecía como de la nada para llevarlo y traerlo a donde él quisiera. Dios mío, adoraba a su madre, pero había sido una bendición que llegara el día de su viaje a California para perder de vista el exceso de protección, al que tampoco eran ajenos su padre, su hermano mayor Matt y ni siquiera el pequeño, Donnie.

El cielo estaba chispeante aquella mañana en San Francisco. No es que aquello lo sorprendiera; había leído mucho sobre la ciudad a la que iba a trasladarse en las muchísimas horas que había pasado en reposo en las semanas anteriores, y sabía que la lluvia era una fiel —y casi siempre sorprendente— compañera. El problema era que la lluvia era también un fenómeno meteorológico muy diferente desde que no podía caminar. Apenas un mes antes, Nick habría dado tres zancadas y se habría refugiado bajo la marquesina de autobús. Fin del problema. Ahora, en cambio, tenía que rodar por una acera mojada, lo cual hacía que sus manos se humedecieran —y no precisamente con agua limpia—, buscar un refugio en el que cupiera la silla al completo y dejar su equipaje abandonado en el mismo punto de la calzada en el que lo había colocado el conductor del transporte desde el aeropuerto.

Había quedado a las doce con Lena Bouvier, que, según había leído en la documentación que había ido recibiendo esas semanas, sería una figura omnipresente en su vida. De entrada, tendría que trabajar codo con codo con ella, como jefa y directora de prácticas. También vivirían en el mismo edificio y tendría que recurrir a ella para cualquier dificultad que le surgiera en el día a día debido a su recién adquirida discapacidad, pues la señora Bouvier era también la responsable de adaptación de los trabajadores con diversidad funcional.

Nick resopló frustrado por la espera, a pesar de que aún eran las doce menos diez. *Frustrado* parecía ser el término estrella de su vida, desde aquella tarde de julio en que las cosas se habían torcido de forma tan radical para él. Lo peor había pasado, evidentemente. Lo peor habían sido las semanas en el hospital, la incertidumbre con cada cirugía, el pánico puro a no poder volver a caminar nunca, la posibilidad de que sus opciones de volver a las canchas de fútbol como profesional desaparecieran. Una vez que todas aquellas cuestiones habían ido quedando resueltas... lo peor había pasado. Ahora solo quedaba la frustración de sentirse torpe en sus movimientos, cuando él siempre había sido ágil como una gacela. Pero todo lo demás se había ido resolviendo más o menos bien.

Un entrenador que Nick había tenido en la época de la universidad les decía siempre una frase que a él le vino a la mente en una de las largas y calurosas tardes de hospital: cada caída es una oportunidad para levantarse. La caída de Nick había sido tremenda —figurada y literalmente— y parecía difícil encontrar una vía por la que salir airoso de ella. Pero su hermano Donnie, el pobre Donnie, que tan culpable se sentía por el accidente, apareció un día por la clínica con una propuesta que a él no tardó en emocionarlo.

Donnie le había encontrado trabajo. Con solo diecisiete años, aquel niño al que había enseñado a montar en bicicleta mucho tiempo atrás se había dedicado a buscar en bases de datos de empresas informáticas una idónea para que Nick acabara las prácticas que no había hecho en su momento para graduarse porque el fútbol se había cruzado en su camino. Al principio pensó que su hermano estaba alucinando, pero enseguida comprobó que la empresa aceptaba siempre con los brazos abiertos a estudiantes aún no graduados —que no era exactamente su situación, pero... casi—. También que trabajaban en el sector exacto que a Nick siempre le había parecido más atractivo, el del diseño y programación de las aplicaciones para *smartphones*. Y por si todo eso fuera poco, la propia empresa contaba con un edificio de apartamentos adaptados para trabajadores con diferentes discapacidades. Ni diseñado a medida podría haber sido mejor...

Nick Webber siempre había sido un tío optimista. Lo había aprendido en su casa, en la que la vida siempre les había sonreído y todos habían aprendido a devolverle el gesto. La misma tarde que Donnie había aparecido con la propuesta y la habían analizado juntos, el doctor que lo trataba desde el día del accidente le confirmó que sí podría volver a jugar al fútbol. Después de unos cuantos meses —aproximadamente un año— y de muchísimo trabajo duro de rehabilitación, pero... volvería a ser un futbolista profesional en la NFL. Así que todo conspiró para que se ilusionara como un loco, diseñara un currículum a toda velocidad, lo enviara a MobApp Technologies, llamara a unos cuantos contactos... Y apenas dos días después, Nick Webber había sido aceptado para el programa de prácticas que dirigía Lena Bouvier.

Y así había llegado hasta aquella mañana en la que se había despedido en el aeropuerto de Boston de sus padres. Le habían dicho adiós preocupados, pero él sabía que también orgullosos de que hubiera tomado una decisión tan independiente como marcharse a la otra costa cuando aún no era del todo capaz de valerse por sí mismo.

«A ver si llega esta mujer...». Nick no soportaba la impuntualidad —él mismo era conocido en el equipo por ser el único que siempre llegaba diez o quince minutos antes de la hora de comienzo de los entrenamientos—, pero aquel día en concreto era la impaciencia por empezar su nueva vida la que hacía que estuviera deseando que apareciera Lena Bouvier. Bueno... eso y también la lluvia, que estaba anegando sus maletas y ya empezaba a dudar si no tendría que ponerse una camisa empapada para su debut profesional.

Pero Nick no podía engañar a nadie... La ilusión era mucho mayor que los nervios, la frustración o el miedo al fracaso. Hacía ya muchos años que Nick no vivía una «primera vez». Cuando tenía dieciocho años y la decisión casi cerrada de estudiar en Harvard, al ladito de casa, el MIT le había ofrecido una beca deportiva completa. Nick sabía que siempre había destacado en las ligas preuniversitarias, pero no imaginó nunca que tendría la oportunidad servida en bandeja de compaginar su carrera de Ingeniería Informática con el fútbol. Cuatro años después, ni siquiera fue capaz de graduarse, porque la oferta de los New England Patriots para jugar en la NFL fue más fuerte que cualquier ambición académica. La primera vez que entró en el Gillette Stadium para un entrenamiento y conoció a quienes hasta entonces habían sido sus ídolos, y a partir de aquel momento serían sus compañeros, le temblaban las piernas. Pero no le temblaron cuando empezó a anotar tantos, cuando se convirtió en el más rápido en los entrenamientos,

cuando entrenó más que nadie, hizo más horas extra en el gimnasio que nadie... y cuando escuchó por primera vez su nombre coreado por los aficionados locales.

Aquel había sido su último debut. En los años que habían pasado desde entonces, su vida había sido más rutinaria de lo que nadie podría imaginar. Entrenamientos, partidos, entrenamientos, partidos. Algo de diversión por medio, por supuesto. Al comienzo de su carrera, muchos clubs, coches caros y mujeres que lo adoraban incluso más de lo que él desearía. En los últimos tiempos, a partir de los veinticinco, más o menos, mucha Play, Xbox, fines de semana en familia y viajes de desconexión. Pero, profesionalmente, podría decirse que seguía una rutina muy cerrada: todo su tiempo dedicado al fútbol y ya apenas nada a la informática.

Ese sería el gran cambio de ese año. La informática, que había sido su pasión desde niño, por más que su hermano Matt lo torturara un poco llamándolo *friki*, volvería a la primera línea. La carrera no le había costado demasiado; tenía fuerza de voluntad para estudiar cuando la materia le gustaba, así que los notables y sobresalientes habían ido poblando su expediente hasta el momento en que había tenido que elegir entre el fútbol y los estudios... y no había tenido ninguna duda.

Ahora llegaba el momento de retomar aquello que había quedado pendiente. Aquello que su madre le había repetido tantas veces. «Pero las prácticas, hijo...» había sido su frase cuando él había comunicado a la familia, eufórico, que la siguiente temporada jugaría en la NFL. Ahora ella podría quedarse satisfecha, y él también, al trabajar en una de las empresas más punteras del sector. El fútbol se lo había dado todo en la última década; había llegado el momento de saldar la deuda y conseguir lo único que el fútbol le había quitado.

La puerta de entrada al edificio de apartamentos —que, por cierto, había dejado a Nick alucinado por lo moderno y lujoso— se abrió de repente, y ante los ojos de Nick apareció una mujer de su edad, o quizá más joven. No tenía ni idea de por qué, quizá por su estatus profesional y la gran cantidad de responsabilidades que parecía tener en el organigrama de la empresa, pero desde el primer momento había imaginado a Lena Bouvier como una mujer de mediana edad.

Sin embargo, la chica que acababa de aparecer ante él —y esa tenía que ser Lena, pues nadie más había entrado o salido en todo el rato que llevaba allí plantado— no aparentaba tener más de quince o dieciséis años, con su pelo cortito, su aparato en los dientes y una sudadera con capucha rosa palo de la Universidad de Berkeley. Pero lo que más llamó la atención a Nick no fue eso. Fue el hecho de que ella también usaba una silla de ruedas. Se le había pasado por la cabeza esa opción al saber que ella se encargaba de asistir a los trabajadores con discapacidad, pero confirmarlo lo había tranquilizado. Porque Nick había sido toda su vida un tío muy seguro de sí mismo, pero aquella maldita silla se había llevado por delante mucha de esa confianza. De hecho, ya había echado un vistazo a la rampa de acceso al edificio y no las tenía todas consigo para ser capaz de subirla sin ayuda. Quizá debería haber entrenado un poco antes de lanzarse a la aventura de irse a miles de kilómetros de su hogar sin una mano amiga que lo asistiese. Sí, esa idea era bastante incompatible con sus ansias de independencia; Nick lo sabía bien.

Quizá Lena fuera esa mano amiga. Nick sonrió ante la idea. Ella creyó que el gesto iba para ella —en cierto modo, así era— y le devolvió la sonrisa, no sin antes taparse la boca de forma tímida. A Nick le gustó aquella mujer, incluso sin haber llegado a intercambiar una sola palabra con ella. Lena sintió algo parecido. Lo que ninguno de los dos podía ni imaginar en el momento de aquel primer encuentro era que sus vidas estaban a punto de cambiar para siempre.

3

Encantada de conocerte

—Mil perdones. —Lena abrió la puerta apresurada y se dirigió a Nick casi antes de que él pudiera registrar su presencia—. Me he despistado y llego un poco tarde. Supongo que eres Nicholas Webber, ¿verdad?

—Nick, por favor —le respondió él con una sonrisa radiante, al tiempo que le tendía la mano, en un gesto lleno de ese encanto clásico que su madre le había inculcado y que a tantas mujeres había enamorado desde que estaba en la pubertad.

—Lena Bouvier. Ahora te acompañaré a tu estudio y te enseñaré el resto de las instalaciones para que puedas adaptarte a la rutina cuanto antes.

—Perfecto. —Otra sonrisa. Lena empezaba a desear que el gesto se le borrara, porque cualquier idea sobre el físico de Nick que pudiera haberse hecho con la foto de su currículum se quedaba muy corta después de conocer la versión de carne y hueso.

—¿Vamos?

—Emmmm...

Nick echó una mirada furtiva a sus maletas, pero se mordió la lengua antes de confesar que no tenía ni idea de cómo podría transportar sus dos *trolleys* de tamaño grande hasta dentro del edificio. Con lo que no contaba era con que la célebre perspicacia de Lena iba ya diez pasos por delante de él.

—¿Cuánto tiempo llevas en la silla? —le preguntó, señalándolo con un gesto casi imperceptible de su barbilla.

—Unas... tres semanas —respondió él, algo titubeante, pues aún no se acababa de sentir cómodo hablando de su nueva situación física.

—Primera lección: si tú vas en silla de ruedas, tu equipaje va en mochila.

—Lo tendré en cuenta, pero... me temo que llegas un poco tarde con el consejo. —Nick se mordió el labio y Lena apartó la mirada, algo ruborizada—. ¿Qué hacemos?

—Deja que haga una llamada.

Lena dio un par de órdenes al teléfono, a alguien con quien debía de tener mucha confianza, y Nick tuvo que fiarse cuando ella le indicó que dejaran las maletas donde estaban.

—George es la persona de mantenimiento a la que podemos recurrir cuando hay algo a lo que no llegamos. —Lena subió la rampa en un movimiento tan ágil que Nick tuvo que usar toda la fortaleza de sus brazos de futbolista para seguirla—. Te voy a dar la segunda lección sobre la vida en una silla de ruedas: podemos convencernos de que cualquier cosa es posible, pero... a veces nos encontramos obstáculos imposibles de salvar, y no pasa nada por pedir ayuda.

—¿Como las maletas de ruedas?

—Por ejemplo.

Compartieron una sonrisa y rodaron uno junto al otro por el *hall* del edificio de viviendas. Nick estaba acostumbrado a todos los lujos que rodean la glamurosa vida de un jugador de fútbol profesional, pero no pudo evitar abrir los ojos como platos al comprobar la calidad de los materiales de aquel edificio, el estilo con el que estaban integrados los elementos arquitectónicos como rampas o asideros y los avances tecnológicos que facilitaban la vida de los residentes.

—*Et... voilà*. Aquí tienes tu futura vivienda para los próximos meses.

Lena abrió la puerta con una tarjeta magnética que enseguida le entregó a Nick y dejó que él entrara primero. El apartamento estaba decorado de forma espartana, pero con estilo. Se trataba

de un único espacio de unos treinta metros cuadrados, donde convivían una cama doble, un sofá con pinta de ser realmente cómodo, un armario de tres cuerpos y una pequeña cocina con todo el equipamiento necesario. Una puerta al fondo, de un ancho especial, al igual que todas las demás del edificio, daba acceso a un cuarto de baño con asideras, un asiento en la ducha y suelo antideslizante.

En la esquina más cercana a la puerta, había un escritorio con un equipo informático incluso mejor que el que Nick tenía en su casa de Boston, con una gran pantalla colgada en la pared que también podría utilizarse como televisión. Varias baldas sobre el cabecero de la cama parecían el lugar ideal para que Nick colocara los libros que había empaquetado para que le enviaran desde casa y para algunos de los trofeos que había ganado a lo largo de su carrera y que no había podido evitar meter en su equipaje, convencido de que verlos a diario le daría las fuerzas necesarias, cuando flaqueara, para recordarle que su objetivo de volver a los campos de fútbol estaba al final de aquel duro camino.

—Impresionante, ¿eh? —Lena sonreía con suficiencia desde su silla y Nick se dio cuenta de que se había quedado algo impactado por el aspecto de su nueva vivienda.

—No me esperaba algo así, la verdad. Es... es una pasada.

—Sí que lo es. Yo llevo cuatro años viviendo en el de ahí enfrente —Lena señaló con el pulgar hacia la puerta; su estudio estaba a apenas cinco metros del de Nick— y no me iría a vivir a la ciudad por nada del mundo.

—Al precio que están los alquileres en San Francisco... no me extraña.

—No creo que eso sea un gran drama para un jugador de la NFL, ¿no?

—Bueno... jugador de baja, en este momento, como es obvio. —Nick hizo una mueca al tiempo que se señalaba a sí mismo.

—¿A qué hora has salido de Boston?

—¿Qué?

—Habrás tenido que madrugar una barbaridad para llegar aquí a las doce, ¿no?

—Pues sí. Me he levantado a las dos de la mañana.

—Y estarás muerto de hambre. —Nick asintió con una sonrisa—. Vente, anda. Voy a enseñarte el comedor de empleados.

Lena lo guio a través de diferentes pasillos, algunos con una pequeña pendiente, que disimulaba bien la ausencia de escaleras y conducía a los distintos niveles en que se dividían las instalaciones de MobApp Technologies. Accedieron al final de una gran puerta corredera automática a un espacio que, más que un comedor de empresa, parecía un restaurante de esos *híster* tan modernos que proliferaban por la zona de la bahía.

—Vaya pasada.

—Sí, la verdad es que el año pasado se hicieron reformas en el comedor y ahora está mucho más... humanizado, digamos. Además, la comida es buenísima. Se puede comer muy sano y rico... o hincharnos a pizzas y hamburguesas. Eso ya depende de la fuerza de voluntad de cada uno, claro.

—¿Podemos utilizarlo también en los días libres?

—Sí. El comedor, de hecho, es la estancia que divide la parte privada de las instalaciones de la puramente laboral. En fines de semana y vacaciones, quienes vivimos aquí podemos acceder a la biblioteca, la sala de juegos, los jardines, el comedor, el gimnasio... Pero no a la parte de oficinas, laboratorios y despachos.

—Comprendo.

—Sí. Pero aún tardarás en conocerlo todo. Esto es inmenso.

—¿Está todo adaptado a minusválidos?

—Usuarios de silla de ruedas o personas con diversidad funcional. «Minusválido» es una palabra que no nos gusta a ninguno. ¿O es que tú te sientes *menos válido* que los que van por ahí caminando?

—*Touché*. Tienes toda la razón.

—Olvídalo. —Lena le quitó importancia con un gesto de su mano, pero el tono en el que había hablado no le dejó ninguna duda a Nick de que aquel era un tema sensible para ella—. Sí, está todo adaptado. ¿Sabes la historia de nuestro jefe?

—Sí, he estado investigando un poco sobre la empresa desde que me surgió la oportunidad de trabajar aquí. Sé que estudió Ingeniería Informática en Berkeley y que se le considera uno de los principales artífices del crecimiento de Silicon Valley en su primera época...

—Ya, ya, eso lo sabemos todos. Sale en *Forbes* a menudo, ¿sabes? Yo hablaba de su historia personal.

—Pues ahí... me temo que me pillas.

—Tuvo un accidente de tráfico poco después de acabar sus estudios. Perdió la movilidad de las piernas y parte del tronco. A partir de ese momento, se propuso dos cosas: fundar esta empresa y que ningún usuario de silla de ruedas tuviera problemas para trabajar aquí en igualdad de condiciones con el resto de sus compañeros. De aquella idea a esto...

—... ha habido mucho trabajo.

—Y muchas ganas —confirmó Lena con una sonrisa—. ¿Qué te apetece comer?

—Pues la verdad es que debería cuidarme un poco, porque he perdido bastante masa muscular y he ganado algo de grasa en las semanas que han pasado desde el accidente, pero... desde que has dicho la palabra «pizza» no puedo pensar en otra cosa.

—Sabía elección. El *chef* de aquí es italiano. —Lena le sonrió, aunque de una forma tímida, tapándose la boca con una mano, y se apartó de la mesa—. Ahora vuelvo.

—¡Que no tenga piña!

Nick observó a Lena Bouvier alejarse y se preguntó cuál sería la historia de aquella chica. Parecía muy joven, jovencísima, pero tenía ya un puesto de mucha responsabilidad en la empresa. Se manejaba en la silla de ruedas casi como si hubiera nacido en ella. Y parecía por un lado la mujer más segura de sí misma del planeta, y por otro una chica tímida que se ruborizaba cuando él le sonreía.

Cuando la vio regresar con una gran bandeja adosada a los reposabrazos de la silla, cabeceó intentando pensar en otra cosa. Él no estaba allí para analizar el físico o el interior de Lena Bouvier, sino para trabajar a sus órdenes, acabar las prácticas que le dieran al fin su título universitario y comenzar a labrarse un futuro para el día —esperaba que muy lejano— en que el fútbol fuera ya historia. Tenía que centrarse en eso y no pensar más de la cuenta en una mujer que, al fin y al cabo, estaba muy lejos de los cánones físicos que a él solían gustarle.

—¿*Pepperoni* y anchoas, vegetal, jamón y queso o cuatro estaciones? Elige dos porciones. A mí —Lena emitió un suspiro exagerado—, por desgracia, me gustan todas.

—Pues... cuatro estaciones y *pepperoni*, si te parece bien.

—Perfecto.

Comieron un rato en silencio, acompañando aquella pizza deliciosa con largos tragos de sus refrescos. Lena estaba concentrada en su móvil, respondiendo mensajes, consultando planes de trabajo y resolviendo las dudas de algunos miembros de su equipo que acusaban su ausencia de aquella mañana. Nick, en cambio, no dejaba de observar a los trabajadores que entraban y salían del comedor, el lujo de las instalaciones y los muchos —muchísimos— *gadgets* tecnológicos que

parecían poseer todos por allí.

—¿Y qué te pasó exactamente?

Lena no pudo aguantarse más la intriga. Sabía que, para las personas que sufrían una lesión que era evidente a los ojos de los demás, era un auténtico coñazo que siempre les preguntaran por lo que les había pasado. Pero había una cierta solidaridad entre quienes estaban jodidos y ella no tendría ningún problema en contarle a él lo suyo en un *quid pro quo* de lesiones frustrantes.

—Me caí de un tejado.

—¿Te caíste de un tejado? —A Lena estuvo a punto de darle la risa, pero el gesto adusto de Nick hizo que se repensara el gesto.

—Estaba ayudando a mi padre y a mi hermano pequeño a arreglar unas goteras de la casa familiar, pisé en falso y acabé cayendo de pie en el porche.

—¡Ichs! —Lena imitó un gesto de dolor—. Suena bastante mal.

—Suena a la tibia derecha rota por dos sitios y el peroné por tres. Y eso solo en la pierna buena.

—¿Y en la mala?

—Fractura de fémur, fractura abierta de tibia, doble fractura de peroné con desplazamiento y el maléolo del tobillo destrozado, con implicación de ligamentos, tendones y un montón de cosas más con las que no te voy a aburrir.

Lena aceptó por los dos una bandejita de *brownies* de diferentes tipos de chocolate que la encargada de una pastelería cercana repartía a menudo entre los empleados que se encontraban en el comedor. Casi siempre había más demanda que oferta, pero Valerie tenía debilidad por Lena y solía acercarse a ella antes de que sus delicias volaran en manos de otros.

—Vas a conseguir que engorde cien kilos antes de que llegue la Navidad.

—Esto es solo hoy, en plan bienvenida por todo lo alto.

Nick le sonrió —otra maldita vez— y Lena apartó la mirada. Echó un vistazo a su compañero de mesa y se dio cuenta de lo incómodo que se encontraba aún en la silla. Ella ya casi no recordaba aquella primera época, de tantos años que hacía que había ocurrido su accidente, pero sí sabía que nunca había sentido dolor. Puede que esa sea la única ventaja de perder la sensibilidad en las piernas. Sin embargo, dudaba que Nick tuviera tanta suerte. Los hierros que atravesaban su pierna izquierda no parecían precisamente inofensivos.

—¿Tienes dolor?

—Todo el jodido rato. —Nick resopló—. Por suerte, mucho menos que hace un mes, cuando me despertaba gritando por las noches, pensando que tenía las piernas en llamas o algo así. Ahora llevo bastante bien las mañanas, regular las tardes y las noches solo las soporto con un calmante.

—¿Qué te han dicho los médicos? ¿Para cuánto tienes?

—De momento, me han operado las dos piernas ya unas siete u ocho veces. Cuando pierdes la cuenta del número de operaciones a las que te han sometido, es que estás bien jodido, ¿no? —Aunque sus palabras eran amargas, Nick acompañó el comentario con una carcajada que relajó el ambiente—. Tengo la pierna derecha llena de hierros por dentro y la izquierda... por dentro y por fuera. Ya ves esta mierda. —Nick se levantó un poco la pernera de su pantalón de chándal y le mostró bien a Lena lo que ella ya había vislumbrado: unos fijadores externos metálicos que entraban y salían de diferentes partes de su pierna. Por lo que podía deducirse bajo la tela, incluso llevaba algunos hierros a la altura de la cadera—. Hasta dentro de unos ocho o nueve meses no volverán a tocarme la pierna izquierda; hay mucho que curar ahí dentro y poco más se puede hacer de lo que han hecho ya. Luego tocará mucha rehabilitación, pero los médicos son

optimistas.

—¿Y la derecha?

—Me han prometido que en Navidad me quitan la escayola. —Nick sonrió, mostrando una dentadura perfecta y blanquísima, y dio dos toquecitos con sus dedos sobre la escayola que le cubría hasta un poco por debajo de la rodilla—. Después tendré que llevar una bota de estas horribles o algo así, pero podré apoyar el pie y empezar a despedirme de la silla de ruedas.

—En el gimnasio de la empresa hay varios fisioterapeutas que quizá puedan ayudarte con la rehabilitación. Sé que otros compañeros que han sufrido accidentes han puesto en contacto a sus médicos con los fisios de aquí y les ha ido bien.

—¿Hay alguna política de empresa por la cual está prohibido abandonar las instalaciones? —Nick se puso serio.

—¿Qué?

—Es una broma. —A los dos les dio la risa—. Pero aquí se puede trabajar, vivir, comer, hacer deporte y hasta recuperarse de una lesión. ¿No salís nunca? ¿Me estoy metiendo en una especie de secta?

—Pues... huye mientras estés a tiempo. —Lena soltó una carcajada—. Yo a veces tengo que hacer memoria para recordar la última vez que pisé las calles fuera de estas instalaciones.

—¿En serio?

—Aún no te he hablado de la sala de cine y de la barbaridad de juegos increíbles que hay en la sala de videojuegos, ¿no?

Siguieron comentando todos los detalles de aquella empresa que, en realidad, casi parecía una ciudad. Solo cuando disfrutaban ya del segundo café, Lena comenzó a contarle en qué consistiría su trabajo a partir del día siguiente, aunque le aseguró que el grueso de las explicaciones se lo daría en cuanto firmara el contrato, a primera hora de la mañana. A Nick casi casi le sonó a amenaza. Tenía una sensación cada vez más persistente de que Lena sería tan dura como jefa como agradable resultaba de compañera de mesa.

—Tus maletas ya deben de estar en tu estudio. Te dejo en paz para que puedas instalarte del todo.

Rodaron juntos de vuelta hacia el edificio de apartamentos y se despidieron frente a las puertas de sus respectivos estudios.

—Muchas gracias por todo, Lena. Mañana, entonces... ¿a las ocho y media en la oficina?

—Mejor a las ocho y veinticinco aquí mismo —le respondió Lena, señalando el pasillo que compartían—. Y si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

—Claro, vecina.

Nick se dio la vuelta después de guiñarle el ojo y Lena tuvo que reprimir un suspiro que se juró a sí misma que sería el último que él le arrancararía.

El primer día de trabajo

Eran casi las tres de la tarde cuando Nick fue capaz de exhalar el aliento que había estado conteniendo sin darse cuenta desde que había entrado en la que sería su oficina durante los siguientes meses. El ritmo de trabajo había sido frenético. Lena había tenido la *delicadeza* de informarlo de que su incorporación llegaba en un momento crítico, con un pico de tareas fortísimo en el que todos los trabajadores del departamento estaban aunando esfuerzos para conseguir llegar a una fecha de entrega complicada.

Aquella mañana Nick descubrió que todo lo que había estudiado en la universidad se dividía ahora en dos grupos: lo que no recordaba y lo que ya se había quedado obsoleto. Más de un lustro fuera del mundo de la informática era suficiente para sentirse completamente desactualizado. Lena le explicó cada detalle con paciencia y, a media mañana, le asignó una serie de tareas sencillas para que fuera incorporándose poco a poco a la dinámica del equipo. Bueno, en realidad aquello fue lo que le dijo, porque «sencillas» no sería el adjetivo que Nick habría utilizado para definir las. Sudó tinta para lograr sacar adelante aquello y tuvo que consolarse durante horas pensando en las palabras de su hermano Matt: que los primeros días de trabajo son siempre duros para todos. Eso le había dicho en un mensaje que había llegado por sorpresa — Matt no era un gran partidario del WhatsApp—, pero que le demostró que sus hermanos tenían siempre la capacidad para leerle el pensamiento en cualquier circunstancia.

Ni siquiera pudo acercarse al comedor a hacer un descanso. Ninguno de sus compañeros paró para comer. No hicieron ni el amago, así que él se integró a lo que parecía una costumbre demasiado habitual: coger un sándwich en una de las máquinas de *vending* y comérselo delante del ordenador. A las tres, las cosas empezaron a relajarse. Algunos compañeros recogieron sus bártulos y se los llevaron para terminar el trabajo desde casa. Lena continuó pegada a las nada menos que cuatro pantallas de ordenador que había sobre su escritorio, con las gafas de pasta resbalándole por la nariz y la mirada absolutamente concentrada en las líneas de código. Ella ni siquiera había comido.

—¿Quieres que me acerque a la máquina y te traiga algo de comer? En serio, tengo miedo de que desfallezcas —bromeó Nick, pero no tardó en darse cuenta de que ella ni siquiera estaba escuchándolo—. ¿Lena?

—¿Sí?

—Te decía que deberías comer algo.

—Sí, sí, ahora... —Lena resopló y apagó la pantalla principal. A continuación, se sacó las gafas y se frotó los ojos con ahínco—. Tienes razón. ¿Me acompañas a las máquinas?

—Sí. O me tomo un café o no seré capaz de superar la tarde sin echarme una siesta sobre el teclado.

Lena le sonrió, aunque con los labios apretados, y echó a rodar por el pasillo de camino al pequeño *office* que había en una esquina de la oficina diáfana. Nick la siguió, aunque con alguna dificultad al afrontar la rampa que daba acceso a esa zona de descanso.

—No te manejas demasiado bien con la silla, ¿no? —Lena cambió el tono duro profesional que había usado durante toda la mañana por uno más burlón.

—¿Tanto se nota?

—Ha habido un momento en que he pensado que tus dientes acabarían dejando marca en la rampa.

—Las rampas no son exactamente mi especialidad —confesó Nick con una mueca.

—El truco está en anticiparlas. —Nick frunció el ceño y Lena se explicó mejor—. Una de las primeras cosas que se aprenden al ir en silla de ruedas es a ver venir los obstáculos desde lejos. Cuando haya una rampa, por ejemplo, tienes que empezar a coger potencia desde un rato antes, para que sea la propia inercia la que te ayude a subirla y no tengas que dejarte los bíceps en el esfuerzo.

—Apuntado. Ya tengo lo de la mochila y esto. Voy a acabar aprendiendo más sobre ir en silla de ruedas que sobre programar *apps*.

—Es que yo tengo mucha más experiencia en lo primero que en lo segundo —le respondió Lena entre risas.

Se acercaron a una zona de sillones y Lena se pasó a uno de ellos en un movimiento ágil.

—¿Cuánto crees que puedo tardar yo en aprender a hacer eso? —le pregunto Nick, alucinado. Tenía el culo cansado, nunca mejor dicho, de pasarse el día en la silla de ruedas. Solo la abandonaba para meterse en la cama o ir al baño, porque las transferencias de una superficie a otra, sin poder apoyar los pies en el suelo, le parecía que tenían una dificultad similar a escalar el Everest.

—Con la destreza que te veo en todo lo demás... creo que dejarás la silla antes de conseguirlo.

—Muchas gracias por la confianza. —A Nick le dio la risa y pegó un sorbo a su vaso de café. Lena mordisqueaba un sándwich de pavo y queso—. ¿Queda mucho trabajo para esta tarde?

—Bueno... aquí siempre hay mucho trabajo. En este momento, con el proyecto que tenemos entre manos, más. Pero esta tarde no te voy a explotar mucho. Te explicaré algunas cosas que han quedado pendientes esta mañana y te dejaré irte a descansar.

—¿Y tú? ¿No descansas nunca?

—Pues... si le preguntas a mi madre, menos de lo que debería. Me gusta llevarme parte del trabajo al apartamento.

—Te gusta tu trabajo —afirmó Nick. No era una pregunta.

—Me fascina.

La sonrisa de Lena fue tan amplia —y por primera vez no la tapó con su mano— que Nick supo que era cierto sin necesidad de que ella especificara más. Pero él sí quería que lo hiciera. Recordaba muy bien cuánto lo había apasionado la informática a él cuando era adolescente y sintió curiosidad por saber si los orígenes de la emoción de Lena por su trabajo eran similares.

—Llevas mil años trabajando aquí, ¿no? Y no aparentas más de veinte, así que... tienes que explicármelo —le preguntó con una sonrisa, para quitar hierro a aquellas palabras que sonaban a interrogatorio.

—Tengo veinticinco años y llevo aquí cuatro; he ascendido rápido. —Lena no se ruborizó al decirlo. Siempre había estado muy orgullosa de sus logros profesionales, sobre todo porque sabía que estaban basados en muchísimo trabajo duro.

—Te lo has currado.

—Sí, supongo. Desde que tuve el accidente, me centré mucho en estudiar. La informática siempre me había encantado...

—¿Eras una *friki*? Porque yo sí lo era.

—Pues... bastante. —Los dos se rieron—. Como muchas otras de las aficiones que había tenido hasta la lesión ya no eran una posibilidad, me centré en esto. Perdí un año en el instituto y me obsesioné tanto con recuperarlo... que al final recuperé dos. Entré en la universidad a los diecisiete y a los veinte ya había acabado la carrera. Estoy aquí desde los veintiuno recién

cumplidos.

—Niña prodigio.

—Eso dicen, sí. ¿Se lo has escuchado a estos? —Lena señaló hacia las mesas que hasta un rato antes habían ocupado sus compañeros de departamento; Nick asintió—. Lo dicen para burlarse. Pero bueno, sí, no se me ha dado mal el trabajo.

Nick se la quedó mirando y se sorprendió de su modestia. Lena era una extraña combinación entre aquella seguridad en sí misma con la que hablaba de su profesión y una nula necesidad de demostrar nada con palabras. Ya con sus actos era suficiente.

—¿No comes más? —le preguntó Nick, al ver que ella tiraba los restos del sándwich a una papelera.

—He desayunado como una bestia.

—Pero... ¿cuándo? Hemos quedado a las ocho y veinticinco, pensaba que venías directamente del apartamento.

—¡Nooo! Me encanta desayunar con calma. A las siete ya estaba en el comedor disfrutando de un buffet que ni en el mejor hotel de cinco estrellas.

—¿Tú duermes?

—A veces —le respondió ella con un guiño.

Lena le hizo un gesto con la cabeza en dirección a su zona de trabajo y Nick la siguió. Incluso consiguió no embalsarse —no demasiado— en la rampa. Antes de que él fuera capaz de ubicar su silla frente al ordenador que le habían asignado, Lena ya había recuperado la fachada profesional, con la vista enredada en las líneas de código de su pantalla. El proyecto que les habían asignado, el diseño de una *app* que la empresa pretendía vender a diversas instituciones gubernamentales de máxima seguridad, implicaba unas responsabilidades enormes. La idea de la empresa era que la relanzara en bolsa, que volviera a hacerla destacar como había sido desde sus orígenes, después de algún tiempo en que la proliferación de nuevas compañías en el sector los había eclipsado un poco. Cualquiera pensaría que los jefazos asignarían tal responsabilidad a alguien mayor, con más experiencia, pero... lo que habían hecho había sido asignársela a la mejor. A Lena Bouvier, una niña prodigio universitaria que, con solo cuatro años de trayectoria en la empresa, se había hecho un nombre muy respetado en el mundillo. Una mujer cuyo aspecto asemejaba ser adolescente, pero con un cerebro privilegiado y unas dotes de gestión de equipo envidiables.

Nick se centró en algunas tareas administrativas que esperaba automatizar en las siguientes jornadas en cuanto se dio cuenta de que estaba mirando a Lena embobado. No sentía por ella una atracción física —aún no, eso llegaría más tarde, aunque él en aquel momento ni siquiera lo supiera—, pero la admiración había hecho mella en él. Él sabía lo que era tener fans, aunque nunca había acabado de respetar del todo que hordas de personas corearan su nombre por algo tan aleatorio como saber darle patadas a un balón de fútbol. Pero aquello que le provocaba Lena no era solo admiración. Era impresión. Estaba impresionado por su currículum, su forma de trabajar y el enorme respeto que despertaba en todas las personas con las que se relacionaba en el ámbito laboral. Y Nick Webber no estaba nada acostumbrado a sentirse impresionado por los logros de alguien que no fuera él mismo.

¿Y si me gustas?

Lena se dio cuenta un sábado, unas semanas después de la llegada de Nick, de que llevaba días mirándose al espejo más de lo que lo había hecho en los diez años anteriores. O quizá en toda su vida. Estaba muy cabreada consigo misma. No solo por dar, de repente, una importancia a su físico que nunca había tomado en consideración. Era mucho peor que eso: es que no lo estaba haciendo por sí misma, porque tuviera unas ganas locas de repente de sentirse *sexy* delante de un espejo; lo estaba haciendo por otra persona. Por un tío que se había convertido en su compañero de trabajo, su vecino y, en resumen, la persona con la que más horas pasaba al día. No entendía qué coño le estaba pasando.

Aquel sábado no tenía partido con el equipo, pero había decidido programar un entrenamiento, para que los jugadores no perdieran ritmo de competición a pesar de no disputar partido. Bueno, según Jamie Parks, había programado aquel entreno «para torturarnos en el único sábado libre que podríamos tener en la temporada». Cuestión de perspectiva, suponía Lena.

Quedaban aún tres horas para la hora a la que tenía que estar en la cancha de entrenamiento de la Universidad de Berkeley, pero Lena ya se encontraba ante el espejo —¡cómo no! — con una camiseta que su madre le había regalado unas cuantas navidades atrás y que ella nunca se había decidido a estrenar porque la veía demasiado escotada. Con un poco de máscara de pestañas, que jamás confesaría que se había aplicado tras comprobar en un tutorial de maquillaje en YouTube cómo se hacía tal cosa. Y con un *gloss* —también regalo de su madre, la única persona que siempre tenía la esperanza de que ella empezara a arreglarse un poco— de color cereza, olor a cereza y sabor a cereza. No lo reconocería en voz alta, pero Nick le había comentado la tarde anterior, al despedirse después del final de la jornada laboral, que se pasaría en algún momento del fin de semana por su apartamento para invitarla a tomar algo. El precio a pagar por ese ataque de coquetería sería que Jamie Parks y otros dos o tres jugadores que le tenían muy bien tomada la medida a Lena se descojonaran de ella, pero... no podía importarle menos.

Lo único que Lena no podía soportar en aquel momento era seguir callando lo que le estaba ocurriendo, a lo que ni siquiera sabía poner nombre, pero sí sabía que nunca antes había sentido algo así. La necesidad de arreglarse para que un chico la viera guapa. El tirón en el estómago cuando él dirigía una sonrisa en su dirección. Los nervios de la anticipación cuando él le decía que pasaría a verla por su apartamento. Era un horror seguir dándole vueltas ella sola a la situación, así que decidió hacer una confesión en forma de llamada telefónica.

Lena Bouvier nunca había tenido demasiadas amigas. Era una chica sociable, agradable y caía bien a todo el mundo, pero amistades íntimas... era complicado. El accidente se había llevado por delante sus relaciones sociales de la adolescencia, sus altas capacidades para el estudio no habían ayudado demasiado en los años posteriores, cuando siempre era la más joven de todos los cursos que iba pasando, y en el trabajo... ser jefa desde que era apenas una cría no había ayudado demasiado a establecer relaciones profundas. Se llevaba bien con todos, no le faltaba nunca alguien con quien comer, tomar un café o unirse a una sesión de cine. Pero una amiga a la que confesarle que creía estar colgándose por un compañero de trabajo / vecino... no, eso no tenía.

Bueno... o sí tenía. Pero era anómalo. Porque la mejor amiga de Lena era su madre y demasiadas veces había tenido que enfrentarse a miradas de extrañeza cuando lo decía. Pero

habían sido muchas horas de cuidados, de depender de su madre hasta para los más ínfimos detalles de su cotidianeidad, de ruptura de las barreras entre madre e hija porque, al fin y al cabo, Lena dejó pronto de ser una adolescente y su madre nunca llegó a convertirse en una de esas progenitoras preocupadas que se pregunta qué estará haciendo su hija cuando sale. Ojalá lo hubiera sido. Pero Lena no salía, no bebía, no estaba con chicos. Solo pasaba las horas en una cama, con su madre al lado, y el vínculo que sale de una situación así no se puede comparar a ninguna amistad del mundo.

—¡Lena! —Su madre respondió al teléfono al primer tono—. ¿Qué cuentas, hija? Porque supongo que no llamas para anunciarnos una visita por sorpresa a casa.

Lena puso los ojos en blanco. Sus padres vivían a apenas veinte kilómetros de la sede de MobApp Technologies, pero ella no los visitaba demasiado. La relación con su padre era tensa, porque él nunca había superado las secuelas que ella había sufrido con el accidente y siempre la miraba con lástima. Daba igual cuántos logros consiguiera Lena en su vida personal o profesional; aquella mirada de su padre era un estigma que llevaba siempre pegado a la piel. Así que hablaba con su madre prácticamente a diario, pero los veía menos de lo que a todos les gustaría.

—Si la anunciara, no sería por sorpresa, ¿no, mamá?

—Siempre olvido que eres demasiado lista para tu propio bien.

—Sí, listísima, vamos... —Resopló Lena, mientras intentaba darle forma a su flequillo... y no se sentía demasiado lista con ello.

—A ver, desembucha, ¿qué te atormenta?

—Pues ni siquiera sé muy bien por dónde empezar...

—¿Hay un chico en esta historia?

—¡Mamá! Joder, ¿por qué eres siempre tan intuitiva?

—¡¡Aaah!! —El grito de su madre fue emoción pura... y estuvo a punto de perforarle un tímpano a Lena—. ¿Cómo se llama? No, da igual, ese dato es lo de menos. ¿Cómo lo has conocido? ¿Quién es? ¿Cuántos años tiene?

—Para el carro, madre. No es... nadie. Es un compañero de trabajo. No ha pasado, y estoy segura de que no pasará, nada entre nosotros.

—¿Y por qué estás tan segura de eso?

—Porque... por muchas razones. Porque soy su jefa, porque es un tío espectacular, porque...

—¿Más espectacular que alguien que ha conseguido en su vida todo lo que se ha propuesto y que le ha hecho la peineta a todas las dificultades?

—Mamá...

—No dejes que las inseguridades te coman, Lena. —Su madre se puso seria—. Si ese chico merece la pena, sabrá ver más allá de la silla de ruedas. Eso sí, quizá que empezaras a arreglarte un poco no estaría de más.

—No empie... —Lena iba a reprender a su madre, pero se interrumpió a mitad de frase porque se sintió una hipócrita—. Vale, lo reconozco, ya he empezado.

—Así me gusta. Espero que me mantengas informada de todos los avances.

—Lo haré. Gracias, mamá.

—No, no, no me estaba despidiendo. Ahora quiero que me cuentes cada mínimo detalle sobre ese chico.

A Lena se le escapó una carcajada, pero no dudó en cumplir el deseo de su madre. Le habló de la carrera en el mundo del deporte de Nick, de sus estudios de informática, del proyecto en el que trabajaban codo con codo. Pero pronto cambió de tercio y se centró en lo que realmente le

interesaba a su progenitora. Su cuerpo de escándalo, sus hombros anchos, la tableta de chocolate que se intuía a la altura de su abdomen cuando levantaba los brazos, su pelo castaño siempre un poco alborotado, sus ojos azules que se clavaban en los de Lena incluso en las conversaciones más insustanciales. Lena tuvo que comprobar varias veces que no se le estuviera cayendo la baba mientras hablaba.

Cuando colgó el teléfono, ya casi era la hora a la que debía marcharse de camino a las instalaciones de la Universidad de Berkeley para dirigir el entrenamiento. Las horas se le pasaron volando en la pista y solo cuando vio que sus chicos sudaban demasiado —alguno incluso parecía a punto de sufrir un infarto— decidió darles una tregua y permitirles disfrutar de las instalaciones de hidromasaje del centro. Estaba realmente orgullosa del equipo que habían logrado montar para esa temporada. Jamie Parks había sido un activo importantísimo, no solo porque había aprendido pronto los trucos del baloncesto en silla de ruedas y recordaba cada día más a aquel jugador que había deslumbrado en la NBA. También era importante porque su presencia arrastraba público a los partidos, patrocinadores muy necesarios y animaba a chicos muy jóvenes, que habían visto sus vidas truncadas por un accidente o una enfermedad, a continuar practicando deporte a pesar de las limitaciones.

Lena volvió a casa en autobús... porque podía. Estaba muy contenta aquella tarde, por la conversación con su madre, por lo bien que había ido el entrenamiento... y también porque se veía guapa. Ella solía utilizar una compañía de taxis adaptados para moverse por San Francisco, porque era más cómodo y atraía menos miradas que coger el autobús y aprovechar los servicios que ofrecía para usuarios de sillas de ruedas. Pero aquel día le apeteció retarse un poco más a sí misma y viajó en transporte público.

Lena era una mujer orgullosa. Siempre lo había sido. Convencida de los derechos de las personas con diversidad funcional, de la equidad con la que deberían ser tratados y de que nunca nadie sería más que ella por el *pequeño detalle* de tener o no movilidad en las piernas. Era verdad que su físico y todo lo relacionado con la atracción, con los hombres o con el amor —que cada uno lo llamara como quisiera— le generaba inseguridades, pero no pensaba darles más importancia de la que tenían. Muy poca. Al fin y al cabo, si algo era Lena en la vida era una mujer realista, y sabía que no había ninguna posibilidad de que entre Nick y ella ocurriera *algo*.

Se le dibujó una sonrisa tonta en la boca cuando se lo encontró en el pasillo que separaba sus apartamentos. Allí estaba Nick, sentado en su silla de ruedas, pero con un aspecto de tener más seguridad en sí mismo que nadie que hubiera conocido Lena en toda su vida.

—Hola —lo saludó, con una timidez que no era nada propia de ella.

—¿Ya has vuelto de torturar a esos pobres jugadores de baloncesto? —le preguntó él, alzando una ceja con picardía.

—Si los conocieras como yo los conozco, te alegrarías de cualquier tortura que se les inflija.

—Algún día te pediré que me lleves a ver un entrenamiento, que tengo curiosidad.

—Claro. Cuando quieras. —Hubo un silencio que a Lena le pareció algo tenso—. ¿Qué haces aquí, en el pasillo?

—Esperarte.

—Ah.

—Porque voy a machacarte a esto.

Nick levantó lo que llevaba en el regazo, que no era otra cosa que una Xbox aún con el embalaje de plástico y un juego de estrategias militares que hizo reír a Lena. Nick aún no sabía por qué.

Lena se sintió un poco incómoda cuando Nick se instaló sobre su cama. Era una tontería,

porque ella había estado varias veces en el apartamento de él, pero tenerlo allí... No, no era incómodo. Era... emocionante. O una cosa a medio camino entre ambas cosas, quizá.

—¿Te has comprado una Xbox?

—Ha sido un sábado productivo —bromeó Nick—. La verdad es que me olvidé la mía en Boston y llevo semanas pidiéndole a mi hermano que me la envíe, pero... me temo que la ha secuestrado.

—No lo culpo.

—¿Sueles jugar?

—Hace años que no la tengo. En la universidad sí le pegaba duro. Veremos a ver si me acuerdo.

Dedicaron unos minutos a conectarlo todo y Nick se maravilló con la calidad de imagen de la enorme pantalla que tenía Lena en su habitación. La suya era una pasada, pero estaba claro que su jefa había tenido algunos privilegios superiores.

Tres horas después, Nick tiraba el mando, derrotado. Y miraba a Lena con unos ojos que tenían algo de odio, pero sobre todo mucho de curiosidad. Casi casi le daría la risa, si no fuera porque toda su carrera se había fundamentado sobre el hecho de que él era un tío muy competitivo... y acababa de ser machacado por Lena durante dieciséis partidas consecutivas.

—No, en serio, me siento un fracasado.

—No sufras, Nick. Estoy segura de que en algún momento encontrarás a un jugador de tu nivel para echar algunas partidas más igualadas —bromeó Lena, con una risita que a él le dio ganas de estranglarla. O de abrazarla, ya ni sabía.

—Que no cuele, jefa, en serio. Que juegas demasiado bien y necesito una explicación.

—No tengo muy claro que quiera dártela. —Lena se acercó al frigorífico de su cocina y sacó dos latas de bebidas isotónicas. Nick asintió cuando ella le preguntó con la mirada si quería, así que le lanzó la lata y él la cogió al vuelo.

—Desembucha.

—Yo programé ese juego.

—¡¿Qué?!

—A los diecisiete años. —A Lena se le escapó una carcajada, pero la mirada interrogante de Nick la obligó a dar una explicación más completa—. La compañía que lo diseñó convocó un concurso entre estudiantes de Informática y yo me presenté, a pesar de que acababa de empezar primero de carrera. Por alguna razón que desconozco..., me eligieron. Trabajé un año en la programación de los diferentes trucos y...

—¿Qué?

—Te he colado por lo menos cinco que nadie conoce. Si te sirve de consuelo, era absolutamente imposible que me ganaras.

—Lena I, la invencible.

—Me gusta. Voy a hacerme tarjetas con ese nombre.

—¿Qué tengo que hacer para que me cuentes esos trucos?

—¿Torturarme? —Lena alzó una ceja en un gesto lleno de sarcasmo—. En serio, firmé un contrato de confidencialidad por el cual no puedo desvelar los secretos del juego o tendré que pagar una indemnización millonaria a la empresa.

—¿Y si prometo ser una tumba?

—Tú empieza por invitarme a cenar —Lena estuvo a punto de llevarse la mano a la boca cuando se dio cuenta de su atrevimiento, pero siguió hablando para disimular—, y ya veremos qué se puede hacer.

—Eso está hecho. Te has puesto guapa, así que... ¡cena por todo lo alto!

Lena enrojeció como la grana cuando Nick dijo aquello, pero la emoción de irse a cenar con él fuera de la zona de confort que suponían las instalaciones de MobApp se lo llevó todo por delante. Mientras él iba a su apartamento a dejar la consola y cambiarse de ropa, se aplicó una nueva capa de *gloss*, sonrió a su reflejo en el espejo (sin taparse esos dientes que odiaba, por una vez en la vida)... y salió a su encuentro.

6

Mi realidad

Las semanas fueron pasando y la camaradería entre Lena y Nick, incrementándose hasta niveles que provocaban que el resto de sus compañeros pusieran los ojos en blanco cuando se acababan las frases el uno al otro, se reían de chistes que solo a ellos les hacían gracia o se escapaban cada día juntos a comer, sin molestarse la mayoría de las veces en preguntarles al resto si querían unirse a ellos. Todos sospechaban que, en realidad, preferían estar solos.

El asunto era toda una sorpresa para los compañeros que llevaban cuatro años trabajando con Lena, a quien nunca le habían conocido más relación afectiva que la que mantenía con sus padres y con algunos de los jugadores de su equipo de baloncesto. Y en ningún caso era una relación basada en sonrisitas y comentarios que la ponían colorada. En realidad, nadie había visto nunca a Lena Bouvier ponerse colorada hasta que Nick Webber había aparecido por MobApp Technologies.

—Al fin viernes... —Nick soltó el bolígrafo sobre la mesa, permitiendo que hiciera un pequeño estruendo—. Pensé que no llegábamos al final de esta semana, te lo juro.

—Lo mismo digo.

El resto de compañeros se fueron despidiendo, todos ellos con las mismas ojeras que tenían Nick y Lena como complementos faciales desde hacía algunas semanas. Ellos se quedaron un rato más, apagando los equipos, que llevaban tres semanas echando humo. Acababan de enviar el que sería uno de los proyectos más importantes del año para que la directiva de la empresa le diera el visto bueno antes de su comercialización. No tenían dudas de que así sería, pero las horas dedicadas para llegar a aquel punto habían resultado interminables.

—¿Algún plan interesante para el fin de semana? —le preguntó Lena a Nick. Se sentía un poco culpable porque, desde que él había llegado a la empresa, los fines de semana habían tenido más de repaso de la semana que de descanso.

—Meh... —Nick hizo una mueca—. Todavía no me siento demasiado cómodo con eso de recorrer la ciudad en la silla.

—Para este fin de semana dan lluvias, así que no parece la mejor idea, pero... en cuanto tengamos uno despejado, yo me encargaré de que se te quite la tontería.

—Te tomo la palabra.

Habían comido un par de sándwiches delante del portátil mientras cerraban los últimos flecos del dossier que habían enviado, así que se saltaron la visita al comedor y fueron directamente hacia sus dormitorios.

—¿Una partida más tarde? —se atrevió a preguntar Lena, porque, de repente, la idea de pasarse cuarenta y ocho horas sin ver a Nick, a pesar de tenerlo a solo unos metros en el edificio, le pareció aterradora.

—Con eso contaba. —Nick le sonrió y ella estuvo a punto de llamar al centro estatal de meteorología para decirles que al final había salido el sol—. Pero antes necesito una siesta.

—Con esto contaba —repitió ella.

Se despidieron sin más ceremonia y se tumbaron cada uno en sus respectivas camas. Nick no fue capaz de dormir; la pierna izquierda, la peor de las dos, lo estaba matando aquel día. Lena tampoco pudo hacerlo; en su caso, porque la sonrisa de Nick se le había grabado en las entrañas y se había llevado cualquier rastro de cansancio de su cuerpo.

A las ocho de la tarde, dos golpes sonaron en la puerta de madera de Lena, justo cuando ella

estaba a punto de salir para proponerle a Nick que cenaran juntos. Era una tontería que le diera una mínima ceremonia al asunto, teniendo en cuenta que habían desayunado, comido y cenado compartiendo mesa y mantel desde el mismo día que Nick se había instalado en San Francisco.

—Me ha parecido que podíamos darle un poco de vidilla al fin de semana, ¿no?

Lena se quedó perpleja cuando vio a Nick ante su puerta con dos bolsas repletas de comida de McDonalds y una botella de *whisky*.

—¿De dónde...? ¿De dónde has sacado eso?

—Lo del McDonalds... del reparto a domicilio.

—Esa era la pregunta fácil. ¿Y lo otro? —En el comedor de la empresa vendían cerveza *light*, pero eso era lo más parecido a alcohol que podía encontrarse en las instalaciones.

—Viví cuatro años en una fraternidad. Créeme. Puedo conseguir una botella de *whisky* en cualquier lugar y circunstancia.

—Comprendo.

—¿Vamos un rato al porche y nos damos un homenaje?

El porche trasero del edificio de apartamentos se había convertido en el lugar favorito de Nick y Lena en los pocos descansos que se habían podido permitir en las últimas semanas. Era un pequeño espacio entarimado que daba acceso al jardín, pero con el clima variable del norte de California era una bendición contar con aquel espacio cubierto. Había varias mesas y otros espacios cómodos para pasar el rato, pero no solía haber demasiada gente por allí. Los empleados que vivían en el edificio eran más bien solitarios; esa era una de las primeras confesiones que Lena le había hecho a Nick. A ella le daba rabia, porque respondía a un estereotipo demasiado extendido tanto sobre los informáticos como sobre las personas con diversidad funcional, y no le gustaba que así fuera. Quizá por eso ella se estaba esforzando tanto en los últimos tiempos por socializar con Nick. Sí, estaba casi segura de que era por eso.

—Vamos al porche, sí.

Cuando llegaron, en apenas un minuto, todo un despliegue de menús hipercalóricos se extendió sobre su mesa favorita, una que recibía cierta iluminación indirecta de los focos del jardín que daba un ambiente tenue. Era perfecta para una charla relajada.

—Tres semanas a ensaladas, Lena —se burló Nick—. No mires con esa cara la comida, que nos la hemos ganado.

—Es mi plan de vida: los excesos, solo en días en que no trabajo. Así me aseguro de no pasarme de la raya.

—Lo que falla en ese plan es que hayamos trabajado toooodos los fines de semana.

—Quería pedirte disculpas por eso. —Lena miró a Nick a los ojos y él confirmó algo de lo que ya se había dado cuenta antes: cuando se trataba de temas laborales, Lena no titubeaba nunca—. No te lo he contado, pero en su momento pedí a los de arriba que retrasaran un poco tu incorporación, para que no coincidiera justo con la fase final de la entrega de este proyecto. Pero me dijeron que tú insistías en incorporarte cuanto antes y... bueno, te ha tocado comerte mucho más trabajo del que tenemos habitualmente.

—Aunque por momentos he llegado a pensar que eras una explotadora sin corazón —Lena lo miró con el ceño fruncido—, lo cierto es que he aprendido muchísimo en estas semanas. Ha sido como un plan de formación a lo bestia.

—Ahora estás ya preparado para todo.

—¿Big Mac o Mac Pollo? —preguntó Nick—. Porque el tema laboral termina aquí. Comamos.

—Big Mac.

—Y hablemos de cualquier otra cosa.

—Tú dirás.

—Empieza por contarme qué se hace por aquí los fines de semana, cuando llueve, como hoy —una leve llovizna había empezado a hacer brillar las briznas de hierba del césped del jardín—, y no podemos bajar a la ciudad.

—Bueno... yo hago mucho deporte, aprovecho para entrenarme lo que la mayor parte de los días laborables no puedo permitirme. Tengo partidos con el equipo al que entreno en Berkeley también. Tenemos una sala de cine, con un montón de DVDs, cuenta de Netflix y demás... Aunque he de confesar que yo paso mucho tiempo en el apartamento, enganchada al ordenador.

—¿Por trabajo?

—A veces. Y por ocio, otras.

—¿No sales de fiesta? —Nick levantó la botella de *whisky* y se la mostró. Lena lo ignoró, pero supo que no le quedaba más remedio que contarle la verdad, aunque eso implicara explicarle algunos detalles de su situación física que nunca era agradable compartir.

—No bebo. Y salir de fiesta sin beber... no es demasiado divertido. Especialmente porque los demás sí beben.

—¿No bebes nada?

—No... puedo.

—Ah, yo... No sabía...

—No tartamudees, Nicholas. —Lena se echó a reír, en parte por los nervios que le provocaba ser consciente del nivel de confianza al que había llegado con aquel chico al que conocía desde hacía tan poco tiempo. Y en parte porque no conocía otra manera mejor de quitarle hierro a algo tan gordo como lo que estaba a punto de contarle a Nick.

—Y tú no te burlas. —Nick le dio un buen mordisco a su hamburguesa de pollo y, antes de acabar de tragar, se metió en la boca dos patatas empapadas en ketchup—. ¿Qué es lo que pasa?

—No tengo movilidad ni sensibilidad de cintura para abajo. Eso significa que...

—¿Qué? —le preguntó él, cuando ella se quedó callada un buen rato.

—¿Has acabado de comer? Porque no querrás que hable de esto mientras comes, créeme.

—Listo —dijo Nick, sin que esa introducción de Lena le cambiara el gesto. Se comió las dos alitas de pollo que aún quedaban sobre la mesa y le hizo un gesto para que continuara.

—Lo que decía... Al no tener sensibilidad de cintura para abajo... Joder, qué incómodo es esto. Digamos que tengo que tener muy controladas mis funciones... fisiológicas. No puedo beber ni comer más de la cuenta, ni pasar demasiado tiempo lejos de un cuarto de baño adaptado para discapacitados, o tengo que usar una sonda para sustituir eso...

—Joder...

Nick la miró sin permitir que se notara la enorme compasión que sintió por ella en aquel momento. Tenía bastante claro que Lena no consentiría ese sentimiento en nadie con quien tuviera una relación laboral, de amistad ni de ningún otro tipo. Y él tampoco se sentía orgulloso de compadecerla, pero... Qué iba a pensar, más que eso, si él mismo estaba frustrado por una lesión que dudaba que fuera a durar más de un año, cuando aquella mujer tan valiente que tenía delante iba a pasar en una silla de ruedas toda su vida. Lo único que Nick no podía hacer era caminar, y eso se acabaría pronto, pero ni por un momento se había planteado todo el resto de retos que afrontaba Lena cada día, desde el mismo momento en que despertaba hasta que se iba a la cama por las noches.

—¿Qué te pasó? —Ella lo miró y Nick añadió otra pregunta cuya respuesta estaba seguro de conocer—. ¿Es permanente?

Nunca habían hablado de ello. No por nada, para Lena no era ningún secreto, pero el trabajo había impedido que profundizaran demasiado en sus vidas personales.

—La historia es larga —respondió Lena, dando mordisquitos al pastel de manzana que no debería estar comiéndose, pero que era de gran ayuda para recordar una etapa de su vida que no era precisamente su favorita.

—Tengo todo un fin de semana libre por delante. —Nick esbozó una gran sonrisa en su dirección, que se llevó toda la compasión que había sentido antes. En las conversaciones distendidas, las miradas sinceras y las sonrisas francas era donde más cómodo se sentía con Lena.

—Sí, es permanente, pero me parece que eso ya lo sabías. —Nick se encogió de hombros y ella le sonrió—. Tuve un accidente de coche cuando tenía quince años. Iba en taxi con mis padres y un camión nos embistió. El taxista murió, mi padre se rompió una pierna, mi madre la clavícula... y yo la espalda. Por varios sitios.

—Joder...

—Sí, bueno, la historia es aún peor de lo que parece. Sufrí dos lesiones medulares en el accidente. La más grave fue la que tengo ahora, claro. Una sección completa de la médula a la altura de las lumbares. Con eso... perdí la sensibilidad y la movilidad de las piernas, las funciones fisiológicas básicas y todo eso. Pero hubo más. Algo mucho peor.

—¿Qué? —Nick trató de no parecer espantado por la idea de algo peor que perder la movilidad de más de la mitad del cuerpo a los quince años. Pero no lo consiguió.

—La otra lesión medular fue a la altura del cuello. Entre las dos primeras vértebras para ser más exactos. Perdí... todo. La capacidad de respirar por mí misma, la capacidad del habla, toda movilidad excepto la de los ojos...

—Lena... —Nick sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no se permitió derramarlas.

—En realidad, la médula ahí no estaba seccionada. Solo... aplastada. Las fracturas de las vértebras la estaban aplastando y el efecto era el mismo que si se hubiera roto. Tuvieron que esperar cinco meses, hasta que el resto de mis lesiones internas estuvieron curadas y yo lo suficientemente fuerte como para someterme a la operación, que sería de alto riesgo. Por suerte, salió bien y, poco a poco, fui recuperando la capacidad de respirar, de comer por mí misma, de mover el cuello, el tronco y los brazos, de hablar...

—¿Estuviste cinco meses así?

—Cinco meses sin poder moverme, sin poder hablar, viendo el mundo moverse a mi alrededor mientras yo era como una especie de planta. Con mis padres completamente destrozados junto a mi cama, pensando que así sería el resto de mi vida.

—Lo siento muchísimo, Lena. Siento que te ocurriera algo así.

—Ya, bueno... Supongo que son cosas que no están en manos de nadie. Que un día sales a la calle pensando que tienes todo el futuro ante ti y, al día siguiente, desearías estar muerta porque tu situación es la única peor que esa.

—Pero te curaste. Más o menos...

—Más o menos, no. Me curé. Mira, Nick... —Lena suspiró—. Para alguien como tú, y como la mayoría de la gente, romperse las dos piernas y pasarse un tiempo en una silla de ruedas es una pesadilla. Lo entiendo, de verdad, no creo que seas egoísta ni nada por el estilo por sentirte así.

—¿Te importa? —Nick le enseñó la botella de *whisky* y ella asintió, dándole un consentimiento que en realidad él no necesitaba.

—De hecho, si mañana te dijeran que no vas a volver a caminar, ni a sentir nada por debajo del ombligo, probablemente preferirías estar muerto. —Lena levantó una mano para acallarlo—. No, no, no digas nada. Es normal, de veras. Simplemente intento que entiendas que yo viví la situación completamente opuesta a eso. Yo era un vegetal, aunque por desgracia plenamente consciente de todo lo que ocurría a mi alrededor, y un día salí de quirófano con un montón de movilidad y de capacidades que creía perdidas para siempre.

—A ver si lo entiendo... —Nick le pegó un buen trago a su botella de *whisky* y puso en orden los pensamientos que le había causado el relato de Lena—. En lugar de pensar en todo lo que perdiste el día del accidente, en realidad te quedaste con todo lo que ganaste el día de la operación.

—Algo así. —Lena se encogió de hombros, humilde, como si ese planteamiento vital no fuera más valioso que toda la filosofía que Nick había estudiado en el instituto—. Gané un montón de cosas. Por ejemplo, unas sesenta piezas metálicas entre clavos, tornillos y placas que son las que sostienen mi columna en pie.

—Bueno, no intentes competir conmigo en eso, que probablemente yo tengo más en las piernas.

La broma fue bien recibida y compartieron un rato de silencio cómodo. Lena picoteó de un par de patatas *deluxe* que se habían quedado en el fondo del envase y Nick le dio un traguito a la botella que prometió que sería el último.

—El caso es que... a los quince años tuve que asumir que no volvería a ponerme en pie, ni a caminar, ni a hacer deporte, al menos no de la manera en que siempre lo había hecho, ni a hacer pis como y cuando quería, ni siquiera a saber cuándo tendría ganas de hacerlo, ni a muchas otras cosas que ahora no vienen al caso. Han pasado diez años y lo tengo más que asumido y superado, aunque de vez en cuando también tengo malos días, como todo el mundo. Pero cada vez hay menos días malos, especialmente desde que entré en la empresa. Al principio... todos lo eran. Todos eran horribles.

—¿Cómo era tu vida antes de entrar aquí?

—Complicada. Tardé muy poco en aprender a manejar la silla de ruedas, pero mucho... muchísimo en darme cuenta de que el mundo está poco preparado para nosotros. —Lena hizo una mueca de desagrado—. Así que me moría de frustración cada vez que me encontraba un bordillo demasiado alto, un edificio al que solo se podía acceder por escaleras o una persona, y de esas siempre hay demasiadas, que se me quedaba mirando con cara de pena.

—¿Y cómo lo superaste?

—No creo que lo haya superado. Me limité a organizar mi vida de tal manera que eso no me afectara.

—¿Cómo?

—Me centré mucho en los estudios al principio. Muchísimo. Tanto que, a pesar de haber perdido un año de instituto metida en el hospital, acabé un año antes de lo previsto. Luego, en la universidad, seguí en la misma dinámica. Mucho estudio, muchas prácticas. Me encantaba la informática, ya desde antes del accidente era la típica adolescente *friki*...

—¡Yo también! —Nick sintió una oleada de solidaridad y ambos se rieron.

—Así que, como no podía dedicarme al deporte, que siempre había sido mi otra gran pasión, tenía muchísimo tiempo libre para la informática. Y me ha ido bien. Después, cuando llevaba algún tiempo en Berkeley, me encontré con la posibilidad de convertirme en entrenadora de baloncesto en silla de ruedas e incluso esa frustración que arrastraba, la de haber tenido que dejar el deporte, también fue desapareciendo.

—¿Qué deporte practicabas?

—Gimnasia.

—¿Rítmica?

—No. Deportiva. —Nick supo que la tristeza que notó que invadía por un instante muy breve los ojos de Lena no era fruto de su imaginación.

—¿Eras buena?

—¿Buena? —A Lena se le escapó una carcajada amarga—. Sí, era bastante buena.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me lo estás contando todo? —Nick la miró con una ceja alzada. Tenía muy claro que respetaría su decisión de contarle o no lo que ella quisiera, pero no podía evitar sentir curiosidad.

—Recuerdas que te he contado que el accidente lo tuve mientras iba en taxi, ¿verdad?

—Claro.

—Ese taxi me llevaba al aeropuerto.

—Sí...

—Y en el aeropuerto iba a coger un avión a Pekín.

—Ajá. —Nick empezaba a sospechar por dónde iban los tiros, pero solo se atrevió a emitir ese breve sonido. Ni siquiera era capaz de moverse.

—Donde iba a ser la gimnasta más joven en formar parte del equipo olímpico de gimnasia deportiva de los Estados Unidos en toda la historia.

—Joder.

—Sí. Joder.

Nick y Lena se quedaron en silencio unos segundos, quizá saboreando la historia que ella acababa de contar y él aún estaba intentando asimilar. Fue un momento bonito, muy íntimo, muy de ellos dos. De dos personas que compartían algo que poca gente conoce, las mieles del éxito deportivo en lo más alto de la élite. De dos personas que ahora arrastraban lesiones que les impedían hacer lo que más les gustaba. Lena, teniéndolo asumido desde muchos años antes. Nick, aún aprendiendo a lidiar con sus limitaciones y preguntándose a diario qué sensaciones tendría el día que volviera a poner los dos pies en su superficie favorita del mundo: el césped de una cancha de fútbol.

—Tengo que irme —dijo Lena, en un susurro, sin saber muy bien por qué no se atrevía a alzar la voz. Quizá porque aquella noche había sido una de las más íntimas que había vivido nunca.

—¿Ya? —A Nick se le escapó la impaciencia. Y se sorprendió. No quería que Lena se marchara aún.

—¿Recuerdas lo que te he dicho sobre no poder estar demasiado tiempo lejos de un cuarto de baño?

—Ah, vaya...

—Mañana nos vemos.

Lena se dio la vuelta, pero se arrepintió y reculó. Se acercó a Nick y, estirando un poco su cuerpo sobre la silla, le dio un beso en la mejilla. Él se sorprendió de nuevo, pero ella ya no lo vio, porque se sintió tan tímida después del gesto que rodó lo más rápido que pudo hasta la entrada al edificio.

Nick se quedó en el porche un buen rato. Observando el color del cielo, que variaba a pesar de ser de noche con los vaivenes de la brisa. Oliendo el césped, su aroma favorito del mundo desde que era un niño que soñaba con jugar en la NFL. Y pensando. Pensando mucho. En la historia de Lena, en todo lo que le había contado. En ella. En cómo empezaba a sentir por ella

una admiración que sobrepasaba los límites de lo que siempre había pensado que era ese sentimiento. En que él se sentía alguien importante a veces, por eso de jugar en la Liga de Fútbol Profesional y que tanta gente llevara una camiseta con su nombre, pero eso no era nada comparado con la valentía de una niña de quince años llamada a subirse a un pódium como campeona olímpica que se había pasado meses sin ser capaz de mover más que los ojos. En el valor de una mujer que dirigía un equipo de trabajadores, todos mayores que ella, y que ayudaba a adaptarse a quienes, como él, llegaban a San Francisco algo rotos.

Nick se había propuesto —y le había prometido a su madre— no meterse en ningún lío en el tiempo que duraran sus prácticas. Y pensaba cumplirlo. Pero, antes de volver a su cuarto, no pudo evitar pensar que aquella palabra, aquella *admiración* que sentía por Lena, empezaba a quedarse un poco corta. Era más. Empezaba a ser *mucho* más que eso.

Esa sonrisa

Los fines de semana de hamburguesas y confesiones compartidas en el porche se convirtieron en una rutina para Nick y Lena en aquel final de otoño en San Francisco. Los dos tenían razones para el optimismo. La directiva de la empresa se mostraba encantada con el proyecto que habían presentado y ahora habían podido hacerse cargo de otros trabajos más ligeros que, por una vez y sin que sirviera de precedente, les permitían salir de la oficina a su hora y dedicar las tardes entre semana a ver alguna película o machacarse mutuamente en partidas de videojuegos. Pero las noches de fin de semana habían adquirido un matiz diferente. Más íntimo, más propio de ellos, más alejado de las rutinas del día a día.

Se habían contado muchas cosas durante aquellas veladas. Habían hablado de sus infancias, sus familias, sus aspiraciones profesionales... Cualquiera que los escuchara pensaría que eran una pareja en esos preciosos primeros tiempos de una relación en los que todo consiste en conocerse a la máxima velocidad posible y que cada detalle de la vida del otro se convierta en una razón para enamorarse. Pero quien los viera no pensaría igual, porque ellos no eran una pareja y el lenguaje corporal lo dejaba claro. No había gestos de cariño, manos que se agarran, besos en los que se entrega una parte del alma ni caricias que excitan. Ellos eran solo dos amigos, aunque ninguno de los dos tenía esa definición clara al cien por cien cuando se despedían, se metían en la cama y se quedaban demasiado tiempo pensando en el otro.

Una noche, después del consabido atracón de comida rápida —aquel día había tocado Burger King—, Nick se dedicó a contarle a Lena cada detalle de su carrera deportiva. Le enseñó fotos, vídeos, le habló de la increíble sensación de ganar partidos decisivos y escuchar al público corear su nombre, acompañándolo de ejemplos que se podían encontrar en YouTube y en varias webs especializadas en fútbol. Era un tema del que él no se cansaba de hablar —no por egocentrismo, sino porque amaba el fútbol sobre todas las cosas—, pero nunca había querido tocar con Lena, por miedo a hacerle daño. A que ella viera reflejadas en los éxitos de él sus frustraciones por haber tenido que abandonar de manera tan precipitada su carrera como gimnasta. Pero ella misma había hecho lo mismo con él unas noches antes. Le había hablado de su carrera como estrella juvenil de la gimnasia —¿habría alguna disciplina en la que Lena no hubiera sido una niña prodigio?, se preguntó Nick—, le había mostrado fotos y vídeos en los que a él le había costado reconocerla y le había explicado cada dato sobre ese deporte con tanto detalle que Nick no pudo hacer menos que corresponderla con una narración similar sobre su propia carrera.

Hacia el final de aquella narración, era ya de madrugada y Nick notó a Lena incómoda. Al principio pensó que había metido la pata y la había aburrido hablando demasiado sobre sí mismo, pero enseguida se dio cuenta de que no era ese el problema.

—Vale, vete al cuarto de baño —le dijo, interrumpiendo su narración y sin darle mayor importancia al comentario.

—¿Qué?

—Que no has querido cortarme cuando me he venido arriba hablándote de la Superbowl, pero llevas demasiado tiempo aquí, lejos de un cuarto de baño y estás incómoda.

—Vale, vuelvo enseguida —le respondió Lena, aliviada por que él se hubiera dado cuenta por sí mismo de lo que le ocurría.

Lena hizo lo suyo con la mayor rapidez posible, porque le estaba encantando la conversación con Nick, y regresó enseguida al porche del jardín trasero de la empresa. Era una verdadera

bendición que el resto de sus compañeros fueran tan antisociales; casi parecía que aquel lugar les perteneciera solo a ellos.

—¿Lista?

—Lista. —Lena le sonrió y no pudo evitar que se le escapara una pregunta que la intrigaba—. Nick, tú...

—¿Qué pasa?

—¿Cómo es que te tomas con tanta naturalidad todos los temas relacionados con la silla de ruedas? No... no es habitual. Estoy demasiado acostumbrada, incluso aquí dentro, a que la gente ande con pies de plomo cuando se trata de mis limitaciones físicas.

—¿Me lo preguntas en serio? —le respondió Nick, señalándose a sí mismo como toda respuesta—. No es que yo esté en mucho mejores condiciones.

—Ya, ya, pero... lo tuyo es temporal. Y lo único que no puedes hacer es caminar. Creo que tiene poco que ver con lo mío.

—Ya, Lena, pero yo ni siquiera sé qué hacer cuando llueve y tú podrías conquistar Marte montada en tu silla. No compares.

—Todo es una cuestión de perspectiva, supongo. —A Lena se le escapó una sonrisita al escuchar aquella definición de ella que había hecho Nick. Quizá estaría mal que ella misma lo dijera, pero estaba realmente orgullosa de dar esa imagen.

Pasaron un rato en silencio después de aquella confesión. Se sentían tan cómodos juntos que las palabras eran solo un aliciente añadido, pero la simple compañía mutua ya convertía la velada en una jodida maravilla. Hasta el canto de los grillos sonaba a banda sonora.

—Este sonido me recuerda a Boston.

—¿El de los grillos?

—Sí... El de la noche en el campo, en general.

—Estamos en pleno San Francisco, Nick —le respondió Lena con una carcajada, subiendo la mano a su boca para tapársela.

—¿Por qué haces siempre eso? —le preguntó Nick, aunque al momento deseó haberse mordido la lengua, porque por nada del mundo querría incomodar a Lena y estropear una noche tan bonita.

—¿El qué?

—Taparte la boca cuando sonríes —susurró él, porque le daba un poco de vergüenza confesar que se fijaba tanto hasta en los más mínimos detalles.

—Aaaah, ya. —Lena se rio. Y no se tapó la boca, aunque le costó—. Es ya como un tic, me temo. Siempre he tenido un poco de complejo con la boca.

—¿Complejos? ¿Tú?

—No puedo ser Wonder Woman todo el rato, ¿sabes? —bromeó ella, y Nick supo que no había metido la pata. Empezaba a sospechar que con Lena podría hablar de cualquier tema.

—Ya, pero me sorprende. ¿Es por la ortodoncia?

—Ahora sí. —Lena resopló. Odiaba aquel maldito aparato, y ya iba para dos años con él a cuestas—. Antes era porque tenía los dientes horribles.

—Dudo que fuera para tanto.

—Es fácil decir eso cuando se tiene una sonrisa perfecta. —Lena se puso roja como un tomate cuando se dio cuenta de que aquello se había parecido demasiado a un piropo, pero la oscuridad de la noche fue una buena cómplice para que no se notara.

—Y crearás que esta *sonrisa perfecta* —enfaticó él con tono de burla— me ha salido gratis.

—No me digas que tú también pasaste por esta pesadilla.

—Ocho años —confesó Nick, apresando su labio inferior entre aquellos dientes tan blancos y alineados para contener la carcajada.

—¿Ocho años?! ¿Tuviste *brackets* ocho años?

—Y medio. —Ahora sí, Nick ya no pudo contener la carcajada—. Puedo darte todos los consejos que necesites.

—Creo que es suficiente con que me digas cómo puedo evitar prolongar esto durante ocho años. Y medio.

—Portándote bien. Voy a contarte la triste historia de mi adolescencia, para que veas que la tuya no fue tan terrible. —Que Nick bromeara sobre aquel accidente que había cambiado la vida de Lena podría haberle chocado a cualquiera que no los conociera, pero para ella era una bendición—. ¿Preparada?

—Más que preparada. —Lena se repantingó en la tumbona a la que se había pasado desde su silla de ruedas para ponerse cómoda. Aquella historia sobre un Nick no tan perfecto como el que ella estaba conociendo prometía.

—Quizá algún día, espero que muy lejano, mis hermanos y yo heredemos una casa y algo de pasta de mis padres, pero, hasta el momento, solo hemos heredado dos cosas. Los horribles dientes torcidos de mi padre y la miopía extrema de mi madre.

—No me digas que llevas todos estos meses usando lentillas a escondidas. —Lena se señaló sus pequeñas gafas de pasta—. Porque tampoco te creas que estoy yo encantada con mi vista.

—Me operé con láser hace unos años. Pero cuando era un adolescente, llevaba unas gafas bastante más feas que esas y visitaba al dentista más que a mis abuelos.

—Tendrás que darme más datos para que me compadezca, teniendo en cuenta que yo a esa edad estaba más o menos igual, y tenía además una silla de ruedas de regalo.

—Espera, espera, que no he hecho más que empezar. Me pasé toda la infancia con aparatos de esos de quita y pon con los que hablas como si te faltara un hervor, así que me lo quitaba más de lo que me lo ponía. A los doce tenía la boca que parecía que la hubiera diseñado mi peor enemigo.

—Luego comparamos fotos. Si te atreves. Pero no creo que me ganes en eso de que cada diente parezca colocado en tu boca como si lo hubieran tirado desde un helicóptero.

—Vas a tener que emborracharme para que te enseñe fotos de aquella época.

—Me parece que eso lo haces bastante bien tú solito —bromeó Lena, señalando los tres o cuatro botellines de cerveza vacíos que había sobre la mesa.

—El caso es que a los doce me pusieron los *brackets*... —Nick hizo una mueca tan vívida que parecía que estuviera reviviendo el momento—. ¡Hasta los diecisiete!

—Pobrecito mío —ironizó Lena.

—Todo, absolutamente todo lo que se hace en la adolescencia, yo lo hice con aparato. Mi primer beso, la primera vez que... Bueno, ya sabes. —Contra todo pronóstico, Nick se ruborizó.

—Sigues sin darme pena —bromeó Lena, ignorando el pinchazo de tensión que le provocó recordar que ella no hizo esos «todo lo que se hace en la adolescencia». Ni el beso ni el «ya sabes». Ni con *brackets* ni sin ellos.

—Pues en mi instituto tirarse dos o tres años con aparato y gafas de culo de botella no era precisamente el paraíso. Por suerte, descubrí pronto las virtudes de las lentillas, pero para lo de la boca no hubo más solución que dejar pasar los años.

—Y floreciste como un cisne. Como una de esas protagonistas de comedia romántica que se convierten de repente en la reina del baile.

—Qué simpática. —Nick tiró de sarcasmo, pero los dos acabaron partiéndose de risa—. El

caso es que solo te he contado los primeros cinco años.

—Es cierto. ¿Cómo llegaste a los ocho y medio?

—Pues imagínate... Cuando me quitaron el aparato, me dijeron que tenía que ponerme un retenedor para dormir. Malditas las ganas que tenía de ello a los diecisiete, así que... lo usé un mes o así y luego ni siquiera sé dónde lo guardé. ¿Conclusión? Al empezar la universidad ya volvía a tener los paletos montados, los dientes de abajo apiñados y los colmillos tan subidos hacia arriba que parecía el conde Drácula.

—Hay que ser idiota. ¿Y vuelta a empezar?

—Bueno, más o menos. Mi madre se negó en redondo a pagarme de nuevo el tratamiento, más que nada porque ya le había pasado lo mismo a Matt y yo no había aprendido la lección, así que me tuve que poner a currar. Me pasé dos años sirviendo hamburguesas al salir de clase para poder financiármelo.

—¿Y te han quedado ganas de seguir comiendo hamburguesas después de eso?

—Soy raro, creo. —Nick volvió a reír—. No sabes qué motivación tan estupenda es trabajar dos años mientras mis compañeros de fraternidad se emborrachaban sabiendo que el *premio* final era volver a los *brackets*.

—Y te pasaste con ellos otros tres años.

—Y medio. —Compartieron una sonrisa cómplice—. Entré en la puñetera NFL con aparato, ¿vale? Mejor no te cuento el cachondeo de mis compañeros de equipo.

—Vale, tu historia es horrible. Culpa tuya —Lena arqueó una ceja, en un gesto lleno de humor—, pero horrible.

—¿Qué hemos aprendido hoy, Lena?

—Que cuando me quiten el aparato dormiré cada noche con el retenedor.

—Eso es.

—Entonces... ¿me estás diciendo que si aparezco en tu estudio a las cuatro de la mañana te voy a encontrar con la boca llena de hierros? —Lena alzó las cejas dos o tres veces consecutivas.

—Y balbuceando de forma incomprensible, además. Me aseguraré de atrancar la puerta con una silla para ahorrarnos a ambos el espectáculo.

—Casi mejor, sí. En un año te cuento si me porto bien o no. —El corazón de Lena se saltó un latido, de forma inesperada para ella, cuando se percató de que no tenía ni idea de si, un año después, seguiría teniendo contacto con un Nick que, para ese momento, volvería a ser una estrella del fútbol nacional.

—¿Te queda un año con esa tortura?

—Algo más, se supone. Me han dicho que sobre año y medio.

—Si te han dicho que sobre año y medio, siento comunicarte que serán dos años. O más.

—Muchísimas gracias por los ánimos —ironizó ella.

—Siempre es más lento cuando eres adulto. Yo tuve suerte de que la segunda vez tenía la boca mucho mejor que la primera, y aun así estuve tres años y medio.

—Ya... Ni te imaginas cuántas veces me he arrepentido de no haberlo hecho antes. Pero... era difícil.

—¿El qué? —Nick se había quedado un poco perdido en la mirada de ella y había perdido el hilo de la conversación.

—Toda mi adolescencia es una sucesión de paradojas que, pasados diez años, me hacen hasta gracia —confesó Lena, y entonces sí volvió a atraer la atención de Nick—. Yo siempre tuve los dientes fatal y también pasé por esa fase de aparatos de quita y pon, aunque yo me portaba bastante mejor que tú, al parecer. —Nick puso los ojos en blanco y le echó la lengua—. A los

catorce me iban a poner los *brackets*, pero lloré y lloré porque, por aquel entonces, ya mi nombre sonaba como una posibilidad para el equipo olímpico del año siguiente y... ¿te imaginas algo más feo que subirme a un pódium con unos dientes con más metal que la medalla?

—¿Ganar la liga universitaria con unos dientes con más metal que el trofeo?

—Vale, veo que me sigues. —Lena se carcajeó—. Hice un pacto con mis padres de que me lo pondría el mismo día que regresara de Pekín. Solo que... pasó todo lo que pasó y mis padres se olvidaron del asunto. Supongo que bastante tortura les parecía la silla de ruedas como para acordarse también de la ortodoncia.

—Sí, no suena exactamente agradable.

—Pero, en respuesta a tu pregunta inicial, ahí empezó el tic de taparme la boca al sonreír. Lo que ves ahora ya lleva dos años de tratamiento a la espalda, pero me pasé años con los dientes muy muy mal. Separados, torcidos, apiñados, desalineados... Lo tenía todo.

—Vale, ha llegado el momento de sacar fotos y ver cuál de los dos era más deforme.

—Trato hecho.

Empezaron a trastear en sus teléfonos móviles entre risas, que subieron de volumen cuando Nick mostró una de sus trece años, delgado como un junco, con unas gafas horribles y la boca llena de unos hierros aún muy desalineados. O cuando Lena mostró su mayor «foto de la vergüenza», subida al pódium de un campeonato nacional, sonriendo encantada con la victoria, en lo que ella definió como una «sonrisa de caballo percherón». Mientras comparaban y se reían, cada uno de ellos se dio cuenta de una cosa. De algo muy inesperado, que jamás habrían adivinado si les hubieran preguntado el día que se conocieron.

Lena se dio cuenta de que Nick y ella, que a priori parecían provenientes de planetas diferentes, tenían mucho más en común de lo que nadie habría imaginado. Una adolescencia de *frikis* obsesionados con la informática, algo acomplejados por algo tan trivial como unas gafas o una ortodoncia pero que a los catorce años se convierte en trascendental, una vida entregada al deporte, a la élite, las mieles del éxito, y el miedo también a perderlo, a haberlo perdido, a que nada vuelva a ser igual por culpa de un accidente imprevisible y estúpido.

Nick, por su parte, se percató de que Lena llevaba toda la conversación riendo. Riéndose de él por sus complejitos adolescentes, por su obsesión adulta por cuidarse la dentadura, por esa comparación absurda entre el drama de uno y el de otro que en realidad era la forma de él de reconocer que no la compadecía por su situación, sino que la admiraba por su afán de superación. Y se dio cuenta de que no había vuelto a llevarse la mano a la boca para taparse esas sonrisas. Y se sintió orgulloso de sentir que ella confiaba tanto en él como para no tener complejos en su presencia. La sintió muy suya en ese momento.

Pero el pensamiento que más sorprendió a Nick cuando apareció en su cabeza fue cuando tomó consciencia de que, a pesar de los *brackets*, de algún diente que aún iba por libre en su boca y de que ella no estuviera demasiado acostumbrada a sonreír abiertamente... A pesar de todo ello, Nick no pudo evitar pensar que nunca, en toda su vida, había visto una sonrisa más bonita que la de Lena Bouvier.

Bendita rutina

Las semanas fueron pasando. El invierno se veía ya venir, aunque San Francisco iba a su rollo en lo referente al clima y había días en que hacía más calor que en pleno agosto. Lena se reía cuando Nick no entendía esos vericuetos climáticos y acababa siempre vestido de manga corta en los días fríos o con jersey de lana y sudando como un pollo. Daba igual cuántas veces le explicara Lena lo de las corrientes del Ártico que llegaban en verano y provocaban una niebla que hacía que eso, la palabra «verano», tuviera poco sentido en la ciudad. Y que el otoño, en cambio, era suave y cálido a ratos.

Las jornadas laborales transcurrían con tranquilidad, con las buenas noticias de que el proyecto que habían diseñado iba viento en popa. Tan *viento en popa* que incluso desde el otro lado del charco se habían interesado por él; había una propuesta interesante desde Londres para implantarlo en diferentes instituciones del Reino Unido. Los fines de semana, en cambio, los ordenadores solían quedarse apagados. Nick y Lena no lo habían hablado, pero la rutina había impuesto que pasaran juntos todos los días libres. Nick al fin se había liberado de complejos y miedos y no tenía problema en recorrer la ciudad como un turista más. Lena era feliz enseñándole los rincones más escondidos, a los que no llegaban los guías ni los *tours*, y, cuando surgía algún inconveniente que hacía imposible visitarlos en sus sillas de ruedas, era ella quien tranquilizaba a Nick y le mostraba que siempre había opciones para ellos. Eso de que «cuando se cierra una puerta, se abre una ventana».

Nick estaba feliz aquellos días. Optimista y sonriendo a las circunstancias, por muy adversas que le hubieran parecido algunos meses atrás. Cada vez tenía menos dolores en la pierna mala, y la buena ni siquiera le dolía cuando, sin darse cuenta, la apoyaba en el suelo. Estaba deseando que pasaran un par de semanas para que llegaran las vacaciones de Navidad, irse a Boston y que le quitaran la escayola. La otra pierna seguiría dándole la lata unos cuantos meses, pero la diferencia entre tener que moverse en silla de ruedas o con muletas para él era enorme. Había tenido tantas lesiones en años de carrera deportiva que estaba acostumbrado a moverse con ellas casi como si fueran sus propias piernas. Y aunque con Lena había aprendido que la vida puede ser plena incluso en una silla de ruedas, él empezaba a sentir la necesidad de ponerse en pie y moverse con menos limitaciones.

Todos los compañeros de trabajo del departamento de diseño y programación de *apps* de MobApp Technologies creían que Lena y Nick eran pareja. Por aquello de que llegaban juntos cada mañana —y los que llegaban antes de tiempo los encontraban desayunando en el comedor—, se completaban las frases uno al otro, se marchaban a comer a una mesa para dos, se ponían de acuerdo con respecto a la hora de finalizar la jornada laboral y se marchaban juntos hacia la zona de ocio del edificio de apartamentos, en el cual compartían incluso más horas juntos de las que sus compañeros podían llegar a pensar. Y ellos no desmentían nada porque, en realidad, no les importaba una mierda lo que pensarán los demás. Les gustaba pasar tiempo juntos; *mucho* tiempo juntos. Punto. Lo que pensarán los demás... era asunto de ellos.

—Igual deberíamos socializar un poco y así dejarían de cotillear —propuso un día Lena, con una sonrisa de medio lado y una taza de café entre las manos.

—O deberíamos pasar de todo, como hemos estado haciendo hasta ahora y mal no nos ha ido. —A Nick le dio la risa—. ¿Con quién pasabas tú el tiempo antes de que yo llegara aquí?

—Con... ¿nadie? —Lena bufó—. Eres la primera persona normal que conozco desde que

entré en la empresa.

—¿Normal? ¿Yo soy normal?

—Imagínate cómo serían los demás. —Los dos estallaron en carcajadas—. No, en serio, no soy una antisocial. Son ellos. La gente aquí va muy a su bola, no creas que entran aquí con demasiadas ganas de hacer amigos. Antes de conocerte, iba más a casa que ahora.

—O sea que tu madre debe de odiarme.

—No te creas... Ella siempre ha querido que tenga amigos de mi edad. Pero, fuera del equipo de baloncesto, nunca lo he conseguido demasiado.

—Y yo sigo esperando que me lleves un día a ver un entrenamiento.

—¿De un deporte que ni te gusta ni entiendes del todo?

—No pretenderás comparar el baloncesto con el fútbol, ¿no?

—Claro que no. No quiero que los pobres chicos del fútbol os sintáis ofendidos si te digo que me parece que lo vuestro es pura fuerza bruta y el baloncesto es... técnica, inteligencia, estrategia y arte.

—Pues no sé por qué jugáis en una cancha en vez de en un museo, entonces.

—Vente esta tarde y lo compruebas.

—¿Eso es un trato?

—Es un trato.

Comieron juntos, claro, y solo se separaron un par de horas por la tarde para que Lena organizara las cosas de su entrenamiento, Nick llamara a sus hermanos por Skype y ambos se echaran una pequeña siesta. A las seis de la tarde, ya estaban montados en un taxi de camino a la pista de baloncesto adaptado de la Universidad de Berkeley, sede de los San Francisco Pioneers.

Nick se quedó en una banda, algo apartado, porque tampoco quería llamar demasiado la atención y pretendía que Lena olvidara que él estaba allí e hiciera su trabajo como solía, sin interferencias. Y no fue difícil, porque solo el olor de la goma de las zapatillas y los balones conseguía que Lena se concentrara en explicar estrategia, dirigir la preparación física y motivar a sus chicos de cara al partido del fin de semana.

Nick llevaba solo media hora allí y ya estaba boquiabierto. Nadie conseguiría jamás que le gustara más el baloncesto que el fútbol, pero lo que estaba presenciando en aquella cancha era deporte en estado puro. Y el deporte era la vida de Nick. Y la de Lena, al parecer, a juzgar por la intensidad que ponía a una simple sesión de entrenamiento. Los jugadores sudaban —Nick no se chivaría, pero había escuchado a un par de ellos maldecirla—, el preparador físico tenía que echar el resto para seguirle el ritmo y, lo que más había fascinado a Nick de todo, ella misma había encestado unas cuantas canastas limpias, sin tocar aro, desde más allá de la línea intermedia de la cancha.

Una hora y media después de haber empezado el entrenamiento, Lena decidió darles una tregua a aquellos deportistas que, para Nick, tenían tantísimo mérito. No solo porque jugar al baloncesto desde la escasa altura que permitía una silla de ruedas le parecía difícilísimo. También porque habían logrado sobreponerse a las difíciles circunstancias que siempre conllevaba una lesión medular. Y, sobre todo, porque para Nick el deporte siempre había sido una profesión, algo a lo que dedicar el cien por cien de los esfuerzos de su vida, todo su pensamiento, todas sus ganas. Pero aquellos chicos que entrenaban a solo unos pasos de él tenían que hacerlo a última hora de la tarde porque aquella no era su profesión, solo un *hobby*. Quizá un salvavidas para reengancharse a una vida que un día les había dado la espalda. Pero todos ellos, suponía, tendrían un trabajo de nueve a seis, una familia, unas citas médicas y todo tipo de responsabilidades, pero le robaban dos horas tres días por semana a su tiempo, además de casi

todos los sábados del año para jugar los partidos, y ni siquiera protestaban demasiado cuando Lena los llevaba al límite de sus fuerzas. Esos eran los nombres que deberían corear los hinchas del deporte de todo el mundo, y no el de alguien como él.

En esas reflexiones estaba perdido Nick cuando vio que Lena se acercaba, con los ojos en blanco y resoplando, acompañada de uno de los jugadores de su equipo. Nick no tardó en reconocerlo. Porque ya se había fijado en él durante el entrenamiento, en el que destacaba como líder natural incluso sin hacer nada para parecerlo. Y también porque era una cara conocida que cualquier norteamericano reconocería por muy poco aficionado al baloncesto que fuera.

—Nick, este tío quiere conocerte. —El tono de Lena era tan desagradable como claramente fingido—. Yo querría haberte ahorrado el trago, pero ha insistido.

—Jamie Parks. —Con una enorme sonrisa en la cara, el jugador giró con agilidad su silla de ruedas y le tendió la mano a Nick, que le devolvió el apretón.

—Nick Webber.

—Lo sé.

—Sí, yo también sabía quién eras tú. —A Nick le dio la risa—. Felicidades por lo que has hecho ahí dentro.

—¿Estar a punto de expulsar un pulmón por el culo por culpa de la explotadora de tu amiga?

—Sí, eso. Y también por liderar el equipo.

—Bah. Aquí dentro no hay líderes —respondió Jamie, con una falsa modestia que no le pegaba nada.

—Ya, seguro que sí. —Nick volvió a reír—. Creo que coincidimos el año pasado en la Superbowl, ¿puede ser?

—Estuve comentando el partido para la ESPN. Y en un evento coincidimos con tu equipo, los New England Patriots, pero no sé si llegamos a saludarnos.

—Sí.

—Siento lo de tu lesión. ¿Tienes para mucho? —le preguntó, señalándolo con la cabeza.

—Esta temporada, mínimo. —Nick ahogó una mueca—. Espero poder empezar a incorporarme a los entrenamientos después del verano y estar bien para jugar la próxima.

—Ojalá. Los Patriots están sufriendo tu ausencia, me temo.

—Venga, vale, y ahora ya sois amiguitos —intervino Lena—. ¿Pasas a la ducha, Jamie? Puede que a Annie le guste tu olor corporal, pero al resto del mundo le repugna bastante.

—¡Lena! —Nick no pudo evitar intervenir. Aquellos dos tenían pinta de adorarse, pero lo disimulaban con demasiado ahínco.

—Déjala, Nick. Ya estoy acostumbrado a su carácter adorable. —Jamie puso los ojos en blanco y giró de nuevo para encaminarse hacia los vestuarios—. Lo que no entiendo es cómo alguien puede soportarla voluntariamente. —Y con una carcajada, añadió—. Háztelo mirar, Webber.

—Sí, creo que lo haré.

—¡Eh! —Lena le dio un puñetazo en el hombro y él hizo un gesto de arrepentimiento juntando sus manos—. Me ha dado pena el chaval.

—Si lo conocieras... —Lena le guiñó un ojo y se dirigió ella también a los vestuarios—. En veinte minutos estoy de vuelta. Espérame en la calle si lo prefieres.

Nick le hizo caso y salió sonriendo a la puerta del pabellón de los Pioneers, mientras la mente le volaba a lo que sabía sobre Jamie Parks, la *víctima* favorita de Lena cuando se trataba de gritar y presionar en los entrenamientos. Nick era poco más que un crío cuando saltó la noticia de que Jamie Parks, una de las mayores promesas de la NBA, jugador de Los Ángeles Lakers, había

sufrido un accidente de esquí que lo había dejado paralítico y, obviamente, suponía su retirada de las canchas de básquet. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar que él, el propio Nick, no había estado demasiado lejos de que algo así le sucediera. Él también había sufrido un accidente absurdo, uno demasiado tonto para ser real, que le había costado unas cuantas lesiones muy dolorosas en las piernas, pero de las que se recuperaría y volvería a jugar al fútbol. No quería ni imaginar lo que debía de haber sentido Jamie el día que despertó en una cama de hospital y supo que su vida acababa de cambiar de forma radical para siempre.

Nick —y todos los habitantes de Estados Unidos, en realidad— le habían perdido la pista a Jamie durante años. Una década, nada más y nada menos. Pero su nombre había reaparecido con fuerza en los medios de comunicación un año y pico antes, gracias a otro desgraciado incidente, al amor de su vida y a una presencia en televisión que cada día era más frecuente. Se había convertido en una cara ocasional, que aparecía siempre en los grandes eventos, en las retransmisiones deportivas de la ESPN.

Lena le había hablado mucho de él. Tanto que Nick incluso había sentido un día el mordisquito de los celos —¿por qué tenía él celos de las relaciones de Lena con otras personas?, no dejaba de preguntarse—. Ella había sido quien le había contado la increíble historia de amor de Jamie y Annie, y cómo había sido ella quien lo había sacado, a empujones, del pozo en el que él mismo se había hundido durante los años de su lesión. Su decisión de jugar en el equipo de los San Francisco Pioneers era la última piedra de un muro firme y sólido en el que Jamie se estaba apoyando para su completa recuperación anímica tras el accidente. Con diez años de retraso, diez años que Nick no dudaba que habían sido un infierno, pero lo estaba consiguiendo. Y Nick estaba seguro de que Lena había tenido muchísimo que ver en ello.

Nick no le había dado su opinión a Lena el día que le había contado la historia completa, por respeto a las propias circunstancias de ella, pero... entendía a Parks. Lena había tenido una resiliencia alucinante, sobre todo teniendo en cuenta que cuando había sufrido su accidente no era más que una niña de quince años, pero no todo el mundo tenía la misma fortaleza mental. Era imposible saber cómo se iba a reaccionar ante una adversidad de ese calibre, pero Nick estaba casi seguro de que, de haberse visto en las circunstancias de ellos —sufrir una lesión medular que lo condenara para siempre a usar una silla de ruedas y que supondría su retirada del mundo del deporte—, él habría reaccionado más como Jamie que como Lena. Que lo único que le apetecería sería quedarse todo el día en la cama, compadeciéndose de sí mismo. Aún había días en que era eso lo que le pedía el cuerpo, y eso que su lesión era temporal y pronto volvería a marcar un *touch down*...

Vio aparecer a Lena por la puerta del pabellón y sonrió. Porque había muchas cosas que le gustaban de Lena Bouvier —a ratos pensaba que había *demasiadas*—, pero ninguna se acercaba al calibre de la admiración que le tenía. Por su afán de superación, su fortaleza, su inteligencia... y también porque era la única persona que siempre conseguía hacerlo reír, incluso en aquel año que estaba siendo tan extraño en su vida. Un día, muchos años atrás, su madre les había dicho a Matt y a él, en medio de una conversación de adultos cuando ellos aún no tenían edad para serlo, que sabrían que había llegado el amor verdadero el día que, más que mariposas en el estómago, sintieran una inmensa admiración hacia la persona con la que compartían su vida. Que a ella aún le ocurría con el padre de ambos. Matt y él habían hecho un gesto como de vomitar con los dedos en la boca, porque a ninguna edad les parecía adecuado oír hablar del amor entre sus padres, pero... de repente, Nick entendió. Y se asustó. Porque la admiración por Lena la tenía clara desde hacía semanas, pero... ¿qué coño eran también aquellas mariposas que empezaban a revolotearle en la boca del estómago?

Feliz Navidad

Nick siempre había sido un tío familiar. De los que preferían pasar las fiestas con sus padres y sus hermanos, en la misma casa en la que había transcurrido su infancia y adolescencia, que viajar a algún lugar exótico, como muchos de sus compañeros de equipo. Cuando encadenaba varios partidos fuera de Boston o el equipo hacía una gira por Europa, siempre estaba deseando volver a casa. Y no recordaba una temporada más larga que hubiera pasado sin volver a Boston que aquellos más de tres meses que llevaba en San Francisco. Y, sin embargo, no le podía el ansia por volver. Le apetecía ver a sus padres y hermanos, pero... joder, ¿qué coño le pasaba?

Todos los asuntos de trabajo quedaron resueltos a media mañana del día anterior a sus vacaciones y Lena, en agradecimiento por tantas horas extra que habían hecho en los meses anteriores, le dio a todo el equipo el resto del día libre. Un pequeño adelanto de las vacaciones. Nick dedicó esas horas regaladas a hacer el equipaje, que no es que resultara una tarea fácil desde la silla de ruedas. Dios... no veía la hora de que, al menos, le liberaran la pierna derecha y pudiera empezar a moverse con las muletas. A las siete de la tarde, todo estaba listo. Él se había dado una ducha. Su vuelo salía a media mañana del día siguiente. Tenía un rato libre y decidió salir a dar un paseo —versión silla de ruedas, algo a lo que no acababa de acostumbrarse—, solo que... no le apetecía ir solo.

—¿Andas liada? —le preguntó a Lena, en cuanto ella abrió la puerta. Llevaba un chándal y una camiseta sin mangas, su *look* habitual para pasarse horas jugando a aquellos videojuegos que tan enganchada la tenían.

—Me he ganado a mí misma ocho veces. Hasta mañana no me voy a mi casa, así que... tú dirás. ¿Cuál es tu propuesta?

—¿Damos una vuelta?

—Espera. Cojo una sudadera y vamos.

Salieron de las instalaciones de MobApp Technologies y fueron a un parque cercano a ver el atardecer sobre la bahía. Charlaron sobre las diferentes tradiciones que seguían en una y otra casa. En Boston, la familia de Nick se reunía el día de Navidad y todos cocinaban, a las órdenes de su padre, que era el auténtico chef de la familia. En San Francisco, los Bouvier no comían pavo, ni asado, ni siquiera un pescado al horno; tomaban algunos entrantes ligeros y el grueso —nunca mejor dicho— de la comida consistía en diferentes dulces: tartas, bizcochos, postres exóticos y mucho, muchísimo chocolate.

Decidieron emprender la vuelta a casa cuando la noche ya era cerrada sobre San Francisco. Rodaban por un sendero de piedras detrás de un hombre de mediana edad que paseaba un labrador negro. Tan distraídos iban en la conversación que no se dieron cuenta de que el perro había hecho sus *cositas* en medio del sendero y el cerdo de su dueño no se había molestado en recogerlas.

—¡¡Joder!! —Y aquellas deyecciones caninas fueron a parar a una mano de Nick—. Hijo de la gran puta...

El dueño del perro echó un vistazo atrás, pero, por vergüenza o porque simplemente no tenía ni dos dedos de frente, siguió caminando sin arrepentirse.

—Varios consejos para que esto no vuelva a pasarte. —Lena se subió con uno de sus dedos enguantados las gafas sobre la nariz y procedió a hacerle una de las habituales explicaciones sobre el uso de la silla de ruedas—. El primero, que hay que estar más atentos a estas cosas. Fallo

mío, que iba distraída y tampoco me he dado cuenta. El segundo... —Lena levantó las manos—, unos buenos guantes. Siempre. Es la mejor manera de evitar comerte la mierda de otros. Tercero, llevar toallitas húmedas en la mochila. Por lo que pueda pasar. —Lena le tendió un par de ellas y Nick se limpió las manos con una mueca de asco—. Y cuarto...

—¿Hay muchos más de cuatro?

—El cuarto punto es tan guay que te vas a arrepentir de interrumpirme. —Lena sonrió—. La venganza es un plato que se sirve... oloroso.

—¿Qué?

—Ven.

Ante la absoluta estupefacción de Nick, Lena echó la mano al suelo y cogió uno de aquellos restos que había dejado el perro. Rodó como pudo mientras sujetaba el zurullo y consiguió alcanzar al dueño, que se había quedado parado mientras su perro correteaba entre los arbustos.

—Disculpe.

—¿Sí? —El dueño del perro se quedó algo sorprendido, pero se hizo el loco al verlos.

—No sé si se ha dado cuenta, pero su perro ha hecho *caquita* ahí, a unos metros. Seguro que no se ha dado cuenta, claro. —Lena tiró de ironía y Nick no pudo evitar que se le escapara la risa—. Entiendo que a usted le da igual, pero la mierda sin recoger, en la calle, a nosotros, las personas que vamos en silla de ruedas, nos jode la vida.

—Yo no tengo la culpa...

—No vaya a decirme que no tiene usted la culpa de que vayamos en silla de ruedas, amigo, que entonces podría enfadarme un poquito. —Lena emitió una risita que a Nick le provocó un estremecimiento; era malvada... y le encantaba—. Pero no lleguemos a mayores. ¿Amigos?

Lena le tendió la mano al hombre y Nick vio la escena en su cabeza como retransmitida a cámara lenta. El momento en que ella adelantaba su mano, el instante en que el hombre le devolvió el apretón, cómo la mierda se le extendió por la palma, la cara de asco, el grito ahogado, la cara de inocencia de ella...

Fue increíble. Magistral. Tanto que Nick se descubrió a sí mismo aplaudiendo con ganas, casi como si estuviera en la final de la Superbowl y su jugador favorito acabara de anotar un *touch down*. Como si él mismo lo hubiera anotado. El dueño del perro y su fiel amigo se marcharon con el rabo entre las piernas. Y ellos emprendieron el camino de vuelta a sus apartamentos, mientras Nick se planteaba que Lena, esa tarde, le había hecho sentir algo. Una cosa que aún no tenía nombre. Algo que nunca esperó sentir por ella. Y mucho menos, todo sea dicho, habiendo un pedazo de mierda de por medio.

Cuando entraron en el edificio, Lena hizo amago de regresar a su estudio —aunque lo que más le apetecía era quedarse con Nick—, pero él la interceptó con una propuesta imposible de rechazar.

—Vamos a celebrar nuestra propia cena de Navidad, anda.

—No solo te voy a decir que sí a eso... Es que, si tienes una botella de *whisky* en tu cuarto, que estoy segura de que sí, porque tú eres así... igual hasta dejo que me emborraches.

—No me digas...

—Es Navidad —le respondió ella, encogiéndose de hombros, como si esas dos palabras fueran toda la explicación necesaria.

—En cinco minutos aquí.

Menos del prometido tiempo después, Nick y Lena se encontraron en el pasillo. Él llevaba en su regazo dos botellas, una de *whisky* y otra de vodka, las dos empezadas en alguna noche de celebración anterior. Lena, un par de sándwiches envasados, algo de bollería y unas llaves que le

mostró a Nick al tiempo que movía las cejas arriba y abajo varias veces consecutivas.

—¿Qué es eso?

—Ha llegado la hora de que conozcas el secreto mejor guardado de MobApp Technologies.

Nick se sorprendió cuando Lena pasó de largo la rampa por la que siempre accedían a la zona de oficinas y también a las áreas de ocio de las instalaciones. Atravesó, pasando una tarjeta magnética por un lector, unas puertas en cuyo cristal rezaba «Área restringida». Y se metieron en un ascensor que Lena llamó introduciendo una de las llaves en una cerradura.

—¿Dónde coño estamos?

—Bienvenido a la zona de los jefes. Que esta empresa sea muy moderna y muy molona no significa que los jefazos no tengan un sitio pijo en el que reunirse.

Después de abrir otro par de puertas, accedieron a un salón muy lujoso. Con sillones de cuero negros, mesas de maderas nobles y alfombras de colores neutros pero ninguna pinta de ser baratas.

—¿Se te ocurre un sitio mejor donde celebrar la Navidad? —le preguntó Lena, orgullosa de su hazaña.

—Aquí dentro, no. Y fuera... creo que tampoco. ¿Nos vamos a meter en un lío por estar aquí?

—Tú quizá... A mí ya sabes que me lo consienten todo en esta empresa.

—No me jodas, Lena.

—Nadie se va a enterar. Y si se enteran, me responsabilizaré de todo, que soy...

—La niña mimada de la empresa, ya lo sé.

Se acomodaron en dos sillones reclinables impresionantes y Lena utilizó un mando a distancia para bajar un proyector, en el que sintonizó la MTV, cuyos vídeos incluso parecían de calidad con el sistema de sonido de aquella sala.

—No es la primera vez que te cueles aquí, ¿verdad?

—Lo que pasa en la planta de los jefes se queda en la planta de los jefes.

Sirvieron la exigua cena sobre la mesa y Lena se atrevió a probar el chupito de vodka que le ofreció Nick. Puso cara de asco, estuvo a punto de tener una arcada, pero se rio. Él bromeó un poco con ella y siguieron bebiendo, mientras caían las confesiones al mismo ritmo que las botellas y las bolsas de patatas se iban vaciando.

—Has estado increíble con el tío del perro. La cara que ha puesto...

—A mí siempre es mejor tenerme de amiga que de enemiga.

—No me cabe duda. —Nick la miró y se le dibujó una sonrisa sin motivo. Culparía al *whisky*—. ¿Cómo es que hoy te ha dado por beber?

—Lo tengo todo controlado. Solo tengo que bajar a mi cuarto dentro de —miró su reloj— setenta y ocho minutos como máximo.

—¿Es jodido? —Nick vio la cara de incompreensión de ella y aclaró—. Tener que controlar así las horas de ir al cuarto de baño y tal...

—Supongo que a todo acaba uno por acostumbrarse. Podría decirte lo contrario, pero... es la peor parte de esto. A no caminar te acostumbras, sobre todo si te pasa siendo tan joven como era yo. Pero lo de no tener dominio sobre eso... Es chungo. Implica mucha disciplina, mucho control de la alimentación, del alcohol y cualquier otra bebida diurética, tener horarios fijos y, en circunstancias excepcionales, la puta bolsa, que la odio.

—Hoy no la llevas, ¿no?

—No. Ni creo que la lleve jamás delante de nadie, así que... Por eso tengo que bajar dentro de...

Como si fuera una cruel broma del destino, en el preciso instante en que Lena iba a recordarle a Nick que en más o menos una hora tendría que bajar a su estudio, el proyector se apagó, sonó un chasquido y la sala se quedó a oscuras.

—¡Joder!

—Dime que esto no es un apagón —dijo Nick, con un cierto tono burlón en su voz.

—Es el puto simulacro de seguridad. ¡Cómo he podido olvidarme!

—¿Qué simulacro?

—Tres veces al año, coincidiendo con periodos vacacionales, se hace un apagón de tres horas para enfriar los servidores, comprobar las excepciones de seguridad y la capacidad de recuperación de los equipos.

—Y no te has acordado...

—No.

—Dios mío, la perfecta Lena Bouvier, de repente, ya no es tan perfecta.

—Nick, cielo... ¿Recuerdas lo que estábamos hablando antes de que se fuera la luz?

—Emmmm...

—Si no estoy en mi cuarto dentro de una hora, me haré pis encima. Y esta es la única zona de todo el edificio a la que solo se puede acceder en ascensor o por escaleras.

—Estamos jodidos.

—Tú no sé. Yo... bastante.

A pesar de que la situación era un poco límite, y de que Lena jamás imaginó tener el cuajo para bromear con ella —ni siquiera para hablar de ello con naturalidad—, a los dos se les dibujaban sonrisas mientras intentaban dar con una solución.

—Lena..., me parece a mí que solo tienes dos opciones. O te meas encima o bajas las escaleras con el culo.

—¿Y la silla?

—Pues... tendremos que despeñarla escaleras abajo.

—¿Tú sabes la pasta que cuesta mi silla?

—Ni puta idea. ¿Más o menos que la vergüenza de mearte encima? Porque a mí me da igual, eh. Ni me reiría, pero...

—Vete a la mierda. —Lena se revolvió el pelo y resopló—. Vamos a probar cómo de duro tengo el culo.

Les llevó tiempo, pero lo consiguieron. Dejando caer las sillas de ruedas con el mayor cuidado posible en cada tramo de escaleras, bajaron entre carcajadas peldaño a peldaño dejándose parte del coxis en la operación y Nick ayudó a Lena en aquellos momentos en que la discapacidad de ella era demasiado impedimento para lograr llegar hasta sus estudios.

—Pues... parece que somos mucho más capaces de lo que cualquiera diría —dijo ella, eufórica, cuando llegaron a la planta baja. Por si el esfuerzo hubiera sido poco, habían tenido también que transportar los restos de su pequeña celebración en los bolsillos de la ropa. Nick incluso llevaba las dos botellas metidas en la cinturilla del pantalón.

—Sin duda.

—Me encantaría quedarme a despedirme con calma, pero...

—Pero te haces pis.

—Exacto.

Lena entró con rapidez en su apartamento, asustada ante la posibilidad de que se le escaparan los esfínteres. Había bebido alcohol, por primera vez en su vida, y eso hacía que, además de tener la cabeza un poco descontrolada, no estuviera segura de cuál sería el aguante exacto de su

vejiga. Entró al cuarto de baño, comprobó que no había pasado nada y se puso el pijama. Hasta que no estaba a punto de pasarse de la silla de ruedas a la cama, no se dio cuenta de que había olvidado desearte una feliz Navidad a Nick.

Nick, por su parte, se quedó un rato en el pasillo, mirando la puerta de Lena como un imbécil. Entendía que ella tenía prisa por entrar a su estudio, pero se le había quedado un mal sabor de boca con aquella despedida tan precipitada. Quiso llamar a su puerta, pero le daba miedo interrumpirla en sus rutinas de antes de irse a dormir... y tampoco sabía qué decirle. Ni siquiera sabía qué coño sentía, porque él se había sentido atraído por un montón de mujeres a lo largo de su vida, pero jamás pensó que pudiera tener un sentimiento parecido después de haber visto a alguien extender mierda por la mano de otra persona y bajar unas escaleras arrastrando el culo.

Al final, el valor venció al miedo. Y Nick dio dos suaves golpes en la madera de la puerta de Lena.

—¿Nick?

—Se me ha olvidado desearte feliz Navidad. —Nick cerró los ojos y pensó que sus hermanos se partirían el culo si escucharan esa frase de galán de tercera.

—Ah, yo...

—Y también decirte que, aunque seguramente tú ya lo sepas, me pareces la tía más valiente que he conocido en toda mi vida. Una tía mucho más valiente de lo que tú misma eres capaz de entender.

—Nick...

—Y también esto.

Los labios de Nick cayeron sobre los de Lena, sin que las sillas de ruedas pudieran hacer más por impedirlo de lo que hicieron sus cuellos por estirarse. Aquel fue el primer beso de la vida de Lena. Y fue perfecto, aunque las lenguas ni siquiera abandonaran las bocas y tuviera más de beso que sellaba un pacto de amistad que de pasión desbordada. Para Nick, no fue el primero ni quizá el milésimo beso, pero no pudo evitar sentir, mientras regresaba a su dormitorio, que había sido el más especial de su vida.

Y aunque aquella acabara convirtiéndose para ambos en una feliz Navidad... también estaban seguros de que aquel beso no se les olvidaría durante los días que pasaran separados. Y que se echarían de menos más de lo que estaban dispuestos a reconocer.

Una Navidad diferente

Si las compañías de telefonía móvil de los Estados Unidos sacaran una estadística sobre los usuarios que mayor uso hacen de sus redes en un periodo de tiempo determinado, sin duda durante aquellas dos semanas de Navidad, Lena Bouvier y Nicholas Webber habrían copado los primeros puestos.

Nick se descubrió en Boston, más a menudo de lo que había esperado, enviándole a Lena algunos de aquellos *whatsapps* que en otra época lo llevaban a burlarse de sus amigos, que no parecían capaces de dejar de estar en contacto con sus novias. Y también consultando de forma compulsiva la pantalla para comprobar si ella le había respondido. O si estaba en línea. Y ni hablemos de las taquicardias que le entraban cuando veía aquel «Escribiendo» seguido de puntos suspensivos que conseguían precisamente eso, poner su corazón en suspenso.

Aquella recién adquirida obsesión de Nick por su teléfono móvil fue el mejor regalo de Navidad que podían haber recibido sus hermanos Matt y Donnie. Al menos eso parecía, teniendo en cuenta que nunca habían tenido ataques de risa de mayor calibre. Nick no podía negarlo: era un blanco fácil para las bromas de toda la familia, a las que no tardaron en unirse sus padres, por supuesto. Al final, Nick acabó confesando que sí, que había alguien especial en San Francisco. Pero que no, no era su novia ni creía que llegara a serlo algún día. No es que Nick Webber fuera conocido por su falta de seguridad en sí mismo, pero nada en las reacciones de Lena lo llevaba a pensar que ella tuviera el menor interés en algo más que ser su mejor amiga. Aunque aquel beso de despedida... a él lo había dejado con ganas de más. Y tenía la sensación de que a ella también. Ojalá. Enero lo diría.

Los días en Boston pasaron a la vez lentos y en un suspiro. Lentos por eso precisamente, porque Nick se había dejado un buen trozo de sí mismo en San Francisco. Pero también en un suspiro, porque no hubo un solo día en su agenda de aquellas dos semanas que no estuviera plagado de eventos, reuniones, cenas y momentos especiales. Se reunió varias veces con sus compañeros de equipo, que no dejaban de desearle suerte en su recuperación y se lamentaban de que la temporada no iba demasiado bien sin su presencia. También vio a viejos amigos, de esos que conservaba desde la época del instituto y con quienes nunca era una estrella de la NFL, sino solo Nick, ese chico que no siempre había sido un triunfador y que tampoco lo necesitaba. Sus hermanos lo arrastraron a mil y un planes, pero ninguno fue mejor que tirarse horas delante de la tele jugando a la Xbox, bebiendo cerveza y escuchando a sus padres refunfuñar por que siguieran comportándose como adolescentes, cuando solo el más pequeño de ellos lo era.

Pero el momento cumbre de la visita a Boston aquella Navidad fue para Nick la cita con sus doctores. Se había portado de maravilla durante los aproximadamente cuatro meses que habían pasado desde el accidente y había estado en contacto con los traumatólogos, tanto del hospital donde lo habían operado como del equipo. Y eso tuvo su justa recompensa. Pocos días antes de que acabara el año, en la consulta de su cirujano, al fin Nick se deshizo de la escayola que cubría su pierna derecha. En un primer momento, se echó las manos a la cabeza al comprobar que su gemelo se había quedado en nada, en una patita como de pollo, o de jubilado de Florida... o algo así de terrible. Pero enseguida se repuso y se centró en lo importante. Pasó un momento de pánico antes de apoyar, por primera vez en meses, su pierna en el suelo. Las cicatrices que había dejado la cirugía le añadieron un puntito de inseguridad, pero la sensación en el momento que tocó suelo fue buena. Extraña, porque sentía la pierna aún muy débil, y algo dolorida, porque sus

huesos aún se resentían de aquel golpe tan tremendo que había recibido. Pero buena, al fin y al cabo.

—Ahora... con mucha calma, Nick —le dijo el traumatólogo en cuanto vio que él sonreía de oreja a oreja; no convenía pasarse de optimismo tampoco—. Si la otra pierna no estuviera lesionada, tendrías que ir empezando a apoyar peso en esta poco a poco, pero, claro, en tus circunstancias eso no será posible.

—Entonces, ¿qué hago?

—De momento, vamos a ir combinando momentos en la silla de ruedas...

—¿Qué? ¿Tengo que volver a usarla? —Nick frunció tanto el ceño que su madre, allí presente, puso los ojos en blanco, porque parecía un niño de siete años enfurruñado.

—¡Pues claro! —El médico se rio; Nick sintió que de él, pero no se lo tuvo en cuenta—. Ahora al principio, quiero que uses las muletas solo unos minutos al día. No tienes fuerza aún en ella para sostener todo el peso de tu cuerpo. Ya he enviado el plan de rehabilitación a tus fisioterapeutas de San Francisco, para que recuperes masa muscular cuanto antes y aumentes hasta la fuerza necesaria.

—¿Y cuándo podré moverme solo con las muletas?

—Podrías en un par de meses o así. Será progresivo, cada vez irás dejando más atrás la silla de ruedas, que ya veo que es tu principal deseo. —El doctor le guiñó un ojo en un gesto burlón; habían cogido muchísima confianza en los meses que llevaba Nick siendo su paciente más célebre—. Pero no queremos que te caigas y tengamos que volver a empezar con la recuperación.

—No, no. Nadie quiere eso.

—Pues paciencia... *mucha* paciencia, que esto va viento en popa. Las radiografías de tu pierna muestran una recuperación completa, así que... ya estamos más cerca de la línea de meta.

«Recuperación completa». Aquellas palabras sonaron tanto a musical celestial en los oídos de Nick que ni le importó volver a casa en su archienemiga, la silla de ruedas. Con poder pasar algún rato cada día de pie, manejándose con las muletas, él ya estaba feliz. Y sí, la línea de meta estaba próxima. No pudo esperar a llegar a casa para comentárselo a Lena, así que le mandó un mensaje desde el mismo coche que, por supuesto, provocó las carcajadas burlonas de Matt y Donnie. Pero qué más le daba a él. Estaba feliz, así que la risa parecía una buena banda sonora para el momento.

Lena recibió aquel mensaje de texto y sonrió de oreja a oreja. Siempre había sido un poco adicta a la tecnología, pero nunca había pasado tantas horas pegada a su iPhone como en aquellas semanas que pasó en casa de sus padres. Lena al principio había planeado seguir durmiendo en su apartamento de la empresa, pero su madre se puso seria y le dijo que, si hacía eso, acabaría trabajando más que disfrutando de sus merecidas vacaciones —lo cual era rigurosamente cierto y Lena no pudo negarlo—. Así que Lena se trasladó, con todos sus bártulos, a la casa en la que había nacido.

Aquella casa, en realidad, no parecía la misma en la que Lena había aprendido a hablar, a andar, a bajar con el culo resbalando por el pasamanos de las escaleras y a soñar con un futuro brillante en el deporte. Después del accidente, todo había cambiado, incluida la casa. Habían tenido que hacer muchas obras para adaptarla a su nueva condición, lo cual incluía que su nuevo cuarto estaba en la planta baja, contaba con un cuarto de baño propio... y también que desde la

cocina sus padres podían controlarla. Algo que había tenido todo el sentido del mundo al principio de la recuperación, pero que, con veinticinco años, no era plato de gusto para nadie. Su madre siempre respetaba su intimidad, pero su padre... era otra historia.

A Lena se le hacía cuesta arriba seguir viendo la cara de compasión de su padre cada vez que la miraba. Daba igual cuánto hubiera avanzado ella en los años transcurridos desde el accidente; él siempre la miraba como si fuera el proyecto de algo que no llegó a ocurrir. Para él, la carrera en la gimnasia de Lena era su gran orgullo. En aquella carretera donde se quedaron tantas cosas, murió también el carácter alegre de un hombre que no había superado aquello. Y Lena lo comprendía en parte, sí, pero también sentía que él no tenía derecho a *tener que superarlo*. Si ella lo había hecho, nadie más debería sentirse aún triste por algo que había ocurrido una década atrás.

Pero no todo era negativo en volver a casa. Al contrario. Lena se sentía bien en casa, una vez conseguía olvidar la actitud de su padre y la ausencia de aquella independencia y privacidad de la que disfrutaba en el edificio de MobApp Technologies. Comió mucho —sobre todo dulce—, vio un montón de películas navideñas —de esas que no gustan a casi nadie, pero que en su casa eran una religión en esas fechas— y aguantó sin demasiadas protestas el interrogatorio de su madre.

—Vamos a ver... que no has dejado el móvil ni una vez en todos estos días. —Su madre esbozaba una sonrisa de oreja a oreja—. Confiesa.

—No hay nada que confesar —mintió Lena, ruborizada como los tomates de la ensalada con la que intentaba quitarse la culpabilidad de las comidas hipercalóricas.

—No te lo crees ni tú.

—Mamá...

—¡Venga, Lena! Dame una alegría.

—Es que no hay mucho que contar, mamá, de verdad. Es solo... Nick.

—¿Y por qué tengo la sensación de que Nick nunca es «solo Nick»?

—Pues... porque es especial —se rindió finalmente Lena—. Porque me gusta y... siento cosas.

—¿Y él?

—Él no. Él es... Es un jugador de la NFL que está temporalmente de baja.

—¿Y qué tiene que ver su profesión con lo que pueda sentir por ti?

—Pues mamá..., ya sabes.

—No, no sé nada. Solo sé que eres una chica demasiado segura de sí misma como para estar diciendo tal sarta de tonterías.

—Ya, pero también soy realista. Nos hemos hecho muy amigos, entre otras cosas porque vivimos uno enfrente del otro y trabajamos en mesas pegadas. Y él se siente bastante incómodo con su nueva situación, con la silla de ruedas y eso, y yo lo he ayudado, pero...

—¿Ha pasado algo entre vosotros? —Si algo no se le podía negar a la madre de Lena era la capacidad para ir al grano—. No sé... Algo guay.

—Mamá, que hables como una adolescente no va a hacer que confiese.

—O sea... que hay algo que confesar.

—El otro día, el día antes de que él se marchara a Boston... pasó algo.

—¿Qué pasó?! —Lena pensó por un momento que su madre debería tomarse un ansiolítico antes de seguir con la conversación, pero no le negó la información que tanto anhelaba.

—Hubo un beso.

—¡¡¡Aaaah!!!

—Mamá, ¡no chilles, por Dios! Fue un besito de nada —Lena cerró los ojos ante esa

definición, porque para ella había sido mucho más—, un pico, sin lengua, sin nada. Un beso de amigos.

—¿Cuántas veces antes de ese día habías besado a un amigo en los labios?

—Yo... nunca.

—Pues entonces no vuelvas a decir que fue un «besito de nada».

—Ya, ya lo sé. Pero dudo que vaya a más. Ni siquiera sé si es lo que quiero.

—Mira, Lena, tengo que irme a hacer la cena, pero... antes quiero decirte algo.

—Dispara.

—No sé si ese beso irá a más, si ese chico estará enamorado de ti o qué pasará en el futuro, pero sí sé que ya es hora de que empieces a vivir.

—Mamá, yo...

—Sí, sí, lo sé. Por supuesto que has vivido estos últimos diez años. Has estudiado una carrera impresionante, tienes un trabajo por el que otros matarían, te has volcado en el deporte, tienes amigos, una relación fantástica con nosotros, eres independiente... No pienses ni por un momento que menosprecio eso.

—¿Pero? —preguntó Lena, sabedora de que su madre se guardaba algo.

—Pero hubo cosas que dejaste en *stand by* con el accidente. Bueno..., una sola cosa, en realidad. En aquel momento eras una adolescente que debería estar viviendo las primeras citas, los primeros besos, las primeras cosas que los padres nunca queremos pensar que hagan nuestras hijas. —Las dos compartieron una sonrisa cómplice—. Pero eso no pudo ser. Y han pasado diez años... y te lo sigues negando.

—No es que me lo niegue, es que... nunca ha entrado en el guion de mi vida.

—Pues ya va siendo hora de que eso cambie. El trabajo, los estudios, el deporte, la familia, los amigos... todo eso es importante. Y no sabes cuánto me alegro de que tu vida sea plena en esos aspectos. Pero la vida también te va a pedir algo más. No sé si ahora, con Nick, o más adelante, pero no te lo niegues.

—Aun a riesgo de que entres en barrena con esta confesión, mamá —Lena soltó una carcajada—, si no es con Nick... no creo que llegue a ser con nadie.

—Pues ve a por él, Lena. A por todas. Ese chico parece inteligente. Y solo un imbécil integral no se enamoraría de ti después de conocerte bien.

Su madre se levantó, dejando aquel comentario en el aire. Flotando entre ellas como un perfume agradable. Y Lena se lo creyó. Se creyó que merecía enamorarse. Que Nick podría llegar a quererla. Que juntos aún no eran nada, pero a la vez lo eran todo. Y, a pesar de que se sentía en aquellas vacaciones en su casa más cómoda de lo que había estado allí en años..., deseó con todas sus fuerzas que el nuevo año llegara y su vida volviera a la maravillosa rutina de despertar cada mañana a pocos metros del apartamento de Nick, desayunar con él y dar comienzo a una jornada laboral en que no se separarían más que para dormir. Y quién sabe si algún día... ni siquiera para eso.

11

Volver a casa

Nick y Lena no se habían separado ni un milímetro en las tres semanas que habían pasado desde que él había regresado a San Francisco. Bueno..., en realidad sí lo habían hecho, pero el tiempo justo que correspondía a las sesiones de rehabilitación de Nick, que *casualmente* —no había sido casualidad en absoluto— coincidían con los entrenamientos de baloncesto de Lena. Y para dormir, claro.

Lena se partía de risa cuando veía a Nick recorrer las instalaciones de MobApp Technologies con las muletas colgando del respaldo de su silla de ruedas. Parecían una antena y ella había empezado a llamarlo «el coche de choque». Nick sonreía de medio lado al escucharla. Y al verla. Sonreía de medio lado, o a mandíbula batiente, casi todo el tiempo que pasaba con Lena.

—A ver, Webber, muéstrame tus progresos —le pidió ella, mientras picoteaba cacahuetes de una bolsa de *snacks* variados, una noche de viernes en aquel rincón del porche que ya se había convertido en su lugar de reunión favorito. Lo cierto es que aún no había tenido la oportunidad de ver a Nick de pie ni una sola vez.

—Otro día —esquivó él la petición y dio a continuación un sorbo a su cerveza para no seguir hablando del tema.

—No, no, ya me has dicho eso de «otro día» demasiadas veces. ¿Qué pasa? —le preguntó de nuevo Lena, que no pensaba dejar el tema.

—Que no... me siento cómodo.

—Venga ya, ¿tan mal te apañas con las muletas?

—A ver... —se rindió Nick, con un resoplido sonoro.

Puso el freno de su silla de ruedas y cogió las muletas del soporte que le habían instalado en el respaldo de la silla. Tanteó el suelo un par de veces con su pierna buena hasta que se sintió lo suficientemente seguro de sí mismo como para darse impulso, lo hizo y estabilizó su verticalidad sujetándose con una mano a la mesa mientras con la otra se colocaba las muletas. Dio un par de saltitos en el sitio antes de acomodárselas bien en las manos y comenzar a recorrer el camino asfaltado que cruzaba el jardín en diferentes direcciones.

—Hey, pues lo haces bastante bien —le dijo Lena, alzando un poco la voz para que él la oyera y dándole un trago a la cerveza con limón que Nick compraba últimamente para ella.

—Gracias —le respondió él al cabo de unos minutos, cuando se sentó de nuevo en su silla de ruedas. Se secó con discreción una pequeña capa de sudor que se le había formado con el esfuerzo de recorrer aquellos pocos metros. Ya se había dado cuenta en las sesiones de fisioterapia, pero era alarmante hasta qué punto estaba en baja forma, teniendo en cuenta sus estándares habituales.

—En serio, te manejas estupendamente. ¿Cuándo crees que podrás dejar la silla de ruedas?

—Pues... no sé. Pronto, supongo.

—Vas a ganar un montón de autonomía. Yo no creo que pudiera ir ni a la esquina del jardín con muletas. Siempre me han parecido un objeto del infierno.

—Tuve el récord mundial de esguinces de tobillo en el instituto y la universidad. Créeme, se me da mejor caminar con muletas que con los dos pies —bromeó Nick.

—¿Entonces? ¿Por qué dices que no estás cómodo con ellas?

—No, por nada.

Lena no insistió. Se limitó a fruncir el ceño y esperar que él rumiara lo que fuera que se le

estaba pasando por la cabeza antes de decidirse a hablar. Claro que Lena tampoco era la reina de la paciencia y no tardó más de tres minutos en preguntarle qué mosca le había picado.

—A ver, desembucha.

—Es que te vas a cabrear.

—Ay, Dios... Bien empezamos. ¿Qué pasa?

—Que no me apetece demasiado alardear de que me estoy recuperando, joder, Lena.

Ella no se habría esperado esa respuesta ni en un millón de años, así que abrió mucho los ojos, perpleja.

—¿Estás de coña?

—Ya te dije que te ibas a cabrear...

—No es que me cabree, es... —A Lena se le dibujó una sonrisa llena de ternura; podía tener sentimientos algo confusos sobre Nick, pero de lo que no le cabía ninguna duda era de que era un buen tío—. Es que eres tonto.

—Pues seré tonto.

—Nick... —Lena se acercó un poco a Nick y posó su mano sobre la de él. Nick alzó la mirada y la clavó en sus ojos, porque era algo poco habitual que hubiera contacto físico entre ellos. Las sillas de ruedas no lo ponían fácil y además nunca había sido una costumbre para ellos—. No te puedes imaginar cuánto me alegro de que, más pronto que tarde, acabes dándole la patada a la silla de ruedas. Que yo me vaya a pasar la vida en una no significa que quiera que todo el mundo dependa de otra. No soy tan gilipollas.

—Ya, pero...

—Ni pero ni nada. Tú solo asegúrate de que sigamos siendo tan amigos a pesar de que, dentro de poco, ya no estaremos a la misma altura.

—Amigos... pues claro.

Hubo algo enigmático en el tono de voz de Nick y también en la cara con la que acompañó sus palabras. Después de aquel beso con el que se habían deseado feliz Navidad, nunca había vuelto a salir el tema. Nick no se atrevía a sacarlo, aunque aquel beso visitaba su recuerdo con más frecuencia de la que le gustaría, por miedo a incomodar a Lena; a que ella no le hubiera dado la menor importancia y que él acabara quedando como un imbécil. Lena, por su parte, estaba convencida de que solo había sido un gesto de amistad, uno un poco diferente, íntimo, como también lo era la amistad que compartían. Así que ni soñaba con que se repitiera o con que fuera a más. Lo que no podía evitar era recordarlo demasiado a menudo.

Aquel momento breve de tensión pasó. En realidad no había sido más que un silencio. Uno en el que ambos habían recordado de forma demasiado vívida el tacto de unos labios suaves y dulces. Enseguida cambiaron de tema. O sacaron un tema, para ser exactos. Las sesiones de rehabilitación de Nick eran un territorio seguro. Se rieron a carcajadas cuando él le explicó que estaba harto de sentirse como un jamón, colgado del techo por unos arneses. Como no podía apoyar todavía la pierna izquierda, la forma de ir apoyando peso poco a poco en la derecha era que unos arneses lo sostuvieran y fueran dejándolo con suavidad sobre el suelo, siempre con las manos bien aferradas a las barras paralelas para que una caída no empeorara una situación ya de por sí precaria. Lena le habló de algunos ejercicios que ella tenía que seguir haciendo —que tendría que seguir haciendo de por vida— para no perder el tono muscular, y que tampoco eran lo más agradable del mundo para la dignidad. Hablaron de trabajo —a pesar de que poco tiempo antes, en otra de aquellas reuniones, habían acordado que ese fuera un tema vetado—, de los últimos partidos del equipo de baloncesto que dirigía Lena, de sus familias e incluso de la actualidad política del país, que no estaba precisamente para tirar cohetes.

Pero no hablaron de ellos. Nunca lo hacían. En realidad, tampoco estaba claro que hubiera un *nosotros*. Tal vez solo en sus mentes. Pero lo que ninguno de los dos habría podido negar cuando volvieron a sus apartamentos era que aquel beso breve y casto flotaba en sus mentes con una frecuencia alarmante. Tampoco que esa noche volverían a recordarlo. Y que a ambos les estaban entrando unas ganas tremendas de repetirlo.

No quiero jugar

—Hoy no vas a poder conmigo. Prepárese a morder el polvo, señorita Bouvier.

Lena estaba leyendo una novela cuando Nick llamó a su puerta. Bueno..., en realidad estaba leyendo con la mitad de su cerebro y, con la otra mitad, estaba preguntándose si cruzar el pasillo y llamar a su puerta la convertiría en una acosadora, teniendo en cuenta que llevaba unos veinte minutos sin verlo, desde que habían acabado la jornada laboral, y ya lo echaba de menos.

—Entra, anda. —Lena reparó en la gran bolsa de plástico que Nick llevaba en su regazo—. ¿Qué es eso?

—Acomódate mientras preparo todo —le dijo él, enigmático, mientras se dirigía al gigantesco televisor del apartamento.

Lena se carcajeó cuando vio que lo que Nick extraía de la bolsa era una Xbox de un modelo anterior a la otra que tenía, y también a la que había para uso común en la sala de juegos del edificio.

—No me mires así —se adelantó Nick a la pregunta que Lena estaba a punto de pronunciar en voz alta—. Le he pagado a mi hermano Donnie...

—¿Le has pagado?

—Cosas entre hermanos. Las hijas únicas no entendéis... —A Nick le dio la risa—. Es igual. El caso es que le he recomprado mi vieja Xbox.

—¿Porque estás seguro de que en esa podrás ganarme? —preguntó Lena con una ceja arqueada, llena de chulería. De seguridad en sí misma en materia de videojuegos, en realidad.

—Se siente diferente. Con esta... —Nick señaló el aparato, que ya estaba conectado al sistema de imagen y sonido del apartamento—. Con esta soy invencible.

—Vamos a comprobarlo, entonces.

Los sonidos del juego de estrategia que Lena había ayudado a diseñar en su época universitaria invadieron el apartamento durante horas. Nick peleó más duro en aquellas partidas de lo que jamás lo había hecho en una cancha de fútbol —esperaba que ninguno de sus antiguos entrenadores llegara a enterarse de ese dato—, pero Lena parecía imbatible en aquel juego, maldita fuera. Hasta llegó a sudar como si el esfuerzo físico fuera notable, a pesar de que no se había movido del sofá. Y se había bebido tres refrescos energéticos.

—No puedo más, de verdad. La última o me rindo a tu hegemonía eterna —le dijo a Lena, cuando ya había caído la noche sobre San Francisco.

—Acepto.

Nick redobló esfuerzos en aquella partida. Se había fijado en un par de trucos de aquellos que solo Lena conocía y los aplicó con maestría. En la última partida del juego iban muy igualados, pero él logró mantener su ventaja de forma milagrosa y cuando la palabra «fin» apareció en pantalla, Nick se proclamó vencedor.

Lena se partía de risa viéndolo celebrar aquella victoria. Saltó —sobre una sola pierna, claro—, gritó, se jaleó a sí mismo y, en un determinado momento, incluso escucharon los golpes provenientes del piso de arriba, donde algún vecino no estaba tan feliz como Nick con aquella victoria y su posterior celebración.

Lena se reía con la celebración, sí, pero lo cierto era que llevaba toda la tarde-noche con una sonrisita tonta. Eran ya cinco meses los que duraba su amistad con Nick y cada vez le costaba más esfuerzo negar que se estaba enamorando de él. O quizá que ya lo estaba, que se había caído

con todo el equipo. Pero nada hacía presagiar, excepto aquel beso navideño que Lena estaba cada vez más convencida de que había sido solo un gesto amistoso, que Nick pudiera sentir algo similar. Eran dos amigos, casi como dos amigos del mismo sexo, o como seres asexuales que son felices jugando a la videoconsola, viendo películas o, simplemente, trabajando. Lena quería ver algo más. Quizá es que lo había. O tal vez solo fueran esas estúpidas esperanzas que siempre se crean las personas enamoradas y que suelen ser terreno abonado para lágrimas posteriores. Pero le había parecido ver un brillo diferente en las miradas que Nick le dirigía durante las partidas. En algunas palabras dichas a medias cuyo significado era difícil de captar, pero cuyo tono dejaba algunas cosas claras. Dios... ojalá todo fuera más sencillo, pensaba Lena mientras manejaba los botones del mando de la Xbox para recargar una nueva partida.

—¿Qué haces? —le preguntó Nick, con la voz cargada de algo difícil de definir. Ese. Ese era uno de esos momentos a los que Lena se refería cuando albergaba esperanzas.

—¿Qué voy a hacer? No puedo abandonar esta sesión de juegos como la perdedora, ¿no crees?

—No —le respondió Nick, y a Lena sus ojos le parecieron más oscuros que nunca.

—¿No? ¿No me vas a dar la revancha, en serio? —Lena estuvo a punto de interrumpirse a mitad de pregunta, porque la mirada que le dirigía Nick era tan intensa que sentía que la traspasaba, pero decidió seguir con el tono frívolo para no hacerse más ilusiones de las que ya flotaban en su mente.

—No. No quiero jugar más. —Nick tragó saliva con fuerza. Su nuez se desplazó arriba y abajo en su garganta. Él se dio cuenta... y Lena también.

—¿Y qué quieres hacer? —se atrevió a preguntar ella, en un susurro.

—Hablar. —Nick se encogió de hombros, tímido de repente—. O ni siquiera hablar. Al fin y al cabo, quedarme contigo en silencio me gusta más que una conversación con cualquier otra persona.

—Nick...

—No. —Durante todas las partidas de aquella tarde, Nick y Lena habían estado sentados en el sofá del dormitorio, que era de dos plazas, aunque bastante estrecho. De repente, ambos fueron mucho más conscientes de cada parte de sus cuerpos que estaba en contacto. El roce de un brazo. Los muslos que se tocaban—. No digas nada.

Nick alargó un brazo, con prudencia, y lo echó sobre los hombros de Lena en cuanto fue consciente de que ella no iba a oponer resistencia. Se acurrucaron uno contra el otro y no llevaban ni un segundo así cuando se preguntaron cómo podían haber vivido tanto tiempo sin aquel contacto físico. Se quedaron así mucho rato. Segundos, minutos, quizá horas... Al principio, a Lena el corazón le latía desbocado —a Nick también, pero eso ella no lo sabía—, pero pronto se estabilizó y se limitó a disfrutar de su cercanía, de su cariño, de su olor limpio y suave, de su tacto dulce. No tardó demasiado en alargar ella también el brazo y rodear con él el estómago duro y plano de Nick. Y así se quedaron. Ya podía llegar el fin del mundo, que ellos no se moverían. No parecía una mala manera de pasar el resto de la eternidad.

—Lena, no me lo puedo callar más... —confesó Nick, en voz tan baja que por un momento Lena creyó que había imaginado sus palabras.

—¿El qué?

—Que... puede que seas la mejor amiga que he tenido en toda mi vida. —El corazón de Lena se rompió un poco. Y se sintió injusta, porque aquellas palabras eran preciosas y ella las habría suscrito sin dudarlo, pero su corazón había albergado la esperanza de que Nick fuera a decir algo más. Y lo hizo. Vaya si lo hizo—. Pero no eres solo mi amiga, y creo que eso lo sabemos los dos.

—Nick...

Pero las palabras ya no tenían lugar en aquella conversación. Porque una mirada prendió la chispa de algo que ya no podría extinguirse. Los dedos de Nick dibujaron con sus yemas los rasgos de Lena sobre su piel. La mano de Lena que reposaba cerca del estómago de Nick subió hasta posarse en su pecho. Y entonces sí sintió los latidos desmandados del corazón de él. Las cabezas se acercaron a cámara lenta. Los labios se rozaron. Impactaron. Chocaron.

No fue un beso inocente y amistoso como aquel que habían compartido en Navidad. Tampoco fue un acto desbordado de pasión, que anunciara algo más. Fue algo intermedio. Y perfecto. Tan perfecto que a Lena le entró el pánico, porque, si aquel beso de Navidad se había clavado en su mente hasta el punto de que cada noche antes de dormir lo recordaba, ¿qué pasaría con un beso de verdad? ¿La haría enloquecer? ¿Podría superar que se quedara en una anécdota? ¿O acabaría con el corazón roto y la ansiedad comiéndosela cada vez que tuviera a Nick cerca?

Así que Lena se apartó. Nick la miró con la incertidumbre pintada en los ojos. Se planteó incluso pedirle disculpas si la había molestado, pero se calló en cuanto recordó que Lena había sido tan responsable de ese beso como él. Pero la dejó ir. Imaginó que Lena necesitaba tiempo, o espacio, o lo que fuera... para asimilar aquello que sentían. O que tal vez solo sentía él, ya hasta de eso dudaba.

—Si quieres me marchó —le dijo, reuniendo toda su fuerza de voluntad, porque lo último que quería era separarse de Lena en aquel momento.

—No, no... Yo... —Lena titubeaba sin parar—. Me voy yo a dar una vuelta. Necesito... No sé lo que necesito.

—¿Quieres que te espere aquí para cuando lo averigües? —le preguntó él con una sonrisa algo canalla que a ella la derritió.

—Tú... Haz lo que quieras... Vete... Vete a tu habitación. O quédate aquí. No sé. Me da igual.

Lena no era capaz de poner en orden sus pensamientos. Y eso era toda una novedad en ella. Solo fue capaz de pasarse, en un movimiento rapidísimo, del sofá a su silla de ruedas y salir rodando de su apartamento como alma que lleva el diablo. Estaba feliz. Pero confusa. Y muerta de miedo. Tenía que salir de allí cuanto antes. Lo hizo. Y Nick se quedó con la mirada fija en la pared sin tener ni idea de cómo recuperar una felicidad que, un segundo antes, parecían estar tocando con las yemas de sus dedos.

13

No huyas

Habían pasado casi dos horas. Era más de medianoche y una ligera helada hacía brillar las briznas de hierba del jardín de la empresa. Lena no les sacaba ojo de encima; casi podría asegurar que había visto todo el proceso por el cual se condensaba el agua sobre ellas, se empezaba a congelar y acababa brillando a la luz de la luna. Porque así llevaba esas dos horas, con la mirada fija en la nada intentando explicarse a sí misma cómo se sentía después de aquel beso con Nick.

Las ganas mantenían dentro de ella una lucha a muerte con la prudencia. Lena llevaba diez años asimilando cada circunstancia asociada a su lesión, desde las más grandes hasta las más pequeñas, pero nunca se había enfrentado a la realidad de una relación amorosa. Quizá había fantaseado con ello —sobre todo desde que había conocido a Nick—, pero no tenía ninguna certeza.

La puerta que conducía al jardín se abrió. Lena no necesitó girar la cabeza hacia ella para saber que era Nick quien acababa de hacer aparición. No sabía si era por su olor, ese aroma a jabón y un perfume muy sutil, o simplemente que su presencia alteraba sus terminaciones nerviosas, pero Lena siempre presentía cuando Nick entraba en una estancia. Además..., ya bastante sorprendida estaba de que él hubiera tardado dos horas en ir a buscarla.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —le preguntó, antes de ser capaz de mirarlo a los ojos.

—¿Bromeas? Ni siquiera he mirado en otra parte —respondió él, como si tal cosa, como si en el aire no estuviera flotando una decisión trascendental.

—Ya...

—Te he dado dos horas. —La voz de Nick parecía inflexible, pero Lena supo percibir que, en el fondo, estaba teñida de muchísima ternura—. Incluso me he puesto el temporizador del móvil para obligarme a no salir a buscarte antes. Pero no te voy a dar más tiempo.

—Nick...

Lena se atrevió al fin a mirarlo. Alzó la mirada y se encontró con unos ojos insondables, pero que, de alguna forma, le sonreían. Ella le devolvió la sonrisa, porque sabía que aquella conversación sería difícil, pero, por encima de todo, sabía que el cariño que se tenían el uno al otro impediría que acabara mal. Tendrían que seguir trabajando juntos, continuarían durante algún tiempo viviendo a cinco metros de distancia y pocos dudaban de que aquella amistad duraría mucho tiempo. Faltaba solo saber si eran capaces de convertirla en algo más.

—Voy a hablar muy claro, Lena... Si no te gusto, si ese es el problema y yo he malinterpretado todas las señales, dímelo y te dejo en paz. Seguiremos siendo amigos, por supuesto. Te apalazaré a la Xbox, ahora que ya he encontrado tu punto débil. —Lena se rio y compartir ese gesto fue sanador para ambos—. Seguiré aprendiendo de ti sobre informática, te dedicaré mi primer *touch down* cuando vuelva a la NFL y te suplicaré que me des trabajo cuando sea demasiado viejo para seguir jugando.

Lena se rio. Dios mío, qué enamorada estaba de ese hombre capaz de hacerla reír incluso en los momentos de mayor tensión. Él merecía saberlo.

—¿Cómo puedes pensar que no me gustas?

—Pero si aquí hay algo... —Nick siguió hablando, como si no la hubiera escuchado—. Si hay algo, y es imposible que solo yo note que lo hay..., no seas cobarde, Lena.

—Yo no he sido cobarde en toda mi vida —se defendió ella.

—Hasta ahora.

—No es cobardía.

—Entonces, ¿qué es?

—Es miedo —reconoció Lena, y ese fue el único momento en que bajó la mirada y la fijó en los tablones de teca del porche.

—¿Miedo a mí? —Nick frunció el ceño. Miedo era el último sentimiento que quería despertar en una mujer. En Lena, en especial.

—Miedo a que no sepas a qué te enfrentas si esto va a más.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Nick, que sospechaba lo que ella temía, pero prefería oírlo de su voz.

—A que... yo no sé nada de relaciones. Ni siquiera he... Bueno, no he hecho nada. Nunca. Mi primer beso fue el que nos dimos en Navidad —admitió Lena, mortificada y con la piel de las mejillas tan colorada que podría hacer juego con la sudadera roja de Nick.

—Siento que no fuera un beso mejor, entonces.

—Fue perfecto, Nick —susurró Lena—. Eras tú.

—Pues, entonces, Lena... ¿Por qué no? ¿A qué tienes miedo? Te juro que yo voy a cuidarte, que iremos al ritmo que tú marques, que nunca haremos nada...

—Todo eso ya lo sé. Pero creo que tú no sabes todo lo que implica tener una relación con una persona con lesión medular. Todas las limitaciones, todas las cosas que funcionan diferente... Tengo miedo, Nick.

—Y yo —reconoció él—. Pero iremos dando pasos con miedo, si no nos queda más remedio. Y acabaremos olvidándolo. Mira, Lena...

—¿Qué? —Nick se había quedado callado tantos segundos que Lena no pudo evitar preguntarle qué ocurría.

—Tú me has contado que nunca habías besado a nadie antes de mí, así que creo que es justo que yo también te cuente mi pasado... *amoroso*. —Nick hizo una mueca al decir aquel adjetivo.

—No estoy muy segura de querer conocer los detalles —bromeó Lena, y le pareció un pequeño milagro ser capaz de hacerlo.

—Sin detalles, lo prometo. —Nick le dirigió una sonrisa torcida que a Lena la calentó de una manera que no había conocido hasta entonces—. He salido con muchas mujeres. Con un montón. Lo siento, ojalá no fuera así, pero... es así.

—Ajá.

—Y ninguna de ellas tenía una lesión medular. Todas eran chicas... *normales*. —Nick se rio cuando vio a Lena con una ceja arqueada—. No digo que tú no seas normal, joder, me has entendido perfectamente. Todas eran altas, delgadas, guapas, la mayoría rubias... ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que no recuerdo el nombre ni de la mitad de ellas. Y no digas nada. —Nick interrumpió a Lena antes incluso de que ella hablara—. Ya sé que eso me deja en muy mal lugar como hombre. Créeme, lo sé. Pero lo que quiero decirte con esto es que ninguna me marcó lo suficiente como para estar dispuesto a hacer cualquier cosa por ellas. Y por ti... joder, ahora mismo no se me ocurre una puta cosa que no haría por ti.

—¿Y qué vamos a hacer?

—De entrada, yo solo quiero besarte. —Los dos alzaron la cabeza al mismo tiempo y sus miradas se encontraron. Se ataron—. ¿Me dejarás?

—Ya estás tardando.

Sus labios volvieron a encontrarse. Y fue un beso diferente, increíble, mejor. Fue la unión de

dos almas que estaban algo perdidas antes de encontrarse. Aunque ni siquiera se hubieran dado cuenta. Fue un beso lleno de lengua, dientes y labios que se rozaron, se frotaron, se tatuaron en el otro. Uno que habló más que mil palabras. Que les dijo que aquello no era el beso final de una noche en la que la amistad se había convertido en otra cosa. Era el comienzo de algo. De algo enorme, grandioso, inmenso. Lena, por primera vez en muchos años, lamentó no tener sensibilidad en todo su cuerpo, porque le habría encantado que aquellas sensaciones inéditas para ella alcanzaran cada milímetro de su piel. Nick cerró los ojos y se dejó llevar, porque no había mentido cuando le había hablado a Lena de su pasado. Nunca había sentido algo parecido a lo que lo invadió con aquel beso. Jamás pensó que podría sentirse algo tan fuerte.

Nadie sabe con certeza cuánto duró aquel beso. Pudieron ser horas, minutos o segundos. A Nick y a Lena se les pasó en un suspiro y, al mismo tiempo, sintieron que duraba toda una vida. La vida que se abría ante ellos, que podía tener algunos puntos de incertidumbre, pero quedaban eclipsados por la ilusión. Nick y Lena, desde aquella noche, ya no eran solo amigos. Eran más. Mucho más.

Pareja de verdad

Lena llevaba dos semanas montada en una nube. Una de color rosa, rodeada de unicornios, gorrioncitos tocando el violín y arco iris de papel brillante. O así era como se sentía al menos, desde el día en que Nick y ella se habían besado —y de qué manera—. O, mejor dicho, desde el día siguiente, cuando habían hablado de lo que había ocurrido (a sugerencia de él; ella solo quería salir huyendo por la vergüenza que le daba la posibilidad de no haber estado a la altura) y Nick le había dejado muy claro lo que él quería que fueran: novios. Pareja. Una pareja de verdad.

Así que ahora Lena era conocida por los pasillos de MobApp Technologies como la chica que siempre sonreía. Sin taparse la boca ni disimular el gesto. Ni siquiera había hecho falta confirmarles a sus compañeros que ahora eran algo más que amigos porque la mitad de ellos siempre habían creído que lo eran y la otra mitad... lo habían intuido por sus caras.

Habían pasado juntos incluso más tiempo que antes de ser novios, si es que eso era posible. Habían recorrido las calles de San Francisco, cada uno en su silla de ruedas, aunque Nick ya no la necesitara del todo en ese momento. Habían comido sopa de almejas en la bahía y observado el sol ponerse por detrás de la silueta recortada de Alcatraz. Habían ido al cine en un pequeño local antiguo de Castro, por el simple placer de hacerlo a la antigua, aunque en las instalaciones de la empresa contarán con una sala de cine con todas las comodidades. Habían hablado mucho, pasado mucho tiempo uno en el cuarto del otro, compartiendo confidencias, recuerdos de la infancia y sueños de futuro. Habían hablado tanto de sus familias que Lena ya creía conocer a Matt y Donnie, los hermanos de Nick, y él sentía que había pasado ya semanas en la casa familiar de Lena, aunque ni siquiera había salido el tema de presentarse mutuamente a sus familias.

Solo había una sombra que se cernía sobre la gran felicidad de Lena. En dos semanas, compartiendo todo su tiempo juntos —y unos cuantos besos un poco subidos de tono—, aún no se habían acostado. Nick no había mostrado la menor impaciencia por ello; Lena sabía que había dejado la pelota sobre su tejado para que ella no se sintiera presionada. Y se lo agradecía. Se lo agradecía en el alma. Pero ella era la primera interesada en que eso cambiara. Si no hacían *eso*... ¿qué diferencia había con que siguieran siendo amigos? Era una verdadera lástima que su cuerpo no estuviera por la labor.

Lena decidió que ella sola no podía tomar decisiones acerca de aquello. No tenía ninguna experiencia y ninguna gana de hablar sobre ello con su madre, que era la única con la que compartía a diario las novedades de su relación con Nick. Solo se le ocurría una persona que pudiera ayudarla. Porque era la mujer más enamorada que había conocido en toda su vida y porque conocía de primera mano las limitaciones de una lesión medular. Annie York.

Annie llegó al Starbucks más cercano a Berkeley con prisas. Llevaba un brazo en cabestrillo, porque aún se estaba recuperando de un par de operaciones a las que habían tenido que someterla para que se recuperara de unas lesiones antiguas. Estaban a la espera de que les entregaran a su hijo o hija; ya habían pasado todas las fases previas a la adopción y solo faltaba que recibieran la llamada que les anunciaría la llegada del bebé. Lena casi sintió que, comparado con la magnitud de la situación de Annie y Jamie, su problema era nimio, y se arrepintió un poco de haberle pedido que tomaran un café.

—¡Hola, Lena! —La sonrisa radiante de Annie le borró las preocupaciones enseguida a Lena.

—¡Annie! ¿Cómo estás? —Señaló su brazo.

—Genial. Con Jamie a mis pies, cuidándome como una reina.

—No me lo agotes, que tenemos un partido importante la semana que viene.

—Se hará lo que se pueda. —Annie le dirigió una mirada pícara que a Lena le puso más fácil atreverse a sacar el escabroso tema que la había llevado hasta allí—. ¿Te pido un *frapuccino* de caramelo?

—Cómo me conoces.

Annie sonrió ante la respuesta de Lena, aunque en realidad su afirmación no era del todo cierta. Annie y Lena se conocían poco, aunque se respetaban mucho. Lena, porque Annie era la única persona capaz de sacar del bucle al imposible Jamie Parks cuando la frustración se lo llevaba por delante. Annie, porque Lena le había puesto los puntos sobre las íes la primera vez que a él se le había ocurrido quejarse por su carrera deportiva truncada. Annie amaba a Jamie sobre todas las cosas. Lena lo apreciaba mucho más de lo que parecía si lo único que se tenía en cuenta de ellos eran los intercambios dialécticos, siempre punzantes, que se dirigían cuando estaban juntos. Pero ellas, en privado, pocas veces habían coincidido.

—Bueno, cuéntame, ¿qué es lo que pasa? —Así era Annie. Directa y siempre dispuesta a ayudar a los demás.

—Ahora me está dando una vergüenza enorme haberte pedido que quedáramos...

—Un momento —dijo Annie, con un dedo levantado—, ¿esto es una cita? Porque te advierto que Jamie no es muy de compartir y no me gustaría veros luchar a pecho descubierto por mí.

—¡Qué tonta! —Lena le tiró una servilleta y Annie la captó al vuelo con el brazo bueno. Con el menos malo, en realidad—. A ver, es que quería contarte que... que estoy saliendo con alguien.

—¡¿En serio?! ¡Enhorabuena! —Annie se quedó callada un segundo, así que se perdió el rubor que cubría las mejillas de Lena. Aún no acababa de acostumbrarse a aquello de ser la novia de alguien—. Nick, ¿no?

—¿Qué?

—¡Venga ya, Lena! A nadie en el entrenamiento se le escapó cómo os mirabais aquel día que lo trajiste. ¿¿Por qué no nos lo has contado antes??

—Porque no había nada *antes*. —Lena se rio—. Cuando lo llevé al entrenamiento solo éramos amigos. Si no, lo habría dicho. O no, no sé. Pero el caso es que solo llevamos juntos... dos semanas.

—¿Y bien?

—Muy bien. —A Lena se le escapó una sonrisa ilusionada que habría respondido por sí misma aunque ella no hubiera hablado en voz alta.

—Me alegro mucho, Lena... Muchísimo.

—Ya...

—¿Y el problema es...?

—¿Qué?

—Que hay algún problema, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes qué? Me parece que necesitamos un par de *muffins* para pasar el trago.

—Espera, ya voy yo.

Lena le dio muchas vueltas a cómo afrontar la conversación mientras elegía el sabor de los *muffins*, los pagaba y regresaba a la mesa con ellos en una bandeja sobre sus rodillas. Pero Annie se lo puso tan fácil que ni siquiera la forma de abordarlo le pareció a Lena abrupta.

—Es el sexo, ¿no?

—Es... Sí, es el sexo.

—Comprendo.

—No... No ha pasado nada. Aún. Pero quiero que pase. Los dos lo queremos, obviamente.

—¿Nick te está presionando? —En el ceño fruncido de Annie había mucho instinto de protección. Lena solo conocía su historia a medias, pero sabía que había sufrido más de lo que nadie debería hacerlo en toda su vida.

—No, no. ¡Para nada! Él ni siquiera saca el tema, pero... tiene veintiséis años y toda la experiencia del mundo. Es evidente que tendrá ganas.

—¿Y tu experiencia?

—¿Qué?

—¿Tú tienes alguna experiencia?

—Yo... no.

—¿Eres virgen? —preguntó Annie, en un susurro, aunque no había ni un ápice de burla en su tono, cosa que Lena agradeció de inmediato.

—Sí. Yo... tuve el accidente cuando era solo una cría y... ya nunca hubo lugar para... eso. Ni siquiera había besado a un chico hasta hace dos semanas. —Lena se tapó los ojos con las manos, pero Annie se las apartó porque las dos sabían que no había nada de qué avergonzarse en que una chica se perdiera parte de su adolescencia y su juventud por un desgraciado golpe del destino. Algo sabían ambas de ello.

—¿Puedo... puedo preguntarte cosas con franqueza?

—Claro. A eso he venido. A hablar claro con alguien antes de volverme loca del todo.

—¿Qué alcance... tiene tu lesión?

—No tengo movilidad desde más o menos la mitad del estómago hacia abajo. Y sensibilidad... desde un poco más abajo. Por el ombligo, aproximadamente.

—¿Llevas bolsa?

Lena agradeció que Annie fuera tan clara y que tuviera tantos conocimientos sobre lesiones medulares. Hacía ya años que conocía a Jamie Parks y le gustaba saber que su jugador favorito (aunque a él jamás le diría que lo era) tuviera a su lado a alguien que se hubiera molestado en conocer los detalles más difíciles de comprender de las lesiones medulares, incluso aquellos que a él no le afectaban. Lena sabía que Jamie se había roto la espalda bastante más abajo que ella, así que su situación era mejor. Él tenía control de los esfínteres, así que nunca había tenido que enfrentarse al horror de las bolsas.

—Hace muchos años que ya solo para dormir y no siempre. Y solo de orina. Controlo mucho lo que como y lo que bebo, y tengo horarios estrictos para ir al cuarto de baño. Solo me pongo la bolsa para dormir cuando estoy demasiado cansada, puedo dormir más de lo habitual y puede que no me aguante toda la noche.

—Bien. Y no tienes... sensibilidad en los órganos sexuales, claro.

—No.

—¿Nick lo sabe?

—No lo hemos hablado así de claro, pero sabe desde dónde estoy paralizada, así que... entiendo que lo imaginará.

—Ya. —Annie suspiró—. A ver, Lena..., creo que lo primero que tenéis que hacer es hablarlo. Para que quede claro que tenéis ganas, que eso siempre motiva. Y también para que él sepa a qué atenerse. Tu situación es complicada, entiendo que la idea del sexo, de la intimidad y todo eso te ponga nerviosa..., pero tampoco creo que él esté tranquilo.

—¿Él? —Lena veía a Nick como el tío más confiado en sí mismo del mundo, así que no

podía ni imaginarlo inseguro.

—La mayoría de las personas no tenemos ni la menor idea de cómo es una lesión medular de cerca. Yo misma no tenía ni idea de la mayoría de las cosas cuando empecé con Jamie, a pesar de que había trabajado para él y para otro paciente con un problema similar. Nick se hará muchas preguntas, supongo, y es mejor que se las respondas tú que Google, porque todos sabemos que cada...

—... que cada lesión medular es diferente. Lo sé. —Lena dio el último sorbo a su *frappuccino* y se dispuso a hacer una pregunta algo indiscreta—. ¿Cómo os fue a... a Jamie y a ti? Si no te molesta que te lo pregunte, vaya...

—Jamie y yo teníamos más problemas en la cabeza que en el cuerpo, no te voy a mentir. Pero bueno... al final es todo lo mismo. Superar miedos y complejos para que todo vaya bien. A nosotros nos costó... hasta que lo hicimos. Y desde entonces, no hemos tenido ningún problema.

—Pero en vuestro caso no había impedimentos físicos...

—Sí los había, Lena. Es cierto que Jamie tiene control sobre sus órganos sexuales, pero eso no significa que fuera fácil. Tú sabes lo que es no poder caminar, no tener movilidad en las piernas...

—Creo que no me estás tranquilizando.

—¡No! Al contrario, Lena. En vuestro caso, también él tiene problemas de movilidad, ¿no?

—Lo suyo es temporal.

—Lo que sea. Yo... solo puedo hablarte por mi experiencia. Hablarlo, disfrutarlo y usar la imaginación. Esa es la receta. Te aseguro que hay un millón de cosas que se pueden hacer usando la imaginación.

—Creo que no quiero saberlo. Más que nada por poder mirar a Jamie a la cara en el entrenamiento de mañana.

—Pues eso... —Annie se rio—. Ya encontraréis vosotros vuestros modos de disfrutar. Y no te cortes en buscar *cositas* en Google, que hay gente ahí fuera inventando aparatos para facilitar las cosas.

—¿En serio?

—En serio. —A las dos se les escapó una carcajada—. Pero, sobre todo, recuerda una cosa: si os queréis, ninguna limitación importará. Puedes creerme.

Siguieron hablando mientras disfrutaban de un segundo café. De temas más neutros, más *para todos los públicos*. Annie le contó las últimas novedades sobre la adopción y lo emocionado que estaba Jamie con la idea de convertirse en padre. Compartieron confidencias, cotilleos del equipo y hasta un poco de charla intrascendente sobre el cambiante clima de la ciudad. Se despidieron cuando ya estaba casi anocheciendo y cogieron cada una un taxi que las llevara a sus hogares.

Lena se bajó con agilidad del taxi de la empresa a la que siempre llamaba, porque todos sus taxis estaban adaptados. Resopló un par de veces en la acera, antes de atreverse a atravesar el *hall* y dirigirse a la puerta de un apartamento que no era el suyo.

Llamó con las yemas de los dedos de forma suave solo un par de veces. Hasta en la forma de llamar se percibía la timidez que le provocaba lo que estaba a punto de hacer. Pero estaba segura. Estaba más segura que nunca de lo que quería.

Escuchó el sonido inconfundible de las muletas de Nick acercándose a la puerta y contuvo el aliento. Lo contuvo mucho rato. El tiempo que tardó la cerradura en ceder. El que le llevó a la puerta entornarse. Seguía sin respirar cuando consiguió alzar los ojos y su mirada chocó con la de Nick. Tan franca, tan dulce, tan bella.

—Hola, Lena —le dijo él, en un saludo que podía haberle dirigido un millón de veces, pero que nunca sonó tan suave como aquella noche. Algo debía de haberle hecho intuir que aquella no era una visita cualquiera.

—Hola, Nick.

Se retaron con la mirada. Se reconocieron. A Nick se le escapó una sonrisa difícil de definir. «Magnífica» quizá sería el mejor adjetivo. Lena se la devolvió, mordiéndose el labio al mismo tiempo.

—Has tardado —le dijo él, con un falso tono de reproche.

—Ya.

—Te he echado de menos.

—Yo a ti también.

—¿Querías algo en concreto? —le preguntó, apoyando un hombro contra el marco de la puerta. Estaba tan jodidamente *sexy* que nadie se fijaría ni en las muletas ni en su maltrecha pierna izquierda. ¿Funcionaría así?, se preguntó Lena. ¿Él también la querría tanto que olvidaría la silla de ruedas, las limitaciones, los impedimentos? Aquel pensamiento le dio fuerza.

—Quería... verte.

—¿Ah, sí?

—Sí, Nick. Es que me he cansado...

—¿De qué te has cansado, Lena?

—Me he cansado de contenerme. Te deseo demasiado.

15

El deseo

Nick se mordía el labio, sin moverse de su posición, apoyado en la jamba de la puerta. En su cara se reflejaban cientos de sentimientos simultáneos, y Lena pensó que tenía que ser amor lo que había entre ellos, porque de otra manera no se explicaba que ella supiera leerlos todos. El deseo, la anticipación, los nervios, la excitación, el miedo, las ganas... Durante unos segundos, ninguno de los dos hablaron. Al menos, no con palabras. Pero había miradas que decían más de lo que ninguna palabra podría llegar a expresar jamás.

Al fin, Nick se hizo a un lado. Ella pasó, con sus manos siendo conscientes de cada pequeño empujón que daba a las ruedas de su silla. Intentó quitarse de la cabeza la idea de que le habría encantado hacer una entrada triunfal, una de esas de película, caminando, dando un golpe de melena y deshaciéndose de su ropa de una forma muy *sexy*. Pocas veces echaba de menos una *normalidad* que le había sido negada hacía tanto tiempo que ni recordaba lo que era. Aquella tarde fue una de ellas. Pero en apenas un instante se sacó aquella idea de la cabeza y recordó por qué estaba allí. Estaba para cumplir un sueño.

Nick la siguió y ella pudo sentir la respiración pesada de él a su espalda. Lena *aparcó* su silla de ruedas junto a la cama y, en ese movimiento ágil al que estaba tan acostumbrada, se pasó al colchón y usó las manos para dejar sus piernas cruzadas, a lo indio, una postura que le encantaba. Nick tomó asiento a su lado.

Lena iba a hablar, pero no hubo tiempo. Ni ganas. Ni intención de ello. Enseguida Nick le sonrió, con aquella media sonrisa canalla que la volvía loca, acercó su mano a la nuca de Lena y la atrajo hacia sí. El beso que se dieron fue parecido a otros anteriores, pero a la vez muy distinto. Fue como fuegos artificiales explotando en sus lenguas. Llenos de color y vida. Con sabor a fiesta, a alegría, a música. Con pinta de ir a convertirse en un momento inolvidable de sus vidas.

Los segundos se convirtieron en minutos, cortos y largos a la vez. Lánguidos y deliciosos. Llenos de caricias que hablaban por ellos. De gemidos que anticipaban lo que estaba por venir. De sus nombres pronunciados de una forma llena de amor en la voz del otro.

—Nick... —Lena repitió su nombre una vez más, pero en aquella ocasión había un tono de súplica que a él no le pasó desapercibido.

—¿Qué quieres?

—Ya sabes lo que quiero. —A los dos se les escapó una carcajada breve—. Pero...

—Pero lo haremos a tu manera.

—Estoy muerta de miedo.

—Ya lo sé. —Nick asintió—. Tampoco te creas que yo soy el rey de la tranquilidad en estos momentos.

—Pero tú habrás hecho esto un millón de veces.

—Hombre... un millón, un millón... —bromeó él—. Lo he hecho antes, eso ya lo sabes. Pero nunca lo había hecho con alguien de quien estuviera...

—¿Qué? —preguntó Lena, y la voz se le tiñó de emoción.

—Enamorado. Yo nunca había sentido esto, Lena.

—Pero esto va a ser... raro.

—Diferente —la corrigió Nick—. Esto va a ser diferente. Y me alegro. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque así, en cierto modo, será una primera vez para los dos.

—¿Y por dónde empezamos? —preguntó Lena, mirándose el regazo

—Desnudarse suele funcionar bastante bien.

Nick no perdía el tono sensual dijera lo que dijera, pero que estuviera poniendo un puntito de humor a sus palabras ayudaba a relajar el ambiente. Se sacó la camiseta por la cabeza, en un gesto rápido al que no quiso dar la importancia que tenía, pero los ojos cálidos de Lena clavados en su pecho le recordaron que aquel era un momento trascendental para ellos como pareja. Saliera bien o saliera mal. Al fin y al cabo, tenían un montón de tiempo por delante para intentarlo. Quizá... el resto de sus vidas.

—No creo que yo vaya a ser muy *sexy* desnudándome. —Lena seguía inmóvil, con la vista fija en el edredón estampado de la cama.

—Lena. —Nick puso dos dedos bajo su mentón y la hizo levantar la cabeza para que lo mirara a los ojos—. Tengo una pierna atravesada por hierros entre la cadera y el empuje. No me hables de *sexy*, anda.

Sus palabras obraron el milagro y Lena se rio. Nick tenía razón. No habían llegado hasta allí siguiendo un impulso instintivo que hubiera surgido junto a la barra de un bar. Lo suyo era otra cosa. Una cosa en la que solo debía importar lo que sintieran. Lo que sentían.

—¿Me dejas desnudarte? —le preguntó Nick, y eso lo hizo todo más fácil. Lena se limitó a asentir, pero ya no volvió a retirar su mirada de la de él—. Dios, me muero por desnudarte desde... Desde que te conocí, joder.

Lena se tumbó sobre la cama. Se quedó muy quieta, esperando que él, que al fin y al cabo era el que tenía experiencia en eso del sexo, moviera ficha. Nick comenzó por bajarle los pantalones y, aunque Lena no tenía sensibilidad en las piernas, le pareció que se le ponía la piel de gallina con el roce. Nick dejó dos besos, uno en cada una de sus rodillas, al tiempo que le dirigía una sonrisa tranquilizadora.

—Ahora voy a sacarme yo los pantalones. No va a ser rápido —le dijo Nick, con una mueca en la cara. Era un auténtico coñazo encontrar pantalones lo suficientemente anchos para que cupiera la estructura metálica que recubría su pierna. Y no siempre era fácil sacárselos sin que alguna parte se quedara enganchada en los hierros. Había renunciado ya a ponerse pantalones rotos, porque la única experiencia que había tenido en el asunto lo había dejado exhausto.

—No tenemos prisa, ¿no? —Lena empezaba a relajarse, aunque jamás pensó estar en esa situación: en bragas, tumbada en una cama y junto al hombre más atractivo de todo el jodido planeta.

—Ninguna.

Nick consiguió deshacerse de sus pantalones y dio un par de pasos a la pata coja hasta acercarse al cabecero de la cama, donde no pudo evitar volver a besar a Lena. Ella le dio permiso con la mirada para deshacerse de su sudadera, con la que arrastró también la camiseta. Y allí estaban. Los dos en ropa interior. Y con unas ganas increíbles de devorarse.

—Nick, yo... Creo que tenemos que hablar.

—Vaya... Y yo que tenía otra cosa en mente. —Lena se rio ante la sonrisa burlona que él le dirigió—. Claro que hablaremos. Dime.

—Supongo que a estas alturas ya... ya te habrás dado cuenta, pero... yo no puedo. No siento...

—Lena. Sin titubeos. Soy yo, ¿recuerdas?

—No tengo ninguna movilidad de aquí para abajo. —Lena puso sus dos manos un poco por encima del ombligo—. Y no siento nada... desde aquí. —Y las bajó un poco, justo hasta ese

punto que marcaba la diferencia que su cuerpo había decidido otorgarle.

—¿Y qué quieres hacer?

—Quiero sentir.

—Pues entonces... tendré que aprenderme tu cuerpo. Y ni te imaginas las ganas que tengo de empezar a hacerlo.

Volvieron a besarse. Nick entendió pronto que tendría que ser él quien llevara la iniciativa, aunque Lena, en cuanto se sintió lo suficientemente cómoda, no tardó en entrar en juego. Se tocaron, se rozaron y Nick sintió que su instinto sabía leer en Lena, porque toda su atención se centró en la parte superior de su cuerpo.

—Por cierto, Nick..., yo también estoy bastante... *muy* enamorada de ti.

—Menos mal. —Nick resopló—. Ya pensaba que no ibas a decirlo nunca.

Las risas que siguieron acabaron de llevarse los últimos nervios y los cuerpos hablaron por sí mismos. Nick recorrió varias veces con su dedo la línea imaginaria que marcaba la sensibilidad de Lena. Supo cuando había acertado al sentir el estremecimiento de ella. Lena tardó en atreverse a llevar su mano a la entrepierna de Nick, pero el gesto de placer que vio en la cara de él cuando al fin lo hizo... mereció la pena la espera.

—Puedes... Si quieres, puedes...

—¿Qué?

Lena se quedó callada, pero Nick entendió que se refería a que podía penetrarla si quería.

—No. No voy a hacer nada que tú no vayas a sentir.

—Pero...

—No sé cómo lo resolveremos en el futuro. Ya habrá tiempo para pensar en ello. Si nos apetece. Y si no, nada. Lo que sea. Esa no es la única manera de sentir placer, créeme.

—¿Esto... —Lena le dio un pequeño apretón al agarre que tenía sobre su polla— te gusta?

—¿Bromeas? Estoy teniendo que hacer grandes esfuerzos para no correrme.

—¿Por qué? Hazlo.

—No. Antes tengo que volverte loca a ti también.

Nick bajó la cabeza hasta los pechos de ella y se ensañó con sus pezones. Su lengua los lamió, sus dientes los mordieron, sus labios los besaron. Con reverencia. Con deseo y con un placer que hizo que las primeras gotas de líquido preseminal mojaran la mano de Lena.

Los jadeos subieron tanto de volumen que Lena y Nick deberían haberse temido que cualquier compañero de aquel edificio pudiera escucharlos, pero, en realidad..., les daba igual. Nick fue consciente, en el momento de correrse, de que nunca había tenido un orgasmo tan potente. Su hermano Matt, que había tenido novia durante años, le había dicho una vez que hasta el sexo malo con alguien a quien amabas era mejor que el sexo salvaje con un polvo de una noche. Nick se había reído en aquel momento. Y no es que lo que estaba ocurriendo con Lena fuera malo —jamás osaría calificarlo así—, pero sí era diferente. Y, sin embargo, nunca había sentido tan adentro un orgasmo como aquel que Lena acababa de proporcionarle con su mano.

Lena, por su parte, nunca experimentaría esa sensación. Algunas veces, en el pasado, cuando pensaba en sexo, sentía rabia ante la imposibilidad de llegar a sentir un orgasmo algún día. Cuando había tenido el accidente aún era muy joven, y bastante infantil, así que jamás había tenido novio; ni siquiera se había tocado a sí misma en la soledad de su dormitorio. Pero en el fondo, ahora, se alegraba. Porque así el máximo placer que había sentido en toda su vida era el que Nick le estaba regalando. Y no tenía ni idea de cómo era un orgasmo, pero dudaba mucho que pudiera ser superior a lo que estaba sintiendo en aquel momento.

Las respiraciones se lesacompararon al mismo tiempo, aunque ninguno de los dos tuvo la

sensación de haber recuperado el aliento. Quizá ya nunca lo harían del todo, porque estaban seguros de que cada uno se había quedado con un pedazo del otro. Tampoco ayudaba que no dejaran de tocarse. Eran incapaces de mantener las manos lejos del otro. Lena enredaba sus dedos en el escaso pelo del pecho de Nick. Él acariciaba de una forma deliciosa la suave piel del cuello de ella.

—No ha estado mal, ¿no? —le preguntó Nick a Lena, porque todo aquello era tan nuevo para él que no estaba seguro de haberla hecho sentir tantísimo como desearía.

—¿Mal? Ha sido... —Lena se quedó sin palabras, lo cual era toda una novedad en ella.

—¿Increíble? —probó Nick.

—Sí. Ese adjetivo no está mal elegido.

Se rieron y se abrazaron. Nick enredó, como pudo, sus piernas en las de ella. Aunque los hierros fueran un auténtico coñazo y ella ni siquiera pudiera sentirlo. Sus torsos quedaron pegados, casi tatuados uno en el otro. Hacía apenas una hora que se habían visto desnudos por primera vez, pero en ningún momento se les hizo extraño. Parecía que hubieran nacido para aquello, joder... El uno para el otro.

—¿Te quedas a dormir? —se atrevió a preguntar Nick. La noche ya se estaba cerniendo sobre San Francisco y, aunque la calefacción del edificio estaba a buena temperatura, tuvo la sensación de que se moriría de frío si ella se marchaba.

—Vas a tenerlo realmente chungo para sacarme de esta cama esta noche —le respondió Lena, armada de valor por todo el placer que había sentido en aquel estudio.

—Con un poco de suerte no te sacaré de aquí en bastante más tiempo.

Lena lo miró y pensó que él hablaba en serio. Su mirada firme, desde luego, no indicaba otra cosa. Y Lena no supo si le daba miedo o le hacía ilusión pensar que tal vez aquella aventura tuviera una duración superior al contrato de prácticas de Nick, aunque era incapaz de formar en su mente la imagen de un jugador profesional de fútbol teniendo una relación con ella, con todo un país de distancia entre uno y otro.

Pero aquella noche quiso quedarse a dormir allí para poner la primera piedra si de verdad había alguna oportunidad de que algo así se hiciera realidad. Quería que Nick comprobara de primera mano ciertas rutinas que nadie sin una lesión medular conocía. Tener que ir al baño a horas pautadas, no beber nada antes de dormir si no quería tener que ponerse la bolsa —y no le parecía el *complemento* ideal para aquella primera noche en pareja—, asearse de la manera en que ella lo hacía y saber que pasaría toda la noche en la misma postura, pasara lo que pasara. Por suerte, el apartamento de Nick estaba enfrente del suyo, así que solo tuvieron que separarse unos instantes para que Lena recogiera su pijama y algunas cosas imprescindibles para pasar la noche. Era una bendición que todos los estudios del edificio estuvieran adaptados siguiendo los máximos estándares de calidad; Lena no quería ni pensar cómo sería vivir en otro lugar.

Después de otra ronda de besos que amenazó con no acabarse nunca, Lena y Nick se quedaron dormidos. Habían programado la alarma para algo más temprano de lo habitual, con la excusa de que ella tendría que pasar por su apartamento a arreglarse, pero los dos tenían claro que la realidad era que tendrían otra sesión de amor del bueno antes de irse a la oficina.

Y cuando despertaron fue así. Los dos supieron que algo grande acababa de comenzar, no solo por lo que hablaban sus cuerpos, sino también porque, solo con una mirada, se lo dijeron todo: que no se arrepentían, que se gustaban, que las cosas podían ser diferentes pero nunca peores. Que se querían, joder, se dijeron que se querían.

Y aquella mañana, quizá ya la noche anterior, en el anodino edificio de apartamentos de la empresa MobApp Technologies, nació un amor que estuvo a punto de eclipsar hasta el sol sobre

la bahía, el naranja del Golden Gate o la belleza de las fachadas victorianas de los edificios.

Desde Los Ángeles con amor

El calendario fue dejando caer sus hojas y la primavera pronto asomó la patita por debajo de la puerta de la ciudad de San Francisco. Nick y Lena llevaban ya unas cuantas semanas juntos y, después de tantas dudas previas, convertirse en pareja fue un paso tan natural que ni siquiera recordaban ya cómo era la vida antes de que lo fueran. Todo su entorno acogió la noticia casi con indiferencia, fundamentalmente porque pensaban que ya eran novios desde mucho antes de que fuera oficial. Los padres de Nick le sonsacaban información, o fingían hacerlo, más bien, porque ya estaban enterados de —casi— todo a través de sus hermanos. Los padres de Lena también estaban felices con la noticia y hasta habían conocido a Nick en un par de visitas, nada casuales, que habían hecho al apartamento de su hija.

Lena no sabía que se podía ser tan feliz. Ese pensamiento era ñoño, y muy poco propio de ella, pero era una realidad como un templo de grande. Ella había estado satisfecha con su vida antes de que Nick apareciera; habría firmado quedarse así para siempre. Y ahora le parecía que la vida anterior al día en que al fin se liberaron y se convirtieron en pareja ni siquiera existía. No la recordaba apenas.

Nick, por su parte, se sorprendía cada mañana saltando de la cama —dentro de sus aún limitadas posibilidades físicas—. Él, que siempre había sido remolón y había tenido todas las broncas del mundo con sus padres para no llegar tarde al instituto, ponía ahora la alarma media hora antes para poder disfrutar con Lena de uno de aquellos desayunos pausados que a ella tanto le gustaban. Y llevaba semanas sin encender la videoconsola si no era para jugar con ella, a pesar de que a él siempre le había gustado jugar solo. Ver para creer.

Y aquel fin de semana era especial. Muy especial. Lena lo había sorprendido una semana antes con una noticia: la empresa celebraba su aniversario cada primavera con un par de días libres de regalo para todos los empleados, que se unían al fin de semana creando un precioso puente de cuatro días. La mala noticia, a priori, era que el equipo de los San Francisco Pioneers tenía un partido de máxima importancia para conseguir el campeonato en Los Ángeles, nada más y nada menos que en la cancha del Staples Center. Pero había una buena para compensarla, claro... y es que el partido era el sábado por la mañana y Lena se las había apañado para reservar el resto del puente en un hotel de Los Ángeles y regalárselo a Nick por su vigésimo séptimo cumpleaños.

Los San Francisco Pioneers ganaron el partido por setenta y seis a setenta y cuatro, gracias a tres tiros libres impecablemente ejecutados por Jamie Parks con el tiempo ya cumplido. Nick no pudo evitar unirse a la celebración, pues todos los jugadores de Lena lo habían acogido con mucho cariño en aquel desplazamiento en autobús en el que habían invertido buena parte de la madrugada. Además, él era un fanático del deporte, aunque el baloncesto no fuera su especialidad, y entendía mejor que nadie las emociones de una victoria en el último segundo.

Los miembros del equipo —con Nick como invitado de honor— comieron juntos en una famosa franquicia de hamburguesas. Fue un almuerzo lleno de risas, bromas, camaradería y burlas cariñosas hacia Lena. Pero cuando acabó... ni Nick ni ella se quejaron demasiado, porque lo que les quedaba por delante era un fin de semana largo, solos, en una de las ciudades más grandes del país.

Esa tarde, el cuerpo les pidió una siesta y se acercaron al hotel de la zona de West Hollywood en la que habían reservado una habitación de categoría superior. No era el momento de reparar

en gastos. Despertaron cuando ya casi había anochecido y se acercaron a un *diner* típico a cenar pollo frito, patatas con piel y gofres bien llenos de caramelo. En la sobremesa se juraron que al día siguiente comerían algo más sano, como solían hacer en el comedor de la empresa entre semana. Para los dos, por cuestiones de salud, era importante mantener su peso a raya.

El domingo lo dedicaron a recorrer el centro histórico de Los Ángeles. Nick tuvo que aprender a tomarse con paciencia las limitaciones de moverse por la ciudad en la silla de ruedas. Al principio había pensado en desplazarse con las muletas, hasta que reparó en que, con ellas, no podría llevar la silla a cuestras y, si se cansaba, se quedaría sin opciones. Así que volvieron a la época en que eran dos usuarios de silla de ruedas recorriendo el mundo en paralelo.

—No sabes qué ganas tengo de que me saquen ya los hierros de la pierna y empezar a apoyarla... —se quejó cuando se sentaron a comer en un establecimiento vegano cercano al barrio mexicano de la ciudad, en pleno Downtown.

—Pobrecito mío —se burló Lena, poniendo los ojos en blanco.

—Soy un quejica, ¿no? —Se rio él.

—Un poco. Pero te entiendo. Estás impaciente.

—Bastante.

—¿Te han confirmado ya fecha de la operación?

—Principios de junio.

—Bien. Te haré hueco en mi agenda para acompañarte a Boston. Si... si te parece bien, claro —titubeó Lena al final, pero la sonrisa franca y algo burlona de Nick la tranquilizó al instante.

—¿Cómo no me va a parecer bien? Estoy deseando que conozcas a todos en casa. Y mi madre jamás me perdonaría que te dejara en San Francisco. Están todos con muchas ganas de conocerte, pero ella roza ya la obsesión...

Lena sonrió un poco sonrojada, pero pronto se le contagiaron las carcajadas de Nick. Todo estaba siendo tan bonito entre ellos que nada los agobiaba, todo les parecía un paso de futuro que estaban deseando dar.

Por la tarde, pasaron un rato en el Museo de Historia Natural y, en una sorpresa que Lena no esperaba, acabaron la velada en la ópera, una de las más importantes del mundo, en una representación de *Rigoletto* que ninguno de los dos olvidaría jamás. Después de la ópera, cenaron algo en un local que abría las veinticuatro horas y bebieron un par de cervezas de más. Llegaron al hotel con la cabeza algo dispersa, en parte por el alcohol y en parte porque los sentimientos los arrasaban con tal intensidad que llegaba un punto en que solo eran capaces de expresarlo a través de sus cuerpos.

Aquella noche hicieron el amor con tantas ganas que acabaron llamándolos de la recepción del hotel para decirles que varios huéspedes se habían quejado por los ruidos.

La mañana del lunes la dedicaron a recorrer el Paseo de la Fama. Era una de las partes del viaje que más les apetecía, a pesar de que los dos habían estado ya con anterioridad en Los Ángeles y aquel había sido un punto obligado en sus visitas. Pero no habían estado nunca juntos, así que... todo parecía nuevo de repente. Lena se dedicó a perseguir las estrellas de sus actrices favoritas: Meryl Streep, Julia Roberts, Glenn Close, Julie Andrews, Jodie Foster..., mientras que Nick prefirió buscar a las estrellas del deporte que tenían también su homenaje en el suelo de Hollywood Boulevard: Muhammad Ali, Johnny Weissmuller o Joe Kirkwood Jr.

—¿Esperas que tu estrella se una a la de ellos algún día o qué? —se burló Lena.

—Tengo entendido que hay que pagar una buena pasta por conseguir ver tu nombre en una estrella de estas.

—Eso dicen.

—Y ser mejor jugador de lo que yo llegaré a ser jamás.

—Bueno... quién sabe.

—Naaa... Yo ya he tocado techo. Y no tengo queja, oye, pero... soy un jugador del montón.

—Un jugador del montón... ¿de la NFL! —alucinó Lena, que no entendía aquella modestia que siempre usaba él cuando hablaba de su carrera. Aunque le encantaba que así fuera, en realidad. De jugadores ególatras no quería saber nada.

—Ya, bueno, pero hay grandes estrellas y hay un montón de jugadores que los ayudan a llegar a serlo. Yo pertenezco al segundo grupo y estoy muy orgulloso de ello. Si me hubieran dicho en el instituto que llegaría a jugar en la liga más importante del mundo...

—Te mueres por volver a la cancha —afirmó Lena. No hacía falta preguntarlo.

—Sí. —Nick se rio—. No puedo negarlo. Me quedarán... unos tres o cuatro años de carrera. No querría desperdiciar ni uno.

—¿Te da pena pensar en el día que se acabe?

—No —contestó Nick—. Los futbolistas tenemos una carrera corta, eso lo sabemos desde que empezamos a jugar en el instituto. Por desgracia, yo ya he perdido un año y algo más perderé hasta que recupere la forma del todo. Pero sé que más allá de los treinta, en mi puesto en concreto... es difícil. Siempre tuve muy claro que el fútbol duraría lo que durara, pero que mi futuro profesional está en lo que estudié. No me planteo ni hacerme entrenador, ni comentarista deportivo... Nada de eso. Retirarme por todo lo alto y marcharme a trabajar a una gran empresa del sector tecnológico. Te enviaré mi currículum llegado el momento —bromeó.

Lena se rio y ambos siguieron recorriendo el Paseo de la Fama y haciéndose fotos a cada paso. Pero la cabeza de Lena se fue de paseo un poco lejos de allí. Se fue a ese momento, que cada vez se presentaba más cercano, en que Nick volviera al fútbol. Lo estaba deseando, por supuesto, porque sabía que era lo que él más anhelaba en el mundo. Pero no dejaba de pensar que aquello los alejaría. Que él volvería a la otra costa, viajaría por todo el mundo y su relación se enfriaría. Que el mejor escenario posible sería que, cuando Nick se retirara, se incorporara a la plantilla de empleados de alguna de las empresas tecnológicas del entorno de San Francisco —al fin y al cabo, eran las mejores del mundo—. Incluso podría volver a MobApp Technologies. Pero faltaban años aún para eso, y a Lena le daba pavor que su relación no aguantara una separación tan larga. Su relación, la de ambos, se había basado en una amistad que empezó cuando sus condiciones estaban igualadas. Eran dos informáticos en silla de ruedas, trabajando en la misma empresa y viviendo en el mismo edificio de apartamentos. Cuando dejaran de ser eso y se convirtieran en una ingeniera informática paralítica de Silicon Valley y un guapísimo jugador de fútbol de la NFL con miles de fans... ¿de verdad las cosas no cambiarían entre ellos?

—¿Estás bien? —le preguntó Nick cuando percibió que ella tenía la cabeza en otro lugar—. ¿Lena?

—¿Qué?

—¿Estás aquí o te has ido?

—Perdona. —Lena esbozó una sonrisa que empezó siendo fingida, pero pronto se convirtió en real—. Estoy, estoy.

—Pues vamos a darnos un atracón de suvenires horteras en esa tienda de ahí.

Entraron en un establecimiento que, por su tamaño, podría ser el hipermercado de cualquier ciudad de tamaño medio, pero, en realidad, era una tienda de suvenires casi imposible de concebir fuera de un universo tan hortera como el de Los Ángeles. Compraron regalos para todo el mundo, sus familias y sus compañeros de trabajo incluidos, y regresaron al hotel agotados. Durmieron una pequeña siesta y, por la tarde, se dirigieron a la agencia de alquiler de coches con

la que ya habían contactado desde San Francisco.

Lena se había sacado el carnet de conducir en su época universitaria, en un coche adaptado con los mandos en el volante. Pero conducir por San Francisco era una auténtica locura y, total, a ella tampoco le compensaba tener coche habida cuenta del poco tiempo que pasaba fuera de las instalaciones de la empresa. Pero le apetecía volver a conducir, así que aquella tarde ni siquiera le dio opción a Nick de intentar manejar aquellos controles que —ella lo sabía— tampoco eran una cosa sencilla de entender a la primera.

Recorrieron los alrededores de la ciudad con la música sonando bajito en la radio de aquel Mustang descapotable tan bonito. Fueron al muelle de Santa Mónica, al paseo marítimo de Venice y a la playa de Malibú. Entraron en los estudios de cine de la Warner, vieron algunas de las casas de los famosos y se vieron envueltos en uno de esos atascos que, en Los Ángeles, son también una atracción turística. A última hora de la tarde dieron una vuelta por Rodeo Drive, riéndose de los nuevos ricos que poblaban aquella zona de la ciudad.

El martes tocó la vuelta a la realidad. Dejaron aquel hotel prometiéndose a sí mismos que regresarían pronto, que aquella no sería su última visita a la ciudad de las estrellas. Volvieron conduciendo despacio, haciendo varias paradas para descansar en algunas de esas áreas de servicio tan típicas del oeste del país, que a Nick le fascinaban, por más que a Lena le parecieran lo más normal del mundo, porque estaba acostumbrada a ellas desde siempre.

Llegaron a San Francisco cuando ya estaba anocheciendo y vieron el ocaso sobre el Golden Gate desde un mirador desconocido para los turistas, que Lena tuvo el detalle de compartir con Nick. Se abrazaron, se besaron y ningún nubarrón se presentó aquella noche a preguntar por el futuro o sembrar incertidumbres entre ellos. Y cuando volvieron esa noche al edificio de apartamentos de MobApp Technologies, ya ni siquiera preguntaron si se iba cada uno a su apartamento o compartirían sábanas, como solía ocurrir siempre.

Ya no volvieron a dormir separados nunca. El apartamento de Lena se convirtió en su centro de operaciones, donde pasaban las noches y parte de los días. Nick solo visitaba su apartamento un rato cada mañana, para ducharse y cambiarse de ropa. E incluso en esos breves instantes echaba de menos a Lena. El amor había llegado a sus vidas para quedarse. Y ambos estaban encantados con esa idea.

¿El mejor año de mi vida?

La vida de Nick Webber había estado llena de momentos gloriosos. No solo es que hubiera tenido una infancia y una adolescencia feliz, sin grandes problemas, cuidado por unos padres que lo querían, rodeado de unos hermanos con los que siempre había mantenido una amistad genial y triunfando en todo aquello que se proponía. Es que, además de eso, había habido momentos alucinantes. Aquella beca deportiva para jugar al fútbol en la universidad, que cuando llegó al buzón de su casa familiar de Boston estuvo a punto de provocarle un infarto. El momento en que los New England Patriots se fijaron en él y cumplieron el sueño de todo niño americano de jugar al fútbol en la liga más importante del mundo. La Superbowl que había ganado a los veinticuatro años, cuando tocó la gloria con las yemas de los dedos. Al final, si hacía una recopilación de lo que había sido su vida, el único borrón era aquel accidente estúpido que le había hecho poner los pies en el suelo. Bastante paradójico, teniendo en cuenta que llevaba casi un año sin hacer literalmente eso: poner los pies en el suelo.

Y sí, Nick estaba deseando volver a las canchas de fútbol. Estaba deseando volver a escuchar su nombre coreado por los aficionados de su estadio. También regresar a la tranquilidad de Boston, de tener la casa de sus padres a tiro de piedra de su apartamento, que era muy lujoso pero nunca había acabado de gustarle, por lo que pasaba más tiempo en el hogar en el que había crecido que en el piso del centro por el que había desembolsado una cantidad escandalosa de dinero algunos años atrás.

Pero, mientras regresaba a su apartamento después de una sesión de fisioterapia especialmente dura, pensó que echaría mucho de menos aquello. Su pierna derecha estaba ya lo suficientemente fuerte como para haber relegado la silla de ruedas a un rincón de su apartamento. Ya solo la usaba cuando iba con Lena a recorrer el centro de San Francisco, porque no quería forzar demasiado la pierna buena. Pero para sus actividades cotidianas, para ir y volver a la oficina, al comedor y al gimnasio, ya se desplazaba con las muletas siempre. Había adquirido en aquellos meses una destreza que casi pareciera que hubiera caminado con ellas desde siempre.

Nick se metió en su apartamento sin pasar a saludar a Lena. Iba con prisa. Habían quedado veinte minutos después y aún tenía que ducharse, vestirse y conseguir tener un aspecto presentable. Estaba contento aquel día, aunque no podía evitar un deje de melancolía. Las jornadas en la oficina eran agotadoras —Lena tenía de forma natural un ritmo frenético y no había manera de que redujera una marcha—. Las sesiones de rehabilitación eran durísimas; Nick tenía un umbral de dolor bien alto, pero cada día era un reto que lo hacía apretar los dientes mientras se recordaba a sí mismo que aquel era el peaje que debía pagar para regresar a las canchas en plena forma. Y desde que convivía con Lena, el sueño le era esquivo; no porque estuviera intranquilo, sino porque dedicaban las noches a actividades más placenteras. Y aun así, sabía que durante toda su vida echaría de menos aquel año en San Francisco que había empezado siendo la opción menos mala para pasar una temporada fuera del fútbol y se había acabado convirtiendo en... ¿el mejor año de su vida? Sí, probablemente aquel año fuera mejor que aquel primero de universidad en el que descubrió las mieles del éxito deportivo, que aquel otro en que su nombre apareció por primera vez como jugador en activo en la web de la NFL o que la increíble temporada en que había sellado en oro su carrera con el título de la Superbowl. El mejor año de su vida. Quién se lo iba a decir. Maldita Lena, ella solita lo había conseguido.

Nick eligió para la cena de aquella noche un pantalón chino de color azul marino y una

camisa de manga larga blanca que sabía que era la favorita de Lena. Nunca habría imaginado que aquella chica tuviera tal fetiche con las camisas blancas, pero qué maravilla haberlo descubierto... La cena le apetecía, pero sabía que lo mejor llegaría cuando volvieran a casa y la camisa se convirtiera en un gurrúño de tela tirado con prisas al suelo del dormitorio.

—¡Nick! —La voz de Lena le llegó desde el otro lado de la puerta de su apartamento, acompañada de tres golpes fuertes sobre la madera—. Sé que estás ahí y que tardas más en arreglarte que una señora de mediana edad para ir a la iglesia los domingos.

—¡Ya voy! —le respondió Nick, mientras se echaba un poco de colonia en el cuello (aquella colonia que a Lena también la volvía loca) y se reía por la comparación que ella había hecho.

—A ver si es verdad.

Las ganas de bromear se le quitaron a Lena cuando vio el aspecto de Nick al salir de su estudio. Estaba tan guapo que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener una conversación coherente, para conservar la boca cerrada y para no desmayarse. Todo ello a la vez. Nick, para hacerlo todo aún peor, le dedicó una media sonrisa torcida, como muy canalla, una que parecía decir «¿te gusta lo que ves, nena?», y ella tuvo que controlarse para no contestarle a gritos que sí, que le gustaba mucho.

Lena también se había puesto guapa. Lo hacía mucho últimamente. Nick siempre le decía que a él le gustaba la Lena real, la que se despertaba cada mañana con el pelo hecho un desastre y palpaba la mesilla en busca de sus gafas de pasta porque no veía ni a Nick sin ellas, por más que lo tuviera pegado a su lado en la almohada. Pero a Lena le había empezado a apetecer arreglarse, entre otras cosas porque, con Nick, al fin comenzaba a hacer el tipo de planes que para cualquier chica de veinticinco años eran normales. Aquella noche había elegido unos pantalones *palazzo* de color negro y un *top* plateado que le había regalado su madre por su cumpleaños un par de años atrás y que nunca se había planteado siquiera estrenar. Había cambiado las gafas por lentillas, aunque los días de diario seguía prefiriendo la comodidad de sus viejas gafas de color violeta. Su pelo había adquirido ya una forma muy mona, casi una media melena por encima de los hombros que solía peinarse con las puntas hacia fuera. Contra la ortodoncia poco podía hacer, pero su dentista le había asegurado en la última revisión que no le quedaba más de un año de aquella tortura.

—Estás tan bonita... —le dijo Nick, y la elección de aquel adjetivo la hizo sonreír de oreja a oreja. Y sonrojarse un poco, también—. Vamos a pedir ya el taxi o dejaremos plantados a Jamie y Annie.

—Sí, mejor será —le respondió Lena, al tiempo que le guiñaba un ojo, porque a ella también se le habían ocurrido un par de ideas perversas al ver a Nick tan guapo con aquella ropa.

Tardaron casi media hora en llegar a la increíble mansión de los Parks en las colinas de Pacific Heights. El tráfico era infernal, así que decidieron no amargarse. Lena envió un mensaje a Jamie para decirle que llegarían un poco tarde y, a continuación, silenció el móvil y se centró en la conversación con Nick.

—¿Sabes, Lena? —Nick suspiró de forma audible y eso atrajo toda la atención de ella—. Estoy jodidamente feliz.

—¿Ah, sí? —A Lena la preocupación le había durado un instante y se le había convertido de repente en una sonrisa inmensa—. ¿Y eso?

—No sé... San Francisco, el trabajo, la recuperación viento en popa... Tú.

—¿Yo?

—Sobre todo tú.

—Eres lo más mono que hay —le dijo ella, en un intento vano de sacarle hierro a las palabras

de él.

—Estoy... ilusionado. Tengo ganas de que pasen los meses, de volver al fútbol, de poder compartir todo eso contigo...

—Ya.

Lena sonrió, siempre lo hacía cuando Nick estaba cerca, pero no supo qué más añadir. Seguía pensando que la vida sería extremadamente complicada cuando la distancia entre ellos ya no fuera la de un pasillo sino la de todo un país. Cuando sus vidas tuvieran estilos tan diferentes que sería difícil hacerlas compatibles. Pero se había prometido hacía semanas que no volvería a agobiarse con eso hasta que llegara el momento de tomar alguna decisión... y selló con un beso las palabras de Nick. Uno que pronto adquirió temperatura y que hizo que ni se dieran cuenta de que ya habían llegado a las puertas de la mansión de Jamie y Annie Parks. Hasta el taxista tuvo que carraspear para informarlos de que ya estaban en su destino.

—A ver, Bouvier, que me muero de hambre y la cena se enfría —le gritó Jamie desde el umbral de la puerta, consiguiendo que ella enrojeciera hasta la raíz de su pelo (porque un segundo antes se estaba *cenando* a Nick, más que nada) y a continuación le enseñara el dedo corazón.

—Déjalos en paz, pesado —salió Annie en su defensa.

Enseguida entraron los cuatro en la casa y Annie les ofreció una pequeña visita guiada por las zonas comunes. Lena había estado un par de veces en aquella casa, aunque se habían quedado en el precioso jardín interior en el que sabía que Jamie había pasado muchas horas de desespero en aquel largo camino que había transitado hacia la aceptación de su lesión, y que ahora se había convertido en el lugar ideal para celebrar fiestas del equipo. Nick estaba acostumbrado a los lujos de casas espectaculares, no en vano en Boston se codeaba con los jugadores de su equipo y también con los de los equipos de baloncesto y béisbol de la ciudad. Pero aquella mansión desde la que había unas vistas espectaculares de todo San Francisco tenía algo más. Mucha clase, para empezar; Jamie Parks podía haber sido una estrella de la NBA, pero no era ni mucho menos uno de esos deportistas a los que deslumbran los oropeles del éxito y el dinero y llenan sus casas de oros, mármoles y horteradas varias.

—Si no venís al porche ahora mismo, juro que empiezo a comerme la carne yo solo —protestó Jamie por cuarta vez, haciendo que Nick se solidarizara con él (por alguna razón escondida en la testosterona, probablemente, aquellos dos siempre tenían hambre).

—¿Qué hay en el menú, tío plasta? —preguntó Lena, que no perdió la oportunidad de darle una colleja suave al pasar por detrás de él.

—Filetes a la brasa. Aquí no nos andamos con tonterías —le respondió Jamie, guiñándole un ojo a Nick antes de que ambos se abalanzaran sobre la fuente metálica en la que había una cantidad indecente de carne.

—Y como no somos personas de la época de neandertal —añadió Annie con una sonrisa pícara—, también tenemos ensalada, patatas y un poco de *hummus*...

—¡*Hummus*! —Se rio Jamie—. Garbanzos pasados por la batidora. Una delicia, vamos.

—Por Dios, nunca debiste escaparte del Paleolítico —le reprochó Lena.

La conversación fluyó en la cena, entre risas y bromas. Lena y Jamie tenían una relación peculiar, pero Nick y Annie ya estaban acostumbrados a sus pullas y piques. Hablaron un poco de baloncesto, pero los que eran ajenos al equipo de los San Francisco Pioneers los abuchearon en cuanto el tema se fue más allá de diez minutos. Comentaron sus planes para el verano y Nick se abrió con los amigos de su novia —que ya eran en cierto modo los suyos también— explicándoles los detalles de la operación a la que se sometería en pocas semanas. La noche era

cálida y agradable, y la comida dio pronto paso a la bebida y las confidencias bajo la luz de la luna.

Era de madrugada cuando volvieron a casa, después de que Jamie, con un par de copas de más, le lanzara a Nick una advertencia para que huyera de Lena mientras aún estuviera a tiempo. La llamó insoportable, mandona y desquiciada, pero todos sabían que bromeaba, especialmente porque, después de decir aquellas palabras, le había dado un fuerte beso en el pelo.

—Ay, Lena... Ni siquiera Jamie Parks va a convencerme de que te deje tranquila —le confesó Nick, que tampoco estaba exactamente sobrio, en cuanto se subieron al taxi—. ¿Qué me has hecho?

—Seducirte con mis peores artes —le respondió ella con una carcajada.

—Eso seguro. —Hubo un silencio. Un silencio largo y cargado de sentimientos. Un roce de dedos sobre la tapicería del asiento trasero de aquel coche. Un beso suave, rápido, pero que era la promesa de algo más. Y la confesión de un Nick que, hasta unos meses antes, jamás se habría visualizado diciendo algo así, pero que en aquel momento no pudo callarse—. Y enamorarme también.

Qué curiosa era la vida y qué ganas tenía Nick de descubrir cada rincón de ella junto a Lena. Se había enamorado como un adolescente de aquella mujer increíble con la que compartía la vida. En el que podría haber sido el peor año de su vida, era más feliz que nunca. Y solo le quedaba cruzar los dedos para que aquella felicidad durara para siempre.

La gran decisión

Habían pasado meses ya desde que Lena y Nick habían decidido unir sus destinos. El verano había llegado a San Francisco, aunque las temperaturas seguían siendo frías por las mañanas. Nada que preocupara a Nick y Lena, que seguían despertándose cada día poco después del alba, con sus cuerpos desnudos entrelazados bajo el edredón nórdico. Las sonrisas se les escapaban solas. Si hubieran sido un emoticono del WhatsApp, sin ninguna duda serían el que tiene corazones en lugar de ojos.

La vida iba a cambiar mucho en las siguientes semanas. En apenas unos días, Nick volaría a Boston para operarse de la pierna izquierda, para que le quitaran los hierros y le dieran —¡al fin! — permiso para apoyarla y poder volver a caminar. Ya lo habían advertido de que era algo que tendría que reaprender, después de un año sin hacerlo, pero él tenía tantas ganas que se lo comía la impaciencia. Después de esa operación, para la que se había tomado unos cuantos días libres en el trabajo, volvería a San Francisco para completar sus últimas semanas de prácticas en MobApp Technologies, gestionar la consecución de su título universitario —también ¡al fin! — y regresar hacia finales de verano a Boston para reincorporarse a la disciplina de su equipo.

Nick no era tonto. Sabía que Lena estaba preocupada por lo que pudiera ocurrir a partir de ese momento. Él no había querido sacar el tema, a pesar de que sabía que la tranquilizaría, porque los días se les habían escapado de forma demasiado fugaz y Nick solo quería disfrutar de ella, sin que ninguna preocupación amenazara con estropear ni un solo minuto de su tiempo juntos.

Pero aquel sábado por la mañana había decisiones que ya no se podían posponer más. Conversaciones que era necesario mantener, porque la vida se había complicado un poco en los últimos días.

Todo había comenzado un lunes en que a Lena la había convocado a su despacho, por sorpresa, el CEO de la empresa. Ella había fruncido el ceño, no preocupada en exceso, porque sabía que su prestigio dentro de MobApp Technologies era inmejorable, pero sí intrigada por qué podría querer aquel hombre que siempre había confiado en ella. Nick sí se quedó intranquilo en su puesto de trabajo mientras esperaba a que ella regresara. Y cuando lo hizo, no supo leer en su gesto —a pesar de que había llegado a conocer a Lena tan bien como se conocía a sí mismo— si estaba desolada o más feliz que nunca.

Lo que a Lena le habían ofrecido en aquella reunión por sorpresa era dirigir el proyecto por el cual se implantaría en el Reino Unido la *app* en la que tanto habían trabajado durante los primeros meses de Nick en la empresa. El gobierno británico se había mostrado interesado por el funcionamiento de aquella aplicación que tan buen resultado estaba dando al otro lado del Atlántico. Y los gerentes de MobApp Technologies no habían dudado de quién sería la persona idónea para implantar su funcionamiento *in situ*.

¿Cuál era el problema, aquel por el cual a Lena aquello no acababa de parecerle una gran noticia? Que justo los tres meses que tendría que pasar en la capital británica coincidirían con la última época de Nick en San Francisco y su posterior traslado a Boston para reincorporarse a su equipo. De hecho, los directivos de MobApp Technologies estaban tan seguros de que ella iba a aceptar —porque era su trabajadora más responsable y, además, una mujer muy ambiciosa— que ya habían sacado los billetes de avión a su nombre. Y la fecha del viaje coincidía justo con los días en que Nick estaría en Boston operándose de su pierna.

Su primera reacción instintiva fue decir que no. Quería acompañar a Nick en esos días de

convalecencia que tantos meses llevaba esperando. Quería estar con él cuando saliera del hospital por su propio pie, cuando regresara a San Francisco a conseguir su título universitario con el horizonte emocionante del fútbol esperándolo a la vuelta de la esquina, quería pasar con él aquel verano... No tuvo cuajo para negarse a ir, porque sabía que para la empresa era un proyecto de importancia estratégica fundamental —la entrada por todo lo alto en el mercado europeo—, pero les pidió a los jefes que le dieran algunos días para pensárselo. Ellos arquearon las cejas, algo sorprendidos, pero le dijeron que los billetes ya estaban emitidos, así que podía pensárselo hasta el mismo momento de coger el avión. Que si finalmente no iba, ya encontrarían una solución, pero que preferían dejarle todo el tiempo posible para tomar la decisión correcta. Con esa frase habían dejado muy claro lo que esperaban de ella, pero la mente de Lena estaba embotada con demasiados sentimientos contradictorios que no era capaz de gestionar.

Nick le dijo que estaba loca por pensárselo. Sí, él también la echaría de menos. Mucho. Muchísimo. Sí, él también se había ilusionado con pasar junto a ella esos meses de verano en San Francisco. Y que ella fuera testigo de primera línea de su recuperación final. Había soñado con que ella estuviera presente en el primer partido que él jugara y dedicarle un *touch down* que llevaría lágrimas a los ojos de ambos porque sabían cuánto dolor y trabajo duro había tras esa jugada. Pero ella era más importante. Ella era *lo más importante* para él. Y esa oportunidad laboral era uno de esos trenes que nadie debería dejar pasar.

Se había pasado semanas convenciéndola de que aceptara, pero ella seguía sin dar una respuesta definitiva. Por eso Nick se había propuesto que esa mañana fuera el momento definitivo para planificar cómo sería ese verano —no pensaba dejar pasar la oportunidad de visitar a Lena en Londres tantas veces como fuera posible— y qué harían para echarse de menos sin que eso interfiriera en sus vidas.

—Lena, ya. Ya basta. —Nick tenía el gesto serio, aunque no pudo evitar dejar una caricia sobre la mejilla de su novia—. Tienes que decidirte. Sabes cuál es mi opinión, y sabes cuánto te quiero.

—Yo a ti también —lo interrumpió ella, porque no quería dejar pasar ni una sola oportunidad de decírselo y también por intentar, aunque sabía que sería en vano, posponer de nuevo aquella conversación.

—No me líes... —Nick sonrió—. Dime la puñetera verdad. ¿Por qué no quieres ir a Londres? Eres la persona más trabajadora que conozco, no me creo que renuncies a una oportunidad como esta solo por pasar conmigo un verano. Nos quedan mil veranos juntos, Lena, ¡joder!

—¿Y si no? —Lena se atrevió al fin a poner voz al mayor de sus miedos.

—¿Y si no qué?

—¿Y si no nos quedan mil veranos juntos?

—Lena, por Dios... Somos jóvenes, estamos sanos, ¿por qué no íbamos a poder disfrutar de la vida durante muchos años?

—Pues porque... ¿de verdad no tienes miedo a que cuando vuelvas a Boston... esto se acabe?

—Joder... ¿Es por eso? —Nick frunció el ceño.

—¿El qué?

—¿Es por eso por lo que no te decides a aceptar el trabajo? ¿Por miedo a que, cuando yo vuelva a Boston, esto —los señaló a ambos alternativamente— se acabe?

—Sí —respondió Lena, con una vocecita que era solo un hilo.

—Tú eres idiota.

Nick se levantó de la cama y, a la pata coja sobre la pierna buena, se dirigió al sofá del

apartamento. Recuperó sus calzoncillos del suelo, porque aquella no le parecía una conversación para mantener desnudos, aunque no tenía ninguna queja con que Lena siguiera tapada solo con una fina sábana.

—Esto va a durar para siempre, Lena. No sé si necesitas un anillo para creértelo, pero si es así dímelo y me voy ahora mismo a comprártelo. —Aquella quizá no era la declaración de amor más tradicional de la historia, pero a Lena le pareció preciosa y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Pero yo no me voy a volver loco de euforia por volver al fútbol. Sí en lo profesional, porque tengo unas ganas que me muero, pero no sé si por tu cabeza están pasando imágenes mías de fiestas con modelos, pero ya te puedes ir olvidando porque incluso antes del accidente ya estaba haciendo bastante vida monacal. Espero que no creas que voy a poner en riesgo esto tan increíble que tenemos por irme de fiesta. Soy un poco gilipollas, quizá, por no haber sabido demostrártelo antes, pero no tanto.

—Nick...

—No, déjame acabar. Serán unos años duros. Tú te irás a Londres, yo a Boston, como en la película. —Los dos se rieron—. Y jugaré el tiempo que el fútbol me permita, luego me retiraré y volveré aquí y, entonces sí, la vida real empezará. Y tengo muchas ganas de volver a jugar al fútbol, Lena, pero muchísimas más del día en que tú y yo tengamos una casita, un perro, unos niños... Lo que tú quieras. Todo lo que quieras, Lena, pero juntos.

Lena no fue capaz de responderle con palabras. Odió a sus piernas por no responder, porque habría querido ir corriendo hacia él y besarlo hasta que les faltara la respiración. Pero, en cambio, le hizo un gesto para que fuera él el que se acercara y sellaran entre besos y gemidos el pacto de un futuro juntos.

Cuando despertaron, algunas horas después, Lena había tomado su decisión. Y no era la que cabría esperar después de aquella conversación. Sí, se había convencido, al cien por cien, de que su historia con Nick tenía futuro. No se quedaría en San Francisco por miedo a perderlo. Se quedaría por la necesidad, impresa en su piel, de pasar con él el que era el verano más ilusionante de sus vidas hasta el momento. Nick no reaccionó bien cuando ella se lo explicó, no quería que renunciara a aquella oportunidad, aunque aceptó su decisión, por supuesto. Y se convenció un poco de que tal vez ella tuviera razón cuando se lo explicó desde lo más profundo de su alma.

—Mira, Nick, no es que yo viva con miedo a la muerte ni nada por el estilo, ¿vale? Pero sé mejor que nadie, y tú también sabes algo de ello, que un accidente tonto puede llevarse por delante muchos sueños. La oportunidad de Londres es genial, pero... es solo trabajo. Y yo llevo diez años de mi vida, desde que era solo una adolescente obsesionada con estudiar, dedicada al trabajo. Ahora tengo la oportunidad de vivir un verano increíble, lleno de retos, en el que quiero estar a tu lado. Imagina que el avión se estrella camino de Londres y me pierdo todo eso...

—Anda que no te pones en lo peor ni nada.

—No, no me pongo en lo peor. —Lena sonrió—. Pero si algún día la vida nos da un revés, no quiero dedicar ni un solo segundo de mi tiempo a arrepentirme por no haber disfrutado junto a ti de este verano.

Después de un fin de semana precioso, en el que celebraron mil y una veces —y *celebrar* era un eufemismo de hacer el amor como salvajes— los meses tan ilusionantes que tenían por delante y toda la sinceridad sobre su relación que habían puesto sobre la mesa, el lunes volvieron al trabajo. Nick había logrado arrancarle a Lena la promesa de que no hablaría aún con los jefes, de que se aprovecharía de esa oportunidad que le habían dado de poder decidir hasta el último momento. Él aún quería que ella se marchase, aunque le doliera en el alma pensar en tres meses separados. Así que Lena no habló con ellos, pero sí empezó a preparar todo lo que sería

necesario para que la empresa se resintiera lo menos posible de su desertión.

—Tengo una mala noticia —le dijo una noche a Nick, mientras cenaban en su apartamento.

—¿Qué pasa?

—He estado dándole una y mil vueltas a mi agenda. En serio, he estado a punto de enloquecer hoy delante del ordenador.

—Créeme, se notaba —bromeó Nick.

—¿En serio?

—Le has gritado a Paul por comerse una mandarina en su mesa...

—Olía toda la puta oficina a naranja —se justificó ella.

—Le has contestado fatal a Martín cuando te ha hecho una pregunta que podrías haberle respondido en tres segundos.

—Me gusta que mis trabajadores sean autónomos.

—Y a mí me has tirado el envase del sándwich del almuerzo. ¡Y ni siquiera sé por qué!

—Vale, sí —se rindió ella—. Pues eso, que estaba enloqueciendo.

—¿Y la mala noticia es...? —retomó Nick el tema, porque se había quedado preocupado por ese primer comentario.

—Que no voy a poder acompañarte a Boston para tu operación. —Lena esbozó un gesto de dolor.

—¿Y eso? —Nick disimuló un poco la pena que le provocaba aquella noticia, porque no quería añadir más pesar a su novia.

—Si no me voy a Londres, y los dos sabemos que no me voy a ir —enfaticó sus palabras con una sonrisita—, tengo que preparar un dossier gigantesco para que la persona que ocupe mi puesto sepa perfectamente cómo abordar el trabajo. Y si no tomo la decisión hasta el último momento, eso tendré que prepararlo justo en los días que tú pasarás en Boston.

—Bueno... —Nick le sonrió y la acarició por encima de la mesa—. No pasa nada, Lena. En serio, no querrás estar a mi lado en el hospital. Dicen los rumores que soy insoportable cuando estoy allí dentro.

—Ya, pero yo *sí* quería estar.

—Estarán mis padres y mis hermanos. También mis compañeros de equipo y los doctores. Serán unos días de mierda y contigo solo quiero compartir lo bonito.

—Pues yo quiero compartirlo todo. Y no me puedo creer que no vaya a estar a tu lado cuando des tus primeros pasos.

—Ya te lo he dicho muchas veces, Lena. Tenemos toda una vida por delante para que me veas dar pasos. Y todos a tu lado.

Lena le dio un beso de esos que quitan el aliento y la cena quedó olvidada. Aunque la decisión de no irse a Londres parecía muy firme, aún había una sombra de duda sobre ella. Pero daba igual, porque tanto Lena como Nick sabían que, fuera o no, la vida estaría esperándolos después del verano. Una vida diferente, pero no peor. Unos años de separación, que dedicarían a hacer escapadas para verse, a convertir cada encuentro en una pequeña luna de miel y a planificar los tiempos venideros que, como había dicho Nick un día, estarían llenos de niños, perros y una casita en la que envejecer juntos.

Nada podía torcerse. La vida, después de darles muchos golpes, se había convertido en pura ilusión.

La peor noticia

Nick estaba ya sentado junto a la puerta de embarque de su vuelo a Boston, con el equipaje facturado y los billetes en la mano, y aún no había dejado de pensar en su despedida de Lena. Aún sentía la dulzura de ella en sus labios, la ternura de sus palabras de ánimo en el oído, el amor que no se podía creer que hubieran sabido crear en lo que otros podrían considerar tan poco tiempo.

Y es que Nick no había mentido cuando la había animado a marcharse a Londres a disfrutar de aquella oportunidad profesional. Por supuesto que la echaría de menos. Le dolería cada segundo de esos tres meses que pasaran separados, pero sabía que a la larga sería algo muy positivo para la relación. Porque Nick quería tener una relación con ella. Una que durara más que ese año que trabajarían juntos en San Francisco. Una que, si podía ser..., durara toda la vida. Y necesitaba que Lena lo supiera. Que no tuviera ninguna duda de que aquello era algo más —mucho más— que una aventura con fecha de caducidad. Iría a verla a Londres. Ya se imaginaba paseando con ella por la ribera del Támesis. Y después compaginarían como pudieran los años que le quedaran a él de carrera deportiva con el trabajo de ella para verse lo máximo posible. Quizá fuera la euforia del amor, pero él lo veía factible. Hasta fácil. Ilusionante. Perfecto. Desde que había sido consciente de lo enamorado que estaba de Lena, todo le parecía perfecto.

Cuando el personal de tierra llamó por megafonía al embarque, Nick sacudió la cabeza antes de levantarse y acercarse a la cola. Ya casi se había acostumbrado a caminar con las muletas —casi—, así que no había pedido asistencia en el aeropuerto. Se limitaría a embarcar el primero, como correspondía a las personas con problemas de movilidad, y recordarse durante todas las horas de vuelo la liberación que supondría deshacerse de las muletas en unos pocos días.

Las azafatas probablemente contarían esa noche en sus casas que el pasajero del asiento 14B no había dejado de sonreír durante todo el vuelo. Lo que no sabrían era que aquella sonrisa se debía en un cincuenta por ciento a la ilusión por lo enamorado que estaba de Lena y en otro cincuenta por ciento a la operación que tendría lugar al día siguiente. Durante su carrera deportiva, lo habían operado un par de veces, de lesiones menores que lo habían tenido unas pocas semanas apartado de la competición, y siempre había entrado a quirófano con los nervios atenazándole la garganta. Con todas las veces que lo habían operado después del accidente, esa sensación había acabado por diluirse. Y a la cirugía que tenía programada para la mañana siguiente, simplemente, entraba con la ilusión saliéndosele por cada poro de la piel.

No dejaba de pensar en el enorme vuelco que había dado su vida en el último año. De ser un jugador de primer nivel en la NFL, había pasado a convertirse en una persona con muchas dificultades de movilidad, frustrado y aterrorizado a no volver a disfrutar de la sensación de recibir un balón, hacer un *touch down* y escuchar el rugido del público coreando su nombre. Pero después de que su pierna derecha hubiera respondido tan bien a la rehabilitación, de dejar atrás la silla de ruedas y, sobre todo, tras haber encontrado en Lena a la persona que llevaba buscando toda su vida —incluso antes de saber que lo hacía—, todo había vuelto a dar otro giro de ciento ochenta grados. Y así se sentía: como si todo hubiera ido girando y girando hasta llegar a un punto en el que el accidente no solo no le había quitado nada sino que le había dado, por una de esas maravillosas carambolas de la vida, la oportunidad de enamorarse como nunca había creído posible. La idea de, en tan solo unos meses, volver a los campos de fútbol, tener a Lena a su lado y un futuro en el mundo empresarial asegurado para el día que dejara el fútbol... le parecía un

sueño que ya acariciaba con las yemas de los dedos. Solo una hora o dos de operación y unos duros meses de rehabilitación lo separaban de tenerlo todo.

Cuando aterrizó en el aeropuerto de Boston, firmó un par de autógrafos y se hizo fotos con algunos fans. En California casi se le había olvidado esa sensación de ser reconocido; ventajas de jugar a un deporte en el que era obligatorio el casco, que la gente que no era muy aficionada a un equipo no reconocía a los jugadores por la calle. En cuanto atravesó la puerta de la terminal de llegadas, sus padres y sus hermanos se abalanzaron sobre él, hasta el punto de hacerlo trastabillar sobre las muletas. Fue su madre la que impuso orden y los obligó a todos a apartarse, pero ella se quedó achuchándolo un rato más.

Aquella noche no podía comer nada más tarde de las nueve de la noche, para respetar el tiempo de ayuno previo a la operación, pero su familia se encargó de que la ingesta de calorías hubiera sido suficiente para sobrevivir en el Everest unas cuantas semanas. Incluso Matt se había trasladado a la casa familiar, renunciando a la independencia de su piso de soltero en el centro, durante los días que él permanecería en Boston. Por un momento, cuando estaban todos sentados a la mesa poniéndose las botas, Nick creyó que habían vuelto a la época en la que todos eran adolescentes y aquella, una casa de locos. Y siguió sonriendo, claro.

A la mañana siguiente todo fue muy rápido. Nick se despertó temprano, le envió a Lena unos mensajes preciosos, pero no quiso llamarla, a pesar de que ella le había dicho que no le importaba que la despertara —la diferencia horaria hacía que Nick estuviera ya vestido cuando en California era aún de madrugada—. Su hermano Donnie condujo el coche hasta el hospital y todos lo acompañaron en la habitación mientras se vestía con aquella bata ridícula que dejaba su culo al aire. Justo cuando las enfermeras entraron para bajarlo a quirófano, él observaba su pierna izquierda desnuda, con aquellos hierros que la atravesaban desde el tobillo hasta la cadera y a los que no veía la hora de decirles adiós.

Dos horas después, aunque aún adormilado, lo primero que hizo al ver a sus padres junto a la cama de la habitación fue pedirles que le pasaran su móvil. Tenía varios mensajes de Lena, llenos de emoticonos y deseándole toda la suerte del mundo. Diciéndole que lo quería y que estaría pensando en él todo el día. Así que se apresuró a responderle. Y aunque parecía aún un poco atontado, no dejó de sonreír mientras lo hacía.

—A ver, Romeo, que llevamos dos horas esperándote. —Matt le dio un codazo a Donnie y los dos se partieron de risa a su costa.

—Iros a la mierda.

Nick se incorporó un poco en la cama y observó el *parte de daños* de su pierna. Los hierros habían desaparecido y ya solo eso le pareció un motivo de celebración. Su pierna estaba cubierta desde la ingle hasta la punta de los pies por una venda de color blanco con una franja roja, pero había ganado algo de movilidad con respecto al soporte metálico, aunque cuando se vino demasiado arriba en los movimientos sintió el dolor de unas cicatrices demasiado frescas.

—Pero ¿qué haces, idiota? —lo recriminó su padre—. Que te estés quieto, hombre.

—Lleva quieto diez meses. Ni siquiera sé cómo ha sobrevivido —se burló Matt.

—¿Qué han dicho los médicos? —preguntó a su madre, que parecía la única que mantenía la seriedad en la habitación—. ¿Cuándo puedo irme a casa?

—Te darán de beber dentro de un par de horas. Si lo asimilas bien, te darán de comer. Y si eso lo asimilas bien también..., te vas a casa.

—¿Andando? —A Nick se le dibujó una sonrisa que casi eclipsó la luz de los fluorescentes del cuarto.

—Sigue soñando. —Su padre soltó una carcajada seca—. Muletas. Pasado mañana tienes

consulta con el trauma y él te dirá cómo puedes empezar a apoyar el pie. Pero vamos... poco a poco y con mucho cuidadito.

—Vale.

Todos esbozaron una sonrisa al escucharlo tan enfurruñado, pero enseguida llegaron las enfermeras para hacerle algunas curas en aquellos lugares donde los hierros habían dejado marcada su pierna para siempre; luego, a comprobar si eliminaba bien la anestesia. Y más tarde, como todo había ido perfecto, a traerle el alta, su ropa y las muletas, que él recibió con cara de estar chupando un limón, pero que no le quedó más remedio que coger.

Los siguientes dos días fueron de mucha vida familiar—incluso sus hermanos parecían estar a su servicio, concediéndole todos los caprichos—, pero también de ansiedad para Nick. Los únicos momentos del día en que conseguía sacarse de la cabeza esa consulta con el traumatólogo que al fin le pondría fecha a su ansiado regreso al fútbol eran las largas conversaciones de costa a costa que mantenía con Lena. Ella sabía tranquilizarlo, consolarlo, animarlo a mirar hacia delante con optimismo, de una manera que ni sus padres ni sus hermanos conseguían. Era aquella serenidad que siempre acompañaba a Lena la que obraba el milagro.

La consulta con el traumatólogo llegó casi por sorpresa después de dos días esperándola con ansia. Y en ese momento Nick sí se puso nervioso de verdad. Su carrera, todo su futuro profesional en el fútbol, dependía de lo que le dijeran en aquel momento. Ya había perdido una temporada entera. Sabía que aún no estaría al cien por cien para jugar al comenzar la pretemporada, pero esperaba incorporarse a los entrenamientos cuanto antes, aunque fuera a medio gas, porque más de una temporada fuera del ritmo de competición era algo que pocos jugadores de élite conseguían superar.

Los dos o tres minutos que Nick, sus padres y sus hermanos pasaron esperando la llegada del médico se transformaron en una película de sudor en su nuca. Y cuando el doctor entró, lo saludó con un apretón de manos y se sentó en su silla con una cara algo circunspecta... un mal presentimiento le invadió todo el cuerpo.

—¿Cómo te encuentras, Nick?

—Bien, bien. Bueno... deseando empezar a apoyar el pie cuanto antes. Pero bien.

—¿Dolor en alguna de las dos piernas?

—No, la derecha la noto perfecta ya. La izquierda... pues un poco agarrotada después de todos estos meses, pero creo que es lo normal.

—¿Los puntos?

—Me tiran un poco si me muevo demasiado, pero nada fuera de lo común.

—Ahora vendrá la enfermera a retirarte la venda y mirará que esté todo correcto.

—Perfecto, doctor, pero yo...

—¿Qué?

—Querría hablar cuanto antes de la cuestión deportiva.

—Antes dejemos que la enfermera te haga las curas y te vendemos de nuevo.

—Está bien.

La enfermera y el médico le pidieron que hiciera varios movimientos una vez que le retiraron la venda. El traumatólogo determinó que la cadera estaba lo suficientemente bien como para que Nick no necesitara más apoyo en esa zona. Sí le vendaron el tobillo, con una venda de compresión que no le impediría demasiado los movimientos, pero sí le proporcionaría algo de sujeción extra.

Cuando estuvo de pie, por primera vez con las dos plantas sobre el suelo por primera vez en casi un año, sintió un leve mareo. No supo si era fruto de la emoción o de la falta de costumbre,

pero su hermano Matt estuvo rápido y lo sujetó antes de que aquello tuviera consecuencias peores. Lo único que le faltaba en aquel momento era acabar en el suelo y romperse una muñeca o algo así. Sería el máximo exponente mundial de la ley de Murphy si algo así le ocurría.

Se acercó a la silla renqueante, apoyándose aún en su hermano, a pesar de que solo había un par de pasos de distancia. Ya se imaginaba que no iba a salir corriendo en cuanto le quitaran la venda, pero se le hacía extraño sentirse tan incómodo en sus propios pies.

—Como sabrás, estoy muy contento con el plan de trabajo de tus fisios en California, y también lo están los médicos del equipo, así que seguiremos trabajando con ellos, codo con codo, también en la rehabilitación de la pierna izquierda. Si todo va tan bien como en la derecha, les deberás mucho a ese equipo de trabajadores.

—Soy consciente, créame —dijo Nick, con una sonrisa. Tomó nota mental de comprarles un pequeño detalle antes de despedirse de ellos cuando acabara su contrato.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en San Francisco?

—Me quedan un par de meses para acabar las prácticas. Después, volveré a Boston para reincorporarme al equipo.

Nick pensaría unas cuantas horas después que debería haberse dado cuenta en aquel momento. Su retina registró las miradas que intercambiaban sus hermanos, su padre y el doctor, pero su cerebro no supo interpretarlas. No fue hasta que escuchó el sollozo de su madre a su espalda cuando se dio cuenta de que algo iba mal. Muy mal. Algo iba terriblemente mal.

—¿Qué pasa? —preguntó, y la voz le falló por el camino. Se convirtió en un gallo agudo parecido a aquellos que tanto lo avergonzaban cuando le estaba cambiando la voz.

—Nicholas... —el doctor tomó la palabra, pero Nick ni siquiera lo escuchó. Su mirada no dejaba de escrutar las caras de su familia, cada cual peor que la anterior.

Su hermano Matt miraba al suelo, circunspecto; siempre había sido el más serio de la familia, pero la cara que tenía en aquel momento era otro nivel. Su padre sí lo miraba a la cara, con una fijeza que lo asustó; le dio la sensación de que le pedía calma, resiliencia, fuerza. Donnie tenía los ojos llenos de lágrimas, y Nick tuvo que apartar la mirada para que no se le contagiara. Y su madre... a ella le caían las lágrimas por las mejillas y tenía una mano tendida hacia él, como esperando que la tomara cuando se sintiera caer. Cuando conociera la verdad.

—¿Qué pasa?! —repitió Nick, en un grito que salió de su garganta más impulsado por el miedo que por la ira.

—Tu pierna, Nick... —volvió a empezar el doctor, aunque se veía a la legua que sus padres estaban deseando intervenir.

—¿No está bien? ¿La operación no ha salido bien?

—Sí, sí. La operación, en realidad, solo era para retirarte los fijadores, eso ya lo sabes. Lo importante era el trabajo que hubieran hecho durante estos meses y con eso... estamos más que satisfechos. Sinceramente, tu recuperación ha sido espectacular.

—¿Entonces...? ¿Cuál es el problema?

—El problema es que... —el doctor resopló— una lesión como la que sufriste en tu pierna izquierda no es compatible con la práctica profesional del deporte.

—¿Qué?

Nick lo preguntó por inercia, aunque había entendido perfectamente las palabras de su médico. Aún tardaría un tiempo en asimilar las repercusiones de aquella información, porque estaba demasiado paralizado como para reaccionar.

Se levantó. Trastabilló un poco, pero fue capaz de hacerlo sin ayuda. Todos los miembros de su familia se acercaron para ayudarlo, pero él estiró los brazos en un gesto para impedirles que se

acercaran. La puta pierna le ardía, quizá solo para recordarle que su vida estaba jodida por culpa de ella, pero no pensaba caer. De todos modos, le dio la cordura para alargar la mano y coger una de las muletas de las que pensaba que se había despedido para siempre. Si no fuera porque toda su jodida sangre parecía estar concentrándose en su tobillo izquierdo, a Nick podría haberle dado una embolia. Porque su cerebro se había puesto a funcionar a toda velocidad y estaba llegando a conclusiones que no le gustaban nada. Que odiaba, de hecho.

—¿Lo sabíais? —Se volvió hacia sus padres con una mirada tan firme que tuvo la sensación de que acababa de hacerse un hombre de repente, a los veintisiete años.

—Nick, nosotros...

—¡No! —Evitó de nuevo que su madre se acercara; cuando recordara después la cara que ella puso se le rompería el corazón, pero en aquel momento no podía tolerar el contacto físico—. Quiero saber desde cuándo sabíais esto. Porque si mi recuperación ha sido perfecta, si ha sido mejor incluso de lo que el doctor esperaba, eso significa que desde el principio estaba claro que nunca volvería a jugar.

Decir aquellas palabras fue como tragar cristales, pero las dijo en medio de una furia que dirigía hacia su familia aunque en realidad la sentía hacia el mundo. Y hacia sí mismo. Aquel estúpido accidente. Aquella imprudencia de mierda que le había jodido la vida y que jamás se perdonaría.

Hubo un silencio eterno. Tan espeso que podía tocarse con los dedos. Sus hermanos sorbieron en un sonido que sonó casi sincronizado, pero seguían sin ser capaces de mirarlo a la cara. Joder, ahora entendía que llevaran cuatro días en plan *happy family*. Ahora entendía que Matt se hubiera trasladado y también que Donnie estuviera todo el rato a medio camino entre nervioso y culpable. Sus padres lo miraban, pero seguían sin hablar. Y el médico parecía estar deseando que se lo tragara la tierra.

—Sí, lo sabíamos. —Fue su padre quien habló. El único que se atrevió a hacerlo en aquel momento.

—Joder... —siseó Nick—. Soy un puto gilipollas. Me habéis engañado como a un niño de teta.

—Nick, no fue... —continuó su padre.

—¡Cállate! —Su padre salió como despedido hacia atrás con esas palabras. En casa de los Webber jamás había habido palabras fuera de tono, mucho menos de los chicos hacia sus padres, a quienes querían y respetaban—. ¿Podéis salir, por favor?

—Nick... —Fue su madre quien intervino.

—Me gustaría hablar a solas con el doctor. Por favor. —Reunió toda su calma para decir esas palabras, porque no tenía muy claro cuánto iba a aguantar tranquilo.

Su familia pareció entenderlo y, uno tras de otro, fueron saliendo de la consulta. Con los ojos fijos en el suelo y un caminar lánguido que no consiguió que Nick se compadeciera, porque en aquel momento... joder, casi los odiaba por haberle hecho alimentar durante un año la esperanza de volver a jugar al fútbol, por seguirle el rollo cuando él les hablaba del tema, cuando en realidad todos —suponía que incluidos los miembros de su equipo que tantos mensajes de ánimo le habían enviado— sabían que el fútbol era ya historia para él.

—Cuénteme toda la verdad, por favor. Clara y cruda. Más jodido de lo que estoy ahora mismo... no voy a estar.

Nick lo dijo así, y el doctor le hizo caso, pero sus palabras no eran del todo ciertas. Porque cuando el doctor dejó de hablar, él sí estaba más jodido. Mucho más. La sentencia era clara. Siempre habría en su vida un antes y un después del accidente. Su pierna derecha no le daría

demasiados problemas, quizá cuando fuera un anciano acusaría la artrosis antes que alguien que no se la hubiera roto por tantos sitios. Tal vez detectara la lluvia en temporadas especialmente húmedas, pero... poco más. Sin embargo, la izquierda era otra historia. El fémur había soldado perfectamente, gracias al clavo intramedular que llevaba desde la cadera a la rodilla, así que el problema no estaba ahí. Todo lo malo que le ocurría a la pierna se centraba en el tobillo, que nunca volvería ni a parecerse a un tobillo sano.

No, Nick no volvería a jugar nunca al fútbol, ni siquiera como aficionado, pero esa no era la única mala noticia. Casi peor le pareció enterarse de que necesitaría una muleta, o un bastón, para caminar casi todo el tiempo. Cojearía. Tendría dificultades para desplazarse en terrenos irregulares si no se apoyaba en el bastón. Y podría hacer deporte, sí, pero siempre adaptado a que el tobillo no sufriera. «Deporte para viejos», pensó Nick, sin poder evitarlo. También tendría dolores de vez en cuando. El doctor le recomendó que siempre tuviera unos cuantos analgésicos a mano por lo que pudiera pasar. Le extendió la receta antes de despedirse.

Nick tuvo que afrontar el regreso con su familia, cuando lo único que le apetecía en ese momento era estar solo. Tirarse en una cama, sin más compañía que la de sus pensamientos, y llorar por todo lo perdido. Ni siquiera le apetecía hablar con Lena, y eso sí que era toda una novedad. Pero él no tenía nada de qué avergonzarse; más bien eran ellos a los que debería caérseles la cara de vergüenza por haberle mentido de esa manera. De sus padres, por instinto de protección, podría habérselo esperado, pero de sus hermanos... Joder, no podía ni creérselo.

—Voy a coger un taxi —les dijo, antes de que ellos pronunciaran palabra. Ya habían demostrado durante meses que se les daba bien callar.

—Nick, por favor, déjanos hablar contigo. Vamos al coche y...

—¡No! Voy a coger un taxi, recoger mis cosas en casa y largarme a San Francisco.

—Pero tu vuelo...

—Mamá, mi vuelo será el próximo que salga del aeropuerto de Boston a San Francisco. Ni siquiera puedo soportar miraros a la cara, joder.

Nick había adquirido bastante destreza con las muletas en los meses anteriores, así que ni intentó caminar con todas aquellas dificultades que el doctor le acababa de decir que tendría de por vida. Brincó sobre las muletas sin mirar atrás, porque sabía que todos lo seguían, hasta la parada de taxis de la entrada del hospital.

Llegó a su casa al mismo tiempo que su familia, en el coche de su madre. No quiso ni mirarlos y se fue directo a su cuarto, que estaba en la planta baja, lo cual le había venido muy bien en sus visitas durante la lesión. Y también en aquel momento para ser más rápido. Se dedicó a echar en la mochila las pocas posesiones que había llevado a ese viaje que prometía ser un nuevo comienzo cuando salió de San Francisco y había acabado convertido en una pesadilla. Utilizó su móvil para cambiar su vuelo nocturno a uno que salía tres horas después del aeropuerto de Boston–Logan e ignoró la gran cantidad de llamadas perdidas y mensajes que tenía de Lena. De hecho, metió el móvil también en la mochila, para vencer la tentación de llamarla, echarse a llorar y perder la dignidad ya por completo.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —Su madre le habló con suavidad desde el umbral de la puerta y él... joder, siempre había tenido debilidad por ella y no fue capaz de echarla.

—Habla. —Claro que tampoco se lo iba a poner fácil.

—Entendemos que estés enfadado, de verdad que sí, pero... No encontramos otra manera de que lucharas por volver a caminar. La situación que nos plantearon los médicos después de examinarte por primera vez fue... —Su madre estuvo tanto rato en silencio que Nick se volvió y la miró a la cara. Error. Encontró tal desolación que, a todos los demás sentimientos ponzoñosos

que sentía, se unió también la culpabilidad—. Estuviste a punto de perder la pierna, Nick.

—¿Qué? —Aquella información lo dejó en *shock* y esas tres letras fueron lo único que se sintió capaz de decir. Y con esfuerzo.

—Que volvieras a caminar, aun cojeando, era el mejor escenario que podíamos imaginar. E íbamos a decírtelo, por supuesto que sí, pero aquella primera semana te la pasaste entrando y saliendo de quirófano y no encontramos el momento. Por un lado, porque nunca estabas del todo consciente, con tanta medicación, anestesias y demás. Y por otro, porque con cada operación iba cambiando la situación y lo que sí teníamos claro es que no te diríamos nada hasta que fuera seguro y en firme.

—¿Y en casi un año no habéis encontrado el momento para hacerlo? —le preguntó, con la voz teñida de ironía.

—Te lo íbamos a contar la tarde en que Donnie encontró la posibilidad de que te incorporaras a MobApp Technologies. Te juro que esa tarde tu padre y yo íbamos a hablar contigo para exponerte tu nueva situación, pero, cuando llegamos al hospital..., te vimos ilusionado. Era el primer día que sonreías desde el accidente. Y no nos podíamos arriesgar a que decidieras tirar por tierra aquella oportunidad.

—¿Y después?

—Nick, tú has sido impecable en tu recuperación porque soñabas con volver a jugar. Y a mí se me ha roto el corazón cada vez que te veía ilusionado con ello. A mí, a tu padre, a Matt, a Donnie... Pero nosotros sabíamos que todo ese esfuerzo en la rehabilitación, todo lo disciplinado que has sido, iba dirigido a un objetivo mucho más importante que volver a jugar al fútbol. Teníamos que conseguir que volvieras a caminar.

—Pues ya ves. Ni siquiera eso os ha salido bien.

—¿Que no nos ha salido bien? —Su madre se indignó, y Nick se alegró de tener al menos una rival dialéctica a su altura—. Un día nos dijeron que lo más probable era que tuvieran que amputarte la pierna. Al día siguiente, que habían conseguido salvártela, pero que era casi imposible que pudieras caminar sin muletas. ¿Y de verdad crees que el hecho de que cojees un poco o tengas que usar un bastón a menudo es *no salirnos bien*?

—Me largo —dijo Nick, sin responder a su madre, en cuanto acabó de cerrar la cremallera de su mochila. Para ese momento, los otros tres miembros de su familia se habían reunido en el pasillo, detrás de ella.

—Nick, por favor, quédate al menos unos días —le pidió su hermano Matt, y en ese momento Nick se dio cuenta de que no le escuchaba la voz desde hacía horas.

—Lo siento, ya he cambiado el vuelo.

—Nick... —le advirtió su padre.

—Y no tengo ganas de veros la cara a ninguno, sinceramente. Sé que necesitaré tiempo para asumir que no volveré a jugar al fútbol, pero mucho más me hará falta para entender cómo habéis podido mentirme todos durante tanto tiempo.

Su familia no dijo nada más. Su madre lloró, su padre la consoló, Matt se quedó parado en el pasillo y solo Donnie susurró, a su paso, un «lo siento» que a Nick se le clavó en el alma. Había pedido al taxi que lo esperara y el taxista cumplió, así que en apenas cuarenta minutos entraba en el aeropuerto de Boston, conseguía su tarjeta de embarque y pasaba el control de seguridad.

Y fue allí, en la zona de embarque de su vuelo hacia San Francisco, cuando todo lo ocurrido en las últimas horas cayó como una losa sobre él. Y lloró. Solo y sin ganas de ver a nadie. Solo de hundirse en el fango de aquella nueva situación en la que su peor enemigo era una parte de su propio cuerpo.

El hundimiento

Lena había aprendido en pocos minutos a utilizar cualquier *gadget* electrónico que la vida hubiera puesto en su camino. Pero aquella tarde estaba poniendo en duda sus capacidades mientras sostenía en la mano las planchas del pelo que Annie le había prestado. En un arrebatado de coquetería que, aunque quisiera negarlo, tenía bastante que ver con la presencia de Nick en su vida, Lena había decidido dejarse crecer el pelo. Aquella apuesta por la comodidad que suponía no tener que preocuparse cada mañana más que por repasar un poco de champú por su cabeza se había quedado en el camino, en beneficio de la posibilidad de que Nick hundiera las yemas de sus dedos entre los mechones de su pelo castaño. Que seguía siendo muy corto aún, pero ya empezaba a hacerle cosquillas en la nuca. Casi tantas cosquillas como le provocaba la idea de volver a ver a Nick esa noche, ya recuperado de su operación, caminando, feliz, deseando reincorporarse a su equipo, esperando retomar, que retomaran juntos, el resto de sus vidas.

Pero, volviendo al tema que preocupaba a Lena en aquel momento, no acababa de encontrarle sentido a las planchas del pelo. Annie le había explicado cómo podía darle forma a aquel peinado que ni era ya corto ni llegaba todavía a media melena, pero Lena no había retenido demasiada información. O, al menos, no estaba muy convencida del resultado. Acabó por desenchufar aquel aparato del demonio y pasó a la tarea de maquillaje, que tampoco es que fuera su gran especialidad, pero algo había aprendido. Y quería verse guapa aquella noche, porque le había prometido a Nick una cena especial y pensaba cumplir.

Volvió a comprobar su móvil y frunció el ceño al ver que Nick no le había respondido a los últimos mensajes. Quedaban aún unas horas para que regresara, así que imaginó que estaría volando en aquel momento, y que las últimas horas en Boston las habría pasado con sus padres y sus hermanos y no habría tenido demasiado tiempo para ella. Unas cuantas horas después, Lena se preguntaría cómo había podido ser tan inocente para no imaginar que algo podía estar yendo mal, pero en aquel momento... el amor la tenía obnubilada. No había otra explicación.

Lena se sentó a la mesa del despacho y acabó de responder a unos *mails* que había dejado a medias cuando la cuestión de arreglarse el pelo se había convertido en una prioridad. Ver para creer. Su mirada recaló en los billetes de avión que sobresalían de una caja que tenía sobre el escritorio y sintió un vuelco en el estómago. Aquellos días separada de Nick le habían servido para tomar la decisión definitiva. Se quedaba. Dejaría pasar aquella oportunidad de Londres, pero no sin antes haber meditado mucho sobre ello. Por un lado, la empresa le había asegurado que podría aprovechar aquella oportunidad otro año, en otro momento en que ella lo considerara más oportuno, en cuanto surgiera otro proyecto similar. Y ella consideraría que esa oportunidad sería perfecta cuando Nick retomara su carrera deportiva y se pasara el año viajando por el país. Entonces, la separación se haría menos dura.

Al fin Lena se había convencido de que la relación con Nick tenía futuro. Ya no temía que las separaciones forzadas fueran a suponer el final de lo suyo. Quizá la mejor prueba de ello había sido Nick contándole por teléfono, un par de días atrás y con toda la naturalidad, que les había hablado a sus padres y hermanos del alcance de su relación, y que su madre ya se había venido arriba y estaba planeando un viaje a California para conocerla a ella e, incluso, que las dos familias se conocieran. Nick y ella lo habían comentado entre risas nerviosas, pero sin los agobios que podrían haber llegado. Más bien... con ilusión. Que algo que iba tan rápido no diera vértigo le pareció a Lena una señal excelente.

Lena dio un respingo en su silla cuando escuchó un golpe sordo proveniente del pasillo. Lo achacó a que algún compañero de edificio hubiera salido con demasiadas prisas, dando un portazo. Pero a continuación escuchó un estruendo como de muebles cayendo, de algo rompiéndose... y un escalofrío la recorrió entera cuando estuvo segura de que esos ruidos provenían del apartamento de Nick. Cerró la tapa de su ordenador, se puso una sudadera sobre la camiseta vieja que usaba para trabajar desde el apartamento y salió de su estudio, sin pensar siquiera en el evidente peligro que podría suponer que alguien hubiera irrumpido en el edificio para robar. Quizá fue la intuición, que le susurró a su subconsciente que no era eso. Que era algo todavía peor.

Lo que Lena encontró cuando salió al pasillo fue una imagen que sabía que no podría olvidar jamás. Que sería siempre para ella la imagen que debería aparecer en el diccionario junto a la palabra «dolor». Nick estaba en mitad de su estudio, despeinado, con unas ojeras aterradoras, una mueca casi inhumana en la cara y destrozando con una muleta todo lo que encontraba a su alcance. Bueno, mejor dicho..., solo las cosas relacionadas con su carrera deportiva. Sus trofeos, medallas, las fotos enmarcadas. Solo debía de hacer dos o tres minutos que había llegado, pero ya el suelo de tarima de su apartamento estaba lleno de fragmentos de madera, metal y mucho, muchísimo cristal.

—¡Nick! —Lena gritó para llamar su atención, pero él ni siquiera la escuchó a la primera—. ¡Nick, joder! ¡¿Qué te pasa?!

Ahí sí que él echó una mirada en su dirección, pero no dejó de hacer lo que estaba haciendo: expulsar la furia de su cuerpo a fuerza de destrozos. Parecía poseído, pero Lena no tuvo miedo. Siguió acercándose, hasta que él tuvo que dejar de mover la muleta para no llevársela por delante.

—Vete, Lena.

—No pienso irme a ninguna parte.

—No quiero que veas esto.

—Ni yo quiero verlo, así que lo mejor que puedes hacer es parar.

Esas palabras parecieron hacerlo reaccionar, porque dejó de romper cosas —tampoco es que quedaran muchas disponibles, a no ser que se decidiera por el ordenador, y eso podría crearle graves problemas en la empresa—, pero no reaccionó. No habló. No la miró. No parecía siquiera respirar.

—¿Qué ha pasado, Nick? —se atrevió a preguntar Lena, en un susurro. Él seguía de espaldas a ella, como si no se atreviera ni a mirarla.

—Vete, Lena.

—Me parece que no lo has entendido. —El tono de ella fue duro—. No me voy a marchar. No hasta que me digas qué te ha pasado y pueda dejar de preocuparme y de imaginarme las peores opciones posibles.

La escena, vista desde fuera, era desoladora. Un suelo cubierto de escombros. Una chica en su silla de ruedas con los ojos llenos de lágrimas. Un chico de pie, apoyándose precariamente en una muleta, dándole la espalda porque no tenía valor para hablar mirándola a los ojos. Y una tristeza espesa, como un gas que tiende a ocupar todo el espacio.

—Soy un inútil, Lena. Un puto gilipollas. Y me he jodido la vida.

—Joder, Nick. —Lena avanzó solo unos centímetros en dirección a él. Escuchó el crujido de los cristales bajo las ruedas de su silla, que en medio de aquel silencio sonaron como un estruendo—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado en Boston?

—No voy a volver a jugar al fútbol nunca.

—¿Qué?

—Nunca. Se acabó. Mi pierna nunca estará lo suficientemente recuperada como para que pueda volver a jugar. Adiós a mi carrera.

—Dios mío, Nick... Lo sien...

—Y no solo eso —la interrumpió—. No solo no voy a poder volver a jugar al fútbol nunca, cuando es la única puta cosa que siempre he soñado hacer. Es que ni siquiera me recuperaré lo suficiente para caminar bien. Me pasaré el resto de mi vida dependiendo de esta mierda. —Levantó la muleta un poco—. Ni siquiera he cumplido los treinta y ya soy un jodido cojo con bastón.

—Nick...

—¡Deja de decir mi nombre! ¡No quiero ni escucharlo! —Levantó de nuevo la muleta, esa vez con más violencia, y volvió a emprender su guerra contra los objetos que quedaban a su alcance—. ¡A la mierda todo! ¡¡A la mierda, joder!!

A Lena, en ese momento, le dio igual arriesgarse a llevarse un golpe de muleta en su cuerpo. Sabía que Nick jamás le haría daño intencionadamente, ni siquiera en el estado de enajenación en el que se encontraba. Así que se acercó definitivamente a él, lo abrazó por la cintura y apretó hasta que consiguió que él soltara la maldita muleta, que cayó al suelo con un golpe sordo.

Nick se trastabilló cuando perdió el apoyo de la muleta. Podría haberse apoyado en el escritorio, pero no lo hizo, así que cayó al suelo. Lena no supo reaccionar de otra manera que deslizándose de su silla, sin soltar en ningún momento la cintura de Nick. Los dos cayeron, con sus cuerpos desmadejados pero unidos, a aquel suelo que parecía una zona de guerra.

Y entonces Lena lo sintió. Que la furia se había ido. La ira se había apagado. Y solo quedaba un hombre destrozado, que se derrumbó entre sus brazos.

—¿Qué va a ser de mí, Lena? ¿Qué va a ser de mí...? —se lamentó Nick, después de un buen rato, con la voz rota y los ojos inundados de lágrimas. Toda su energía anterior acababa de convertirse en un llanto desbordado.

Lena supo que no era momento de las palabras. Que no era momento de decirle que de todo se sale, que todo se puede superar con la actitud correcta. Que a cada uno le dolía su propia lesión, lógicamente, pero que, si se comparaba con mucha otra gente —con ella misma, sin ir más lejos—, era un auténtico privilegiado. Que podría caminar, con dificultades, sí, pero caminar. Que aprendería a controlar el dolor, a vivir con ello. Que el fútbol se había acabado y era una pena, porque nadie con tanto talento debería tener que renunciar a él por una mala jugada del destino, pero que a él le apasionaba su trabajo como informático, y era muy bueno en él, así que en el futuro también brillaban muchas luces, no solo las sombras en las que él llevaba envuelto desde que se había enterado de la noticia. Y sobre todo podría haberle dicho que ella lo iba a querer para siempre. Y que con amor, juntos, podrían superarlo todo.

Pero no dijo nada de eso. Ni de eso ni de ninguna otra cosa. Se limitó a abrazarlo, con tanta fuerza que no le extrañaría que a él le hubiera costado respirar. A acariciar su pelo, su piel. A hacerle sentir amor a través del tacto, de la cercanía. Compañía, consuelo. Quizá es que no sabía qué más hacer. Estaba perdida. Nunca hasta ese momento se había dado cuenta de cuántísimo lo quería, porque el dolor de él lo asimiló Lena con tanta fuerza que se le coló bajo la piel.

Poco a poco, el llanto histérico de Nick fue remitiendo hasta convertirse en un sollozo calmado. Tenía la respiración irregular, hipaba, pero no hablaba. Tampoco la rechazaba. Lena no podía saberlo, pero en la mente de él había un único pensamiento: que no podría haber soportado aquel dolor sin ella agarrada a su espalda, recordándole que la vida aún merecía la pena.

Era ya noche cerrada cuando la respiración de Nick se regularizó. Pero no fue porque se

hubiera calmado, sino porque el sueño lo había vencido. Ya ni sabía cuántas horas llevaba despierto, con el cuerpo cargado de tensión, con un vuelo infernal de costa a costa con los nervios de punta... y aquel arrebato de ira que sabía que pronto lo avergonzaría.

Lena tenía miedo a que algún cristal se les estuviera clavando en las partes del cuerpo que no estaban protegidas por la ropa, y también a que su vejiga no aguantara demasiado. Por suerte, había ido al cuarto de baño solo unos momentos antes de que estallara la tormenta. Cerró los ojos un segundo y se sintió tentada a dormir un rato. Unos minutos, aunque fuera. Abrazada a Nick, sintiendo su dolor remitir. Pero no podía. Su mente se había convertido en un batiburrillo de emociones confusas que necesitaba aclarar. Esperaría. Esperaría unos minutos, quizá un par de horas, hasta que estuviera completamente segura de que Nick estaba profundamente dormido, aunque fuera en la peor superficie posible. Y aprovecharía ese tiempo para tratar de aclarar su mente, que cada segundo estaba más nublada y triste.

La decisión más difícil

Lena se quedó dormida, pero Morfeo no la retuvo más de diez o quince minutos. Abrió los ojos espabiladísima, más que nunca, como si todo lo sucedido en las horas anteriores apareciera ante ella para recordarle que algo horrible había ocurrido. Algo que iba a cambiar sus vidas, las de los dos, sin que Lena supiera qué hacer para evitarlo.

Lena se movió un poco y un par de cristales se le clavaron en la tela gruesa de su pantalón de chándal. Antes de subirse a su silla —algo que no siempre era fácil partiendo desde el suelo—, apartó los *escombros* más gruesos y los tiró a la papelera de debajo del escritorio de Nick. Lo miró. Seguía dormido como un tronco. Era normal. Lena no podía ni imaginar cuantísimas horas llevaba despierto, por no hablar de la terrible tensión, ira y pena que llevaba soportando desde que había salido de la consulta de su médico en Boston.

Lena lo miró una vez más. Y, antes de salir por la puerta de su apartamento, otra más. Lo que fuera para que no se le olvidara su cara, aunque fuera en su peor versión. Incluso dormido, Nick estaba atravesado por un rictus de dolor. Lena no podía soportarlo, su instinto le pedía a gritos volver a tirarse al suelo, abrazarlo y dejar que el dolor se diluyera poco a poco en un llanto compartido.

Pero sabía que eso no era lo correcto. Maldita fuera su perspicacia por saberlo, por habérselo dicho tan claro en las horas entre la vigilia y el sueño que había pasado entre cristales y destrozos. Los destrozos de lo que Nick y ella habían sido. De lo que habrían podido llegar a ser.

Lena entró en su apartamento ya llorando desesperada. No era un llanto tranquilo, no eran lágrimas que caían de sus ojos con calma. Era más como el estallido de un bebé al que le quitan el chupete. Como el de una mujer a la que se le escapa entre los dedos el amor de su vida.

Las palabras de Nick reverberaban en su mente. «Soy un jodido cojo con bastón». «Me he jodido la vida». Lena sabía bien de qué iba aquello. Algo había aprendido en la vida ella sobre la manera en que el mundo parecía estrecharse cuando el cuerpo te traicionaba. Sabía que a Nick le dolía haber perdido la posibilidad de volver a jugar al fútbol, pero... aunque él aún creyera que sí, no era eso lo que estaba destrozándolo. Su subconsciente habría sido más rápido que él y estaría visualizándose con todas las limitaciones que una lesión crónica le impondría a su estilo de vida. No volver a correr, a saltar, a jugar una pachanga improvisada con amigos. Tener que llevarse su bastón a todas partes, al trabajo, a una cena romántica, a un viaje. No volver a soñar con recorrer una ciudad haciendo turismo como cualquier persona de su edad. No ir a ningún sitio sin sus pastillas, para atajar en la medida de lo posible el dolor que siempre lo acompañaría.

Nick saldría adelante. Lena lo sabía. Porque sabía que el ser humano es siempre más fuerte de lo que cree, y a todo se sobrevive, incluso a la situación más adversa. Tardaría en asumirlo, tal vez, pero acabaría por hacerlo y tendría una vida plena. Encontraría la manera de practicar deporte en sus circunstancias, porque quienes amaban el ejercicio físico siempre encontraban una ventana cuando una puerta se cerraba. Y viajaría por el mundo, saldría con sus amigos, se divertiría sin más preocupaciones que un bastón o un analgésico. Que lo viera como el fin del mundo o un pequeño peaje a pagar por un mal guiño del destino era solo una cuestión de perspectiva.

Pero algo le había quedado muy claro a Lena. Nick no quería un futuro condicionado por la discapacidad. Y la quería. Sí, Lena tenía muy claro que Nick la quería. Y ella lo quería tanto a él que haría lo más difícil a lo que tendría que enfrentarse en toda su vida. Renunciaría a él para que

él no tuviera que renunciar a nada. Porque Lena tenía muy asumida su discapacidad y había dedicado más de una década a adaptar su realidad a las cosas que le estaban permitidas. Viajaba poco, porque sabía que cada desplazamiento en avión implicaba reservar los vuelos explicando toda la asistencia que iba a necesitar —y cruzando los dedos para que las atendiera un empleado de la compañía aérea diligente—, sufrir un montón de incomodidades en el control de seguridad, ver facturada su silla y rezar muy fuerte para que llegara sin daños al destino... Por no hablar de lo poco divertido que era hacer turismo sabiendo que sus únicas opciones eran no alejarse más de cuatro horas de una habitación de hotel adaptada a discapacitados o cargar con la maldita bolsa y el catéter. Tampoco es que fuera la reina de la noche en cuanto a salir de fiesta. Y lo de cenar fuera... solo lo hacía de vez en cuando y sin arriesgar nada; siempre acudía a un par de restaurantes que conocía y sabía que se tomaban en serio lo de no tener barreras arquitectónicas.

Para ella su vida era perfecta, sobre todo desde que Nick había aparecido y el sol parecía brillar con más fuerza por las mañanas, pero Lena era consciente de que su vida era limitada. Y Nick había dejado claro, sin darse cuenta, que él aspiraba a una vida plena. Si se consideraba a sí mismo un «jodido cojo que se ha jodido la vida», ¿qué pensaría de ella?

Lena no habló con nadie. Porque era de madrugada, para empezar. Pero sobre todo porque sabía lo que le dirían. Que Nick siempre la había tratado de igual a igual, que él la quería tal como era... Y Lena no necesitaba que nadie le recordara todo eso, porque lo sabía mejor que cualquier otra persona. Pero también sabía, no tanto por experiencia como por sentido común, que el amor loco y desbordado duraba un tiempo, no era eterno. Que Nick la quería tanto que renunciaría a viajar, a salir, a muchas cosas, por estar con ella. Pero quizá en tres años, o en cinco, o en diez, aquellas limitaciones empezarán a pesarle. Y miraría con envidia a sus amigos, que tenían la libertad de hacer lo que les diera la gana sin miedo a que sus novias se hicieran pis —o algo peor— encima si pasaban demasiado tiempo lejos de un cuarto de baño. Y tal vez acabaría por conocer a otra mujer, una que no le coartara el futuro como ella lo haría.

Y Lena no podría soportarlo. Prefería el dolor desgarrador de renunciar ahora a él que la muerte en vida que supondría perderlo cuando ya se hubiera acostumbrado del todo a que él fuera su otra mitad. Lena supo que era amor de verdad, el más puro del que jamás hubiera tenido noticia, cuando fue consciente de que iba a renunciar a Nick para regalarle la vida que él merecía. Lo quería más de lo que se quería a sí misma.

Lena levantó la tapa de la caja donde guardaba los billetes de su viaje a Londres y los miró con los ojos velados por las lágrimas. Llevaban allí aguardando su decisión desde hacía semanas. Su visado estaba correctamente estampado en su pasaporte. Los jefazos ni siquiera sabían qué decisión había tomado, porque habían dejado toda la responsabilidad sobre sus hombros. Podría irse. Podría quedarse. La decisión era un cara o cruz en el que estaba en juego el resto de su vida.

Y decidió irse. Porque sabía que no podría mantenerse alejada de Nick si seguía teniéndolo a dos pasos de distancia en el edificio de apartamentos y en el escritorio de al lado en la oficina. Porque con una sonrisa podía desarmarla y con una mirada, leer dentro de ella. Necesitaba distancia. Un océano no le parecía suficiente en aquel momento, pero tendría que valer. Cuando su estancia laboral en Londres terminara, Nick ya habría acabado sus prácticas y estaría de vuelta en Boston, o en cualquier otro punto del país a donde lo llevara su buen hacer laboral.

Lena lloraba desconsolada mientras se dirigía a la ducha. Se dejó allí, bajo el agua caliente, las últimas lágrimas que se permitiría derramar. Era mentira, sabía que le quedaba mucho por llorar, pero quiso pensar que sí. Demoró un poco el proceso de lavarse el pelo, no porque quisiera llegar radiante a Inglaterra —nada la ilusionaba ya en aquel proyecto—, sino porque aún conservaba la esperanza de que Nick apareciera y la hiciera cambiar de idea. Por muy firme que

fuera su convicción... la carne es débil.

Se vistió, echó un vistazo al que había sido su hogar durante cinco años y cogió su mochila grande, la que utilizaba para los viajes en avión. La llenó de ropa sin demasiadas ganas, metió sus artículos de aseo y guardó los útiles de primera necesidad en otra mochila más pequeña, de la que no pensaba separarse. Se colocó el catéter con la bolsa para poder viajar sin preocuparse por sus necesidades fisiológicas. Comprobó que llevaba a mano el móvil, la cartera, el pasaporte y los billetes... y abrió la puerta.

Un estremecimiento la recorrió entera cuando pasó ante la puerta de Nick. No pudo evitar mover un poco su silla de ruedas hasta escuchar si él se movía dentro. Pero no. El silencio era sepulcral en aquellas primeras horas de un día que Lena sabía que sería más gris que ningún otro. Nick debía de seguir dormido, y Lena se quiso abofetear mentalmente cuando el primer pensamiento que acudió a su cabeza fue que él despertaría con un terrible dolor de espalda y en su pierna mala.

Era hora de dejar de pensar en Nick. Una nueva vida, una que no tenía ni un ápice de ilusionante, se extendía ante los ojos de Lena. Cogió su teléfono móvil, pidió un taxi adaptado desde su *app* y esperó a que llegara, con los ojos secos ya, pero con un nudo en el pecho que tenía miedo de que nunca llegara a disolverse.

El trayecto hacia el aeropuerto fue una pesadilla. Largo, incómodo, lleno de dudas y miedos. Y de culpabilidad, porque no dudaba que, en un primer momento, le iba a hacer muchísimo daño a Nick. Pero cada minuto que pasaba, Lena lo tenía más claro: aquello era lo mejor para él a largo plazo. La olvidaría, seguiría con su vida y se acostumbraría a una rutina en la que las limitaciones eran inmensamente inferiores a las que sufriría junto a una mujer paralizada del ombligo hacia abajo. Si él no hubiera dicho aquello, si no hubiera pensado en sus circunstancias como una *vida jodida*, ella podría haber pensado que quizá tendrían una oportunidad, pero... no quería ser ella quien acabara de jodérsela. Londres era la respuesta. Londres sería su refugio.

Los trámites en el aeropuerto no fueron mucho mejores que el trayecto en taxi. Siempre era pesado viajar cuando se dependía de los servicios de asistencia a personas con movilidad reducida de los aeropuertos, pero aquella mañana a Lena se le hizo aún más cuesta arriba. Solo cuando se encontraba ya ante su puerta de embarque, con más de dos horas por delante para la salida del vuelo, se permitió dar rienda suelta a sus emociones. Y ni siquiera le importó que algunos desconocidos le dedicaran una mirada compasiva. Ya bastante pena daba habitualmente en su silla de ruedas; las lágrimas no ayudaban. Pero le dio igual. Aquellas lágrimas no reflejaban ni un uno por ciento de la desolación real que sentía.

El avión procedente de Londres llegó, el personal de la compañía aérea inició el proceso de embarque y Lena, como siempre, tuvo que esperar al final para acceder en la silla de ruedas provisional de la compañía aérea. El único punto de fortuna del día fue recordar que la empresa le había reservado un asiento en primera clase; no creía que pudiera soportar a un par de compañeros de viaje que pretendieran darle conversación. Una azafata se acercó a preguntarle si deseaba beber o comer algo, o si había algo que pudiera hacer para que el viaje fuera más cómodo. Lena solo pidió una manta, se arrebujó en ella y suplicó que no la molestaran en las nueve horas de vuelo. Corrió la cortinilla que le daba intimidad, cerró también la de la ventanilla y dejó que la oscuridad la engullera. No es que fuera a dormir, a pesar de que se encontraba agotada, pero le pareció que aquella negrura que la rodeaba era ideal para combinar con su estado de ánimo. Una nueva vida empezaba, pero Lena lo veía todo oscuro. Muy oscuro. Negro.

Un escalofrío en la espalda

Nick se despertó en el suelo de una habitación vacía, de una que conocía bien; una en la que había sido feliz durante muchos meses y a la que había llegado apenas unas horas antes con la peor noticia de su vida cargando sobre sus hombros. Un escalofrío le recorrió la espalda. Y ese escalofrío no tuvo nada que ver con el dolor lacerante que le atravesaba la pierna izquierda; no se había tomado los analgésicos que le habían prescrito. Tampoco, por extraño que pareciera, tuvo relación ese escalofrío que cosquilleaba en su columna vertebral con las horribles noticias del día anterior.

Solo había una causa para que Nick se estremeciera. El miedo. El pánico. El pavor. Porque puede que Nick solo amara a Lena desde hacía unos meses, pero habían sido los mejores meses de su vida y había llegado a conocerla bien. Lo suficiente como para saber que ella jamás se habría marchado de su lado, sabiendo lo mal que estaba Nick. Así que... algo tenía que haber ocurrido.

Cuando se decidió a levantarse del suelo, la pierna le envió tal latigazo de dolor que estuvo a punto de volver a tirarlo. Apretó los dientes, echó mano de su mochila y se tragó dos analgésicos sin siquiera recurrir al botellín de agua que siempre tenía a mano. Los cristales crujían bajo las suelas de las zapatillas que ni siquiera había llegado a sacarse la tarde anterior. Nick tuvo que cerrar los ojos cuando vio algunos de los trofeos de los que más orgulloso se sentía, aquellos que había querido llevarse con él a San Francisco, convertidos en pedazos por una furia que jamás había sentido hasta aquel momento. Se apoyó durante unos segundos en el respaldo de la silla de su escritorio, para intentar recobrar al mismo tiempo la calma, el aliento y las ganas de vivir. Lo consiguió solo a medias... o menos que eso. Pero reunió el valor suficiente para recoger los trozos más peligrosos de cristal y metal que continuaban esparcidos por todo el espacio y para coger su bastón —ese que tanto odiaba— e ir a buscar a Lena.

Llamó varias veces a su puerta, pero no encontró respuesta. Cruzó los dedos para que ella estuviera dentro, ignorándolo por alguna razón que a él se le escapaba, ya que lo último que recordaba antes de caer dormido por el agotamiento y el llanto era tenerla a ella aferrada a su cintura, susurrándole palabras de amor, de consuelo y de compañía. Cuando ya fue evidente que ella no iba a abrir la puerta, Nick se aventuró a violar un poco su intimidad. No era algo de lo que fuera a sentirse especialmente orgulloso, pero la causa lo merecía. Razones de fuerza mayor. Nick conocía el código de apertura de la puerta de Lena, así que tecleó 6895 en el teclado numérico que había junto a la cerradura. Y escuchó como esta cedía.

Nada. Ni rastro de Lena dentro del estudio. La cama sin deshacer, impoluta, lo cual descartó la opción más esperanzadora: que la incomodidad de dormir en el suelo junto a él la hubiera hecho salir huyendo hacia la tranquilidad de su dormitorio. Pero no... Nick la conocía demasiado bien como para no haber descartado aquella opción antes siquiera de entrar en el apartamento.

El baño no le ofreció mejores resultados. Allí tampoco estaban Lena ni... —lo que era mucho peor— tampoco su neceser. Nick podría tener problemas crónicos de movilidad en su pierna izquierda, pero sintió que corría hacia el armario de Lena. Y lo que encontró allí hizo que la desolación empezara a colonizar su cuerpo. Mejor dicho... lo que *no* encontró. Ni rastro de su ropa. Tampoco su mochila de viaje se encontraba en el suelo, detrás de los zapatos, donde siempre la tenía guardada. No vio tampoco su portátil sobre el escritorio, ni la *tablet*, ni los diferentes cargadores que siempre utilizaba. Solo le quedaba un cartucho. En una caja floreada

en la balda sobre el escritorio, Lena guardaba todos los documentos importantes. Allí llevaban semanas sus billetes de avión a Londres, a la espera de que ella decidiera utilizarlos o no. Nick levantó la tapa de la caja casi con la total certeza de que su corazón iba a romperse en mil pedazos. Y lo hizo. Vaya si lo hizo.

En aquella caja cuyo estampado parecía tan alegre, Nick no encontró los billetes.

Lena se había marchado.

Nick tardó en reaccionar algunos minutos. No entendía lo que podía haber pasado. No era capaz de comprender cómo la mujer de su vida —y tenía muy claro que Lena lo era— podía haberlo abandonado menos de veinticuatro horas después de que él recibiera la noticia más devastadora, la que ponía su futuro patas arriba y condicionaba su estilo de vida para siempre. Quiso odiarla, pero no pudo. No pudo porque la amaba demasiado.

No quiso preguntarse por los motivos. No todavía. Su mente siempre había sido resolutiva, tanto en las canchas de fútbol como en las clases de ingeniería. Y en aquel momento tenía que intentar detener a Lena, hacer aquello en lo que había decidido durante meses no interponerse: tenía que evitar que cogiera aquel vuelo.

Nick hizo memoria y recordó que el avión salía a las nueve y media de la mañana. Eran las nueve menos cuarto, estaba seguro de que ella, amante del control y la puntualidad como nadie, habría atravesado ya el control de seguridad. La llamó al móvil una y otra vez mientras se dirigía a su habitación a coger su pasaporte, su tarjeta de crédito y poco más. El teléfono de Lena estaba apagado. En realidad, Nick ya sabía que lo estaría antes de marcar. Usó la *app* de su móvil para llamar un taxi y salió a esperarlo a la puerta. Por primera vez en su vida, pensó que ojalá fuera fumador, para poder matar aquella espera de alguna manera.

Cuando al fin llegó el taxi, Nick no perdió el tiempo. Primero, introdujo en Google Maps la dirección del aeropuerto de San Francisco, para tener controlada la hora de llegada. Según la aplicación, estarían allí poco después de las nueve y diez, así que había una esperanza de poder alcanzarla. También entró en la web de British Airways y compró un billete en el mismo vuelo en el que Lena tenía intención de cruzar el Atlántico. Le serviría para atravesar el control de seguridad de la terminal de vuelos transcontinentales y, en última instancia, para subir a la aeronave y acompañar a Lena si ella no cedía a quedarse con él. Comprobó su pasaporte tres veces, hasta que estuvo completamente convencido de que estaba en vigor y con el visado necesario para acceder al Reino Unido. Bendito viaje a Londres con sus hermanos un par de años antes. Entre cada uno de esos trámites, seguía llamando a Lena, pero aquel móvil estaba apagado o fuera de cobertura... a perpetuidad, al parecer.

Nick usó una táctica algo cutre que había visto a sus compañeros de equipo más veteranos llevar a cabo varias veces, y le acercó al taxista un billete de veinte dólares en concepto de propina anticipada si le daba un poquito de caña extra al acelerador. Este aceptó y el marcador de Google Maps disminuyó la hora de llegada al Aeropuerto Internacional de San Francisco a las nueve y siete minutos. Todo iba sobre ruedas, nunca mejor dicho.

En aquella carrera frenética que le había puesto las pulsaciones a mil por hora, Nick se vio convencido por momentos de que llegaría. De que lo que fuera que hubiera impulsado a Lena a huir de él sería un malentendido sin importancia. Que lo arreglarían. Se abrazarían. Se besarían. Regresarían a casa juntos. O, qué coño, se irían a Londres, ahora que él ya no tenía una pretemporada a la que reincorporarse y su contrato de prácticas estaba a punto de expirar. Harían el amor. Se dirían de una vez todo lo que sentían, más incluso de lo que ya habían hecho hasta entonces. Siempre había sido un jodido optimista nato; iba a conseguirlo.

Todo se torció a menos de tres kilómetros de la terminal de salidas del aeropuerto. Una

furgoneta de reparto había tenido un accidente, sus puertas se habían abierto, un montón de cajas habían volado por los aires, cubriendo el asfalto de la autopista y la policía había restringido los cuatro carriles habituales a solo uno. Se había montado un atasco brutal, de esos que solo en California —o quizá en Pekín— tienen sentido. Y de los que todo el mundo sabe que siempre se sale con un tremendo retraso en los planes previstos inicialmente.

Solo quedaba una esperanza, sobre todo desde el momento en que, a las nueve y treinta y siete minutos, Nick vio un Boeing 747 de British Airways surcar el cielo de San Francisco. Que Lena también se hubiera visto envuelta en aquel atasco, que por alguna razón desconocida se hubiera retrasado en su camino al aeropuerto y no estuviera dentro de aquel avión que Nick ya odiaba de forma irracional.

Al final, Nick consiguió atravesar las puertas automáticas de la terminal pasadas las diez de la mañana. Llevaba tantas horas recibiendo una mala noticia tras otra que apenas podía creer que, solo un día antes, pensara que su vida estaba a punto de cambiar para bien, con una recuperación lenta pero segura de su lesión en la pierna izquierda. Joder con las últimas veinticuatro horas. Qué pesadilla tan real.

Renqueando, y después de haberse dejado un pequeño gran mordisco de su fortuna en forma de pago al taxista, se acercó al mostrador de British Airways. Sabía que, por motivos de protección de datos personales, no podrían decirle si Lena había subido o no a aquel avión, pero no perdía nada por intentarlo. Pero tuvo suerte. Un mínimo golpe de suerte en medio de aquel momento aterrador de su vida, en el que ni siquiera podía contar con su familia para que lo consolaran. Se sentía solo, triste y abandonado. El optimismo empezaba a esfumarse. Pocas cosas deseaba más que volver a su apartamento, abrazarse a su almohada y llorar hasta que las piezas de su puta vida encajaran de alguna manera que hiciera que el nudo de su pecho estuviera un poco menos apretado.

El golpe de suerte fue que un policía del control de seguridad lo reconoció. Era un fan de los New England Patriots en San Francisco, algo no demasiado sencillo de encontrar. Lo reconoció, lo paró y le pidió un autógrafo. Debía de ser muy muy fan para arriesgarse a la bronca que seguramente le caería si sus superiores se enteraban de aquella dejadez de funciones. Al principio, Nick hizo amago de cabrearse, porque cualquier cosa que lo alejara de su intención de encontrar a Lena era un obstáculo. Pero finalmente se dio cuenta de que tenía la respuesta ante sus ojos. Así que se dejó fotografiar, firmó dos o tres autógrafos para el policía y un par de miembros de su familia y, cuando el hombre dejó de preguntarle por su lesión —y Nick de esquivar respuestas que el equipo aún no había confirmado oficialmente—, soltó su pregunta:

—Oye, ¿podrías hacerme un favor?

—Por supuesto, por supuesto. Lo que quieras, Nick Webber. —Si Nick no hubiera estado tan amargado, se habría reído de esa manía extraña de los fans de llamarlo por su nombre y apellido—. Dime.

—El vuelo 3254 de British Airways ha despegado ya, ¿verdad?

—Pues tendríamos que mirarlo en las pantallas, pero creo que esta mañana no ha habido ninguna cancelación.

—Sí, en las pantallas dice que despegó, así que... ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Sí, claro, lo que quieras. ¡Mis padres no se van a creer que haya estado hablando con Nick Webber!

—Ya... ¿Has estado toda la mañana en el control de seguridad de esta terminal?

—Desde las seis en punto.

—¿Y por casualidad recordarás si habéis revisado a una chica...?

—Es imposible quedarse con todas las caras. A no ser que lleve una bomba o algo así. ¡Dios! No debería haber dicho eso. No le digas a nadie que lo he...

—¡Olvídalo! —Nick empezaba a impacientarse—. Esta chica en concreto es bastante fácil de recordar. Va en silla de ruedas.

—Mmmm... ¿Delgada, de pelo corto...?

—Gafas de pasta y aparato en los dientes —confirmó Nick y estuvo a punto de dibujársele una sonrisa al pensar en cuánto odiaría Lena esa descripción. Necesitaba con urgencia empezar a odiarla, porque quererla como lo hacía le estaba lacerando el alma.

—¡Sí! Pasó muy temprano, bastante tiempo antes de la salida de su vuelo. Me llamó la atención, aunque supongo que sería para prevenir dificultades, dadas sus circuns...

—¿Y no ha vuelto a pasar de regreso?

—No. —El policía frunció el ceño con gesto extrañado—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—No lo sé. —Nick sacudió la cabeza. La última esperanza había desaparecido—. Muchas gracias por todo. Da saludos a tus padres y... ¡vivan los Patriots!

En el camino de vuelta hacia la parada de taxis, Nick no pudo evitar preguntarse de dónde había sacado las fuerzas para decirle aquello a su nuevo fan número uno, pero tampoco se arrepintió. Al menos él le había confirmado su mayor temor. Ya no quedaban dudas. Lena se había marchado a Londres. Sin él. Sin comunicárselo siquiera. Sin encender el móvil para dejarle un triste mensaje o que él pudiera llamarla. Estaba solo. Jodidamente solo en el mundo.

Cogió un taxi de regreso a las instalaciones de MobApp Technologies. En esa ocasión fue rápido, y Nick lo agradeció, porque dudaba que le quedaran fuerzas para otro atasco. Entró en su apartamento y celebró en silencio el par de días que aún le quedaban de baja por su operación antes de incorporarse a una oficina que ni siquiera sabía cómo sería sin Lena en ella. Se quitó la ropa sin pensar. Se tomó otro analgésico porque, si conseguía dormir —cosa que dudaba—, se negaba a que el dolor actuara como despertador. Se metió en la cama. Se arropó. Y en algún momento el sueño lo alcanzó, mientras él no dejaba de pensar cómo su vida podía haberse torcido tantísimo en solo veinticuatro horas.

Hundidos

Después de la huida de Lena, dos personas quedaron hundidas, a casi nueve mil kilómetros de distancia la una de la otra. Lena estaba hundida en Londres, a pesar de que la experiencia profesional que estaba viviendo era ilusionante y una prueba de que se había hecho un nombre de prestigio en el sector. Llevaba solo dos días trabajando en la sede provisional de MobApp Technologies y ya se preguntaba si sería capaz de aguantar los tres meses que constaban en el contrato.

Por primera vez en su vida, a Lena no le funcionaba trabajar como bálsamo para cualquier dolor. Desde el primer momento, había intentado encerrarse en su ordenador para olvidar que Nick seguiría en San Francisco, que él había sido el gran amor de su vida y que lo había perdido para siempre. Pero las líneas de código se convertían en lágrimas con demasiada frecuencia. La única buena noticia que tuvo Lena en aquel momento fue que su trabajo era solitario, apenas tenía contacto con otras personas, así que pudo dar rienda suelta a su dolor sin preocuparse de que la miraran como si hubiera perdido la cabeza.

Era la primera vez que estaba al otro lado del charco. Siempre había soñado con conocer Londres, una ciudad que la apasionaba incluso en la distancia. En su cuarto de la casa de sus padres había un póster con la imagen del Puente de la Torre de Londres desde tiempos inmemoriales. Había querido conocer Piccadilly Circus, Oxford Street, Hyde Park y el palacio de Buckingham desde que era una cría..., pero ni siquiera lo había intentado. En la empresa le habían alquilado un pequeño estudio perfectamente adaptado a sus necesidades en la zona de Chelsea y allí se pasaba recluida todas las horas que no estaba en la oficina, que quedaba relativamente cerca. No quería ni pensar en la llegada del fin de semana, con tantas horas libres por delante —en Inglaterra, al parecer, no estaba demasiado bien visto lo de llevarse trabajo a casa en días libres, así que estaba jodida— y ninguna gana de lanzarse a conocer la ciudad.

Y sin embargo, a pesar de la magnitud de su pena, no era ese el mayor problema. Lo que le impedía incluso dormir por las noches era la incertidumbre. Lena había tenido muy claras sus razones para marcharse. Había sido la decisión más altruista de su vida: lo había dejado para asegurarse de que él tuviera una vida plena. Pero no podía evitar dudar. Un segundo pensaba que sí, que había hecho lo correcto, que él se recuperaría del *shock*, volvería a Boston y encontraría, antes o después, el amor en una chica con menos limitaciones que ella. Y al segundo siguiente se acordaba de las miradas que compartían, de las risas que habían sido el cimiento de una relación de amistad y amor a partes iguales, de las noches en que Lena conseguía olvidar que no tenía sensibilidad en la mitad del cuerpo porque Nick encendía todas sus terminaciones nerviosas... y dudaba.

Llevaba dos días y medio sin saber nada de él. En el *kit* de bienvenida que la empresa había preparado para ella, había un teléfono móvil de última generación con tarjeta SIM de una compañía británica. Eso le dio la excusa para ni siquiera encender su móvil americano, así que lo dejó en el fondo de un cajón —lo habría tirado al Támesis para asegurarse de no tener tentaciones de llamar a Nick llorando y suplicando su perdón— y solo le dio el nuevo número a sus padres y a Jamie, para que él hiciera de enlace si surgía cualquier circunstancia relacionada con el equipo, al que había dejado un poco colgado con su viaje.

—Te has equivocado, cariño. —Lena había llamado a su madre en pleno ataque de llanto y ella, después de consolarla con mimo, no había querido callarse su opinión.

—Mamá...

—No. *Mamá*, no. Lo mínimo que tendrías que haber hecho sería enfrentarte a la situación. Darle a él la opción de decidir. Sobre vuestra relación, no sobre el viaje a Londres. Pero no escaparte en mitad de la noche como una fugitiva, Lena.

—Si hubiera hablado con él... —Lena no acabó la frase. Emitió un suspiro por toda conclusión.

—Habría podido convencerte de que te quedarás, ¿no?

—Supongo.

—Pues eso significa que estás enamorada, Lena. Nick es un buen chico, nunca te convencería de que hicieras algo perjudicial para ti. Quizá lo mejor sería que lo llamaras...

—¡No! No, mamá. —Lena consiguió calmarse después de respirar hondo dos veces—. Este dolor pasará. Algún día quedará solo como una anécdota y él podrá ser feliz con otra persona.

—¿Y tú? ¿Tú te has condenado ya a no volver a ser feliz nunca?

—No... Yo... sobreviviré, supongo.

—Pues lo siento mucho, Lena, pero yo no quiero una hija que sobreviva. Quiero una hija con una vida plena. Piénsate las cosas, te lo pido por favor. Y tu padre te lo pide también. Y si nos necesitas, en doce horas estamos ahí, ¿vale?

—Vale, mamá, tengo que colgar, que estoy en medio de una programación complicada.

—De acuerdo. Te quiero, pequeña.

—Y yo a ti, mamá. A los dos.

Lena ni siquiera estaba trabajando en aquel momento, así que sintió el pinchazo de la culpabilidad por mentirle a su madre, que solo quería ayudarla. Pero es que no podía permitir que la duda se siguiera sembrando en su cabeza, porque estaba a punto de enloquecer. Dios... quienes decían que el amor dolía debían de referirse a eso, a esa herida punzante que tenía en el centro del pecho, como si alguien hubiera metido la mano en su caja torácica y le hubiera arrancado el corazón. Y lo peor de todo era que no se arrepentía de nada. De nada de lo bueno. Si hubiera tenido que volver a pasar por ese dolor a cambio de haber vivido unos meses como los que había compartido con Nick... no habría dudado en sellar el pacto.

Lena se juró una cosa. Se dio a sí misma una semana para llorar. Para lamerse las heridas y sufrir por la ruptura de una relación que había sido toda su vida durante meses. Seguiría todos los pasos que había visto mil veces en las películas: llorar abrazada a su almohada, recordar los buenos momentos vividos con Nick, aquel viaje a Los Ángeles, las noches compartidas, y dejar que esos buenos recuerdos se convirtieran en tristes cicatrices, escucharía música romántica hasta estar casi a punto de perder el juicio... y un buen día, al séptimo día, como Dios, resucitaría y disfrutaría de verdad de la experiencia de vivir en Londres. Se lo juró a sí misma. Y Lena jamás había faltado a una promesa, mucho menos a una hecha a su propia persona.

En San Francisco las cosas no iban mucho mejor. Nick había regresado aquella mañana del aeropuerto y no había vuelto a salir de su apartamento en setenta y dos horas. Sus compañeros de trabajo ni siquiera sabían que había regresado a California después de su operación. Mejor así. Ni quería visitas ni tener que justificar su mala cara y sus pocas ganas incluso de respirar. No había aparecido por el comedor; en su estudio guardaba algunos *snacks* y bebidas energéticas, y con eso había sobrevivido esos días. Tampoco es que tuviera muchas más ganas de comer o socializar...

Nick cogió el teléfono y marcó el número de Lena. Bueno, en realidad solo pulsó el acceso directo a esa llamada, que había configurado tras uno de los muchísimos intentos de ponerse en contacto con ella que había hecho aquellos días. Y el móvil seguía apagado. Nick incluso se asustó un poco al comprobar en la aplicación de llamadas de su teléfono móvil que llevaba ya más de cien intentos de ponerse en contacto con ella. Se juró a sí mismo —aunque no se lo creyó del todo— que aquella sería la última vez. No quería ser un acosador. Y era evidente que Lena no quería hablar con él.

Nick no era capaz de discernir cómo se sentía. Estaba triste, muy triste; eso lo tenía clarísimo. Pero también estaba enfadado. *Muy* enfadado con Lena. No entendía aquella huida en plena noche, como una fugitiva, dejándolo solo en el peor momento de su vida, después de sufrir una crisis nerviosa como nunca imaginó que podría ocurrirle.

Lena era una buena persona, Nick estaba seguro. Y no era el amor que lo cegaba, porque había tenido muchos meses para comprobar que era así. El amor lo cegaba, sí, pero de pena, no de confusión. Por eso estaba seguro, segurísimo, de que había algo oculto que a él se le escapaba. Algo que había desencadenado aquella decisión de Lena y que seguía manteniéndola a distancia.

Nick no le había hablado a nadie de lo ocurrido. Tampoco tenía a quién, habida cuenta de que no se hablaba con sus padres ni con sus hermanos y que sus amigos de Boston ni siquiera sabían que él tenía novia —¿aún la tenía?—. Solo le quedaba una opción para desahogarse y, después de tres días encerrado en un apartamento de treinta metros cuadrados a solas con sus recuerdos, sus dudas, sus lamentos y su pena, ya necesitaba airear un poco todo aquello que lo torturaba.

—Hola... ¿Jamie? —Nick tenía el teléfono de aquel exjugador de baloncesto con el que había compartido varias veladas agradables, pero la verdad es que era la primera vez que lo llamaba.

—Sí. ¿Quién eres? —preguntó Jamie al otro lado de la línea telefónica, aunque Nick tuvo la sensación de que sabía perfectamente quién era él.

—Soy... Nick. ¿Podemos hablar un segundo?

—Dime. —El tono de voz de Jamie fue seco, y Nick solo necesitó esa palabra para saber que no le iba a poner las cosas fáciles. Por Dios, ¿¿pero qué había hecho tan mal para que todo pareciera volvérselo en contra??

—No sé si estás al tanto de que Lena se ha marchado a Londres y...

—Lo estoy.

—Bien. Pues... resulta que lo último que yo sabía sobre ese asunto era que Lena había decidido quedarse en San Francisco. Me desperté una mañana y... se había marchado sin avisar. Además de que tiene el teléfono apagado desde que se fue.

—Y todo eso es asunto mío... ¿por alguna razón?

—Joder, Jamie. —Nick se mordió el labio para evitar gritar. Escuchó por detrás una voz femenina, supuso que de Annie, pero no fue capaz de entender qué decía—. No tengo ni idea de qué ha pasado, de por qué se ha ido sin avisar y por qué se niega a hablar conmigo.

—Ya, bueno. Es lo que hay.

—Jamie, joder, ¿tú lo sabes?

—Por supuesto.

—¿Y no puedes decírmelo? Necesito hablar con ella, entender...

—Mira, Nick, me caes bien, ¿vale? Pero si Lena ha decidido poner tierra de por medio entre vosotros, no seré yo quien la traicione. Si te sirve de consuelo, ella está bien, feliz con su trabajo en Londres y deseando seguir adelante. Y todos sus amigos vamos a estar a su lado para que lo consiga.

—Está bien, Jamie. Gracias... supongo. —Nick no quería ser borde, pero no pudo evitarlo—. Yo solo quería saber qué coño he hecho mal, porque te aseguro que no tengo ni idea.

—Pues dale un vueltecita, a ver si te sale.

Y dicho eso, Jamie Parks colgó el teléfono. Jesús, qué duro debía de haber sido enfrentarse a él en una cancha de baloncesto, si una conversación telefónica podía dejar así de exhausto a alguien.

En una preciosa mansión sobre las colinas de Pacific Heights, una mujer —también preciosa— esperaba a que su marido colgara el teléfono con los brazos cruzados sobre el pecho, una ceja arqueada y una cara de mala leche que podría haber acojonado al soldado más valiente.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jamie a Annie, con los ojos en blanco, aunque sabía perfectamente el sermón que se le avecinaba.

—¿A ti te parece normal tratar así al chaval?

—Que se hubiera pensado las cosas antes de hacer sentir una inútil a Lena.

Annie resopló. Mientras Nick se retorció de dolor en su apartamento de MobApp Technologies, Jamie y Annie se habían pasado horas discutiendo. Desde el momento en que Lena se había puesto en contacto con Jamie para darle su número de teléfono británico y él había acabado sonsacándole toda la historia. Luego Jamie se la había contado a Annie —no es que se arrepintiera de haberlo hecho ni nada, *ejem*—, y el resto era historia.

Annie estaba convencida de que todo había sido un desgraciado malentendido. Que Nick había hablado en caliente, sin saber muy bien qué decía, y que por nada del mundo creería que una vida junto a Lena, con todas sus dificultades, sería una vida peor. Jamie era más radical. Siempre lo era. Él creía que, si Nick no aceptaba sus propias dificultades —y para Jamie llamar «dificultad» a una lesión que no le impediría nada más que caminar sin cojear era una tomadura de pelo—, difícilmente aceptaría la discapacidad de Lena, que implicaba muchas más cosas.

Annie se reía sin parar, porque Jamie seguía manteniendo que Lena era un dolor de huevos, una entrenadora demasiado exigente y una amiga insoportable, a la que solo toleraba porque compartían el objetivo de hacer de los San Francisco Pioneers un equipo competitivo. Pero Annie sabía que la adoraba. Solo con ella misma era tan protector como con Lena. Y su actitud con Nick en aquella llamada no hacía más que demostrarlo.

—Yo también hui de ti, Jamie. Y no tenía razón —le dijo Annie, utilizando aquel momento tan duro que habían vivido antes de consolidar su relación para intentar ablandarlo.

—No compares, Annie, haz el favor.

—¡Pero es que es verdad!

—¡¡Y yo salí en la puta televisión nacional a declararte mi amor!! —Jamie gritó, pero no pudo evitar sonreír al recordar aquel momento tan surrealista de su vida—. ¿Qué está haciendo este imbécil? ¿Llorar en su cuarto y llamarme con titubeos?

—Dios... eres insoportable.

—Pero me quieres. Qué putada, ¿verdad?

El conato de discusión entre Jamie y Annie quedó resuelto en dos segundos. En dos segundos, doce gemidos, catorce minutos de jadeos y dos orgasmos gloriosos, por si alguien se lo pregunta. Y mientras Nick asumía en su apartamento que la única opción posible era que Lena hubiera decidido apostar fuerte por su carrera profesional marchándose a Londres y, por alguna razón que se le escapaba, había decidido no compartir aquel momento con él... mientras eso

pasaba en las instalaciones de MobApp Technologies, Annie Parks decidía que tendría que tomar ella cartas en el asunto para conseguir que el amor triunfara. Porque si algo había aprendido Annie era que el amor podía curar incluso el corazón más herido.

24

¿Esperar?

Annie se había salido con la suya. Jamie no dejaba de refunfuñar al volante, a pesar de que solo lo escuchaban los asientos de cuero y las ventanillas. Mientras conducía por las calles de San Francisco, no dejaba de preguntarse cómo coño había acabado así, aunque conocía muy bien la respuesta: aún no había aprendido a negarle nada a su mujer. Aun así, resopló frustrado cuando vio ya al final de la calle el edificio de MobApp Technologies. Aparcó en un sitio amplio cerca de la entrada principal del edificio de apartamentos y echó un brazo hacia el asiento trasero para recuperar su silla de ruedas. Ese momento siempre le provocaba un resoplido de frustración, porque Jamie odiaba atraer miradas ajenas, especialmente si eran de lástima, y su salida del coche solía despertar ese sentimiento en los peatones que lo rodeaban. Pero, al echar un vistazo a su alrededor, se dio cuenta de que en aquel lugar nadie lo miraría, y comprendió enseguida por qué a Lena le gustaba tanto vivir allí. Tres o cuatro usuarios de silla de ruedas compartían paseo por la avenida principal de las instalaciones con otros compañeros que iban caminando, y a nadie le parecía extraño aquello. Ojalá el mundo se pareciera más a aquella empresa.

Una vez pasado el momento de empatía y celebración por esa causa, Jamie recordó por qué estaba allí y volvió a resoplar. Maldita fuera Annie, con su infinita capacidad para persuadirlo. Y maldita fuera Lena, por haberle contado aquella historia. Y maldito fuera él, por implicarse demasiado cuando sabía que alguien a quien quería estaba sufriendo. Antes de maldecir a toda la población de California, decidió acceder al edificio de apartamentos y llamó a la puerta de un estudio situado en el lado derecho de la planta baja.

—¿Jamie? —Nick, al otro lado de la puerta, tenía los ojos como platos.

—El mismo. ¿Puedo pasar? —preguntó Jamie, con un tono de hastío que tenía la sensación de que no se le iba a ir nunca con ese tema.

—Emmm... Sí, claro, claro.

Nick se apartó de la puerta y, de camino hacia el fondo de la habitación, fue recogiendo todo lo que había por el suelo: un par de camisetas, algunas latas de bebida vacías, su portátil, algunos envases de comida a domicilio... Estiró un poco las sábanas de su cama para adecuarla y se sentó en ella. Le dejó el sofá libre a Jamie, pero él se quedó en su silla de ruedas; Nick lo interpretó como una señal de que la visita no iba a ser larga y lo celebró internamente, para qué engañarse.

—¿Cómo va eso? —le preguntó Jamie, en la única pregunta de cortesía que se iba a permitir en toda la tarde; Annie se había puesto como una hiena contra él en la llamada de un par de días antes, al darse cuenta de que Jamie ni siquiera le había preguntado a Nick por su proceso postoperatorio.

—Bueno... —Nick se señaló la pierna con la cabeza y resopló—. Aún me duele bastante, pero dicen mis médicos que es normal. Tengo que ir apoyando el peso poco a poco en ella, pero te juro que, si lo hago durante más de diez minutos, me parece que estuviera pisando brasas.

—Ya, bueno... Poco a poco. —La tregua se había acabado; hasta Nick se dio cuenta, aunque ni siquiera sabía de qué iba el asunto, aunque podía imaginarlo—. En fin, yo... estoy aquí medio para darte una charlita de hermano mayor, medio porque Annie me ha obligado.

A Nick le dio la risa por ese ataque de sinceridad tan espontáneo y sintió los músculos de sus mejillas tan acartonados como los de la rodilla izquierda. Llevaba casi una semana sin sonreír.

—Pues... tú dirás.

—Aunque Lena se esfuerza en cada llamada en demostrarme que está bien, no hace falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que lo está pasando fatal.

—Ya... —Nick sintió un pinchazo de dolor al saber que Lena sí se mantenía en contacto con alguien, mientras él seguía relegado al ostracismo. Quizá al olvido—. Mira, Jamie, a mí me encantaría darte las respuestas que supongo que has venido a buscar. Y por supuesto, querría que Lena estuviera bien. Incluso aunque yo siga estando mal, eso me da igual. Pero no puedo decirte nada porque no tengo ni puta idea de qué nos pasó. ¿Ella... te ha contado cómo se fue?

—Sí.

—Pues... yo lo único que sé es que me desperté en el suelo después de una especie de... de crisis nerviosa... y descubrí que ella se había marchado. He dado un millón de vueltas desde entonces, pero Lena no me coge el teléfono, no responde a mis *mails* ni a mis mensajes... No tengo manera de saber qué ha ido mal.

—¿Y entre ese millón de vueltas que has dado —Jamie utilizó un cierto tono burlón que a Nick no le gustó nada— no has pensado en las cosas que dijiste aquella tarde?

—¿Las cosas que dije? —Nick frunció el ceño—. No hablé nada de ella, de nuestra relación, de... nada. Llegué de Boston frustrado, no sé si lo sabes, pero aquel día había descubierto que mi lesión...

—Sí, que tenías que retirarte del fútbol. Estoy al tanto.

—Sí.

—Lo siento. —Jamie se ablandó. Si alguien sabía el dolor que supone tener que dejar una profesión que te apasiona por una maldita lesión, ese era él—. Lo superarás, aunque aún no lo sepas, pero... siento que hayas tenido que dejar el fútbol.

—Gracias. —Nick cerró los ojos y respiró hondo; sabía que las palabras de Jamie eran sinceras—. Te agradezco mucho que digas eso, de veras.

—El caso es que... dijiste cosas, Nick.

—¿Pero qué cosas?! —se desesperó.

—Dijiste que la lesión te había convertido en un jodido inútil. Que te habías jodido la vida. ¿Empieza a sonarte algo de todo esto?

—Claro que me suena, pero... —Nick tuvo de repente una especie de epifanía—. ¿Lena se sintió ofendida?

—¿Tú qué crees?

—Pero... pero... Lena es la primera que siempre me ha dicho que tiene muy asimilada su lesión y que no pasa nada incluso por bromear con ella. Cuando yo dejé la silla de ruedas, lo hablamos, y ella me dijo que nunca dejaría de alegrarse de que yo estuviera bien, de que...

—Pero es que tú no le dijiste que estabas bien. Lo estás entendiendo todo al revés. Tú le diste a entender... No. Le dijiste claramente, mejor dicho, que tener que caminar con un bastón el resto de tu vida es tenerla jodida. Que ibas a ser un puto inútil. Por caminar con un bastón, Nick, ¿tú eres subnormal o qué te pasa?

—Pero...

—Ni «pero» ni qué cojones. La hiciste sentir un lastre.

—¿Yo? Yo jamás...

—No sería tu intención, pero lo hiciste. Si para ti caminar con bastón condiciona tu vida, crees que *la ha jodido*, ¿cómo crees que se sintió Lena? ¿Cómo crees que imaginó vuestro futuro?

—Pero Jamie... —Nick hundió la cabeza entre sus manos y suspiró; si no lloró, fue porque no pensaba hacerlo delante de Jamie, pero no dudaba que las lágrimas acudirían a sus ojos en el

momento en que se quedara solo—. ¿Lena se fue para... *liberarme*? ¿Para que yo no la sintiera como un lastre para mi futuro?

—Exacto. Veo que lo has entendido. Te ha costado un poquito, ¿no?

—Dame una tregua, joder, Jamie... —Nick se recostó contra la pared, con los ojos cerrados y el alma en un puño—. Es que no me lo puedo creer. Ni siquiera se me pasó por la cabeza, porque... jamás lo sentí así.

—¿No?

—¡Por supuesto que no! ¿Tú te sientes como un lastre para Annie? —contraatacó Nick.

—No siempre, pero hay momentos... O los ha habido. Sé que hay cosas que nunca podremos hacer juntos, pero... me compensa. Y a ella también.

—¿Y por qué crees que a mí no?

—Yo no lo creo. Yo creo que conseguiste que se enamorara de ti una de las mujeres más increíbles que he conocido en mi vida. Y que la has perdido por gilipollas. Por bocazas y por hacerla sentir mal.

—¿La he perdido? —Jamie no pudo evitar ablandarse de nuevo al ver tanta desolación en los ojos de Nick—. ¿Para siempre?

—No lo sé. —Nick lo miraba fijamente y Jamie levantó los brazos en una especie de gesto de justificación para defenderse—. En serio, no lo sé. Ya te he dicho que no me creo la mitad de lo que me cuenta por teléfono.

—Ya. Yo... Hay una cosa que me gustaría que supieras, Jamie.

—Dime.

—En ningún momento dije que mi vida estuviera jodida, que la lesión me hubiera jodido la vida ni nada de eso.

—Lena dice...

—Es un matiz —lo interrumpió Nick—. Dije que yo me había jodido la vida. Estaba muy mal, muy frustrado, además de sorprendido. En ningún momento me había planteado que mis padres y los médicos hubieran conspirado para mentirme.

—¿Te mintieron?

—Sí. No es que surgiera ningún problema durante mi recuperación. Al contrario, estoy mucho mejor de lo que nunca se esperó que estuviera. Pero desde el primer momento ellos supieron que no volvería a jugar al fútbol y que, probablemente, arrastraría las secuelas el resto de mi vida. No me lo contaron para no restarme motivación para trabajar en la rehabilitación.

—No me parece justo —sentenció Jamie—. No es que pueda ponerme en su lugar, ni siquiera en el tuyo... Yo fui consciente de que me había roto la espalda en el mismo instante en que ocurrió. Pero si me hubieran estado contando que volvería a caminar y luego me enterara... no creo que hubiera reaccionado mucho mejor que tú. Eso sí te lo concedo. Que Lena se comiera las consecuencias... no.

—Ya. Por eso usé la expresión «joderme la vida». Estaba un poco en plan rey del drama. El matiz está en que lo importante no es el verbo de la frase. Es el sujeto.

—Debo de ser un poco obtuso, porque no te sigo.

—Que el problema es que yo tengo la culpa de haber llegado a esta situación.

—¿Tú? ¿Por qué?

—No puedo contártelo. Lo haré; creo que esta visita, por muy amenazante que haya parecido por momentos —los dos sonrieron—, merece que te lo cuente. Pero no aún. No antes que a Lena.

—Pues Lena está en Londres y no tiene la menor intención de cogerte el teléfono ni de responderte a los mensajes —lo pinchó Jamie, porque ya no sabía qué coño tendría que hacer

para provocar una reacción en Nick.

—Lo sé. Y quiero respetar ese silencio, así que... tendré que esperar. La esperaré toda la vida si hace falta.

—¿Esperar? ¿Con esa mierda de frase de película romántica de tercera categoría? —Si en algún momento hubiera existido la posibilidad de que Jamie Parks volviera a caminar, sería en aquel momento. Casi parecía que fuera a levantarse en cualquier momento y darle una colleja a Nick—. ¿Es que no sabes coger un avión, puto inútil?

—Yo...

—Tú... ¡vas a comprar ahora mismo un billete e ir a reconciliarte con esa chica! ¡O te mandaré yo de una patada en el culo, te lo juro! Y ni se te ocurra decir que eso no es muy probable, porque ni te imaginas lo cabreado que estoy.

—Sí. ¡Sí, sí, sí! —Nick espabiló de repente. Revivió—. Voy a... Voy a comprar un billete y... aún tengo algunos días de baja por la operación...

—En ese caso, yo trataría de que mis jefes no se enteraran de que vas a cruzar el Atlántico en un viaje de intenciones meramente románticas.

—Eso son minucias.

Jamie no pudo evitar sonreír. Su tarea allí había acabado y, sorprendentemente, con éxito. Annie estaría orgullosa de él... y puede que se lo pagara aquella noche con una buena sesión de sexo. Y también se alegraba por Lena, claro está, pero... la recompensa tampoco sonaba mal. Era el momento de marcharse a casa. Decidió despedirse de Nick, aunque lo vio en tal estado de actividad que imaginó que él ni siquiera se habría dado cuenta si se hubiera marchado sin decir adiós.

—Te deseo mucha suerte, Nick —le dijo, ya camino de la puerta.

—Muchísimas gracias, Jamie. —Nick paró un momento su actividad para mirarlo fijamente—. No solo por desearme suerte. Por... todo.

—No hay de qué. —Jamie ya estaba en el pasillo cuando se dio la vuelta y le dedicó a Nick una mirada letal—. Si se te pasa siquiera por la cabeza decirle a Lena que he dicho sobre ella que es una de las mujeres más increíbles que he conocido en mi vida, lo de caminar con bastón se va a quedar en nada comparado con el estado en que dejaré tu cuerpo, ¿entendido?

—Entendido —le respondió Nick con una sonrisa de oreja a oreja. Y aquella sí fue sincera y rotunda.

Le dijo adiós a Jamie con la mano, introdujo en su portátil los datos de su tarjeta de crédito y reservó un vuelo a Londres para el día siguiente. La suerte estaba echada.

El reencuentro

Lena se había jurado lanzarse a conocer Londres aquel lunes. Se había dado la semana prometida para curarse las heridas y aquel era el día elegido para salir del pozo. Pero no tardó demasiado en darse cuenta de que sus heridas aún no se habían convertido en cicatrices y que, tal vez, el lunes nunca era un buen día para los buenos propósitos. Había trabajado como una autómatas en la oficina y, alrededor de las cinco de la tarde, había tomado el autobús para regresar a su apartamento. No eran más que tres paradas, en un autobús adaptado y muy práctico, que al menos le estaba sirviendo para conocer una pequeña parte del barrio de Kensington y Chelsea.

Lena se bajó del autobús sin fijarse demasiado en su alrededor y echó mano de su mochila para coger las llaves. Estuvo a punto de pasarle desapercibida la sorpresa que la esperaba en el portal de al lado de su casa, pero los pelos de su nuca se erizaron al sentir una mirada fija sobre ella.

—Nick...

Nick estaba sentado en los escalones frontales de una de esas casas victorianas tan típicas londinenses. Blancas, con grandes columnas flanqueándolas y dos o tres alturas. El edificio de Lena era el contiguo, más moderno y adaptado a sus necesidades. Nick sostenía en una de sus manos aquel bastón que había sido el origen de todo el conflicto, y en la otra una mochila de tamaño mediano.

—Hola, Lena. —A ella se le cicatrizaron casi todas las heridas solo con el efecto de escuchar esas dos palabras.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Su tono fue suave, casi un susurro, así que Nick no se sintió incómodo al escucharla.

—¿Podemos ir a dar un paseo?

—¿Un paseo? —le preguntó ella, con una sonrisa burlona—. Qué pronto te has acostumbrado a volver a caminar. —Lena acompañó la broma por una sonrisa enorme, porque no podía evitar sentirse muy feliz por tener a Nick allí, a su lado, después de todo lo que había ocurrido.

—Joder, perdona...

—Era una broma, idiota.

—¿Vamos? —Nick le señaló la misma calle en la que estaban, aunque dudó sobre el sentido que tomar—. Bueno, tú sabrás mejor hacia dónde.

—La verdad es que no tengo ni idea. Vamos por aquí y ya veremos qué nos encontramos —le respondió Lena encogiéndose de hombros.

Recorrieron algunos metros en silencio, disfrutando del simple hecho de estar juntos de nuevo, después de poco más de una semana, que a los dos se les había hecho larga como si fueran varios siglos. Al final, fue Nick el que rompió el hielo, porque era lo que tocaba hacer.

—Lena, yo... Antes de nada quiero pedirte perdón por el espectáculo que di el otro día. Por haberte hecho daño y por haber dicho cosas que en realidad no sentía. O sí sentía, pero no pensaba en frío. Y, sobre todo, porque al fin he entendido qué fue lo que desencadenó tu marcha, y eso no me lo voy a perdonar fácilmente.

—¿Tú solo?

—¿Qué?

—Que si lo has entendido tú solo. —Lena lo miró y esbozó una sonrisa.

—Quizá Jamie me ha ayudado un poco a entenderlo.

—¿Jamie? Habría jurado que sería Annie la que metería las narices en el asunto.

—Pues no, fue Jamie. —Nick resopló y volvió al tema—. Lena, yo... quiero que sepas, que tengas clarísimo, que yo jamás te he considerado un lastre.

—Pero crees que caminar con un bastón va a condicionar toda tu vida. Y yo ni siquiera siento nada de cintura para abajo.

—No es eso. Te lo aseguro. No hay una sola cosa que sueñe con hacer contigo en el futuro que no podamos hacer por culpa de tu lesión. Y puedes creerme que he soñado con grandes cosas para nosotros dos juntos.

—Pero no podríamos hacerlas por culpa de un bastón... ¿Te suena creíble, Nick?

—No. Dije muchas tonterías el otro día, pero no dije en ningún momento que por culpa de mi lesión no podríamos ser felices juntos.

—«Joderse la vida» no suena muy esperanzador.

—No creo que mi vida esté jodida. —Nick no tenía pensado decir aquello, pero en el momento en que las palabras abandonaron su boca se dio cuenta de que era verdad. Puede que lo pensara durante algunas horas después de aquella sentencia tan impactante que le había dado su médico. Pero desde que había perdido a Lena se había dado cuenta de que lo que de verdad le jodería la vida sería no tenerla a ella a su lado; había llegado a un punto en el que le daba exactamente igual el estado de su pierna—. Hay muchos matices en lo que dije aquella tarde, en lo que sentí en el momento en que regresé a Boston convencido de que esa cirugía sería el primer paso para recuperar mi antigua normalidad, para volver a jugar al fútbol y seguir adelante. Y me encontré con un *shock* tan grande que no supe asimilarlo. Aún estoy en proceso de hacerlo.

—¿De verdad nunca dudaste durante el proceso de recuperación sobre si podrías volver a jugar al fútbol? —Lena dijo al fin aquellas palabras en voz alta. Durante los meses que había conocido a Nick, con aquellas lesiones en las piernas, los hierros que las atravesaban, ella misma se había planteado alguna vez cómo podía él estar tan seguro de que volvería a jugar de forma profesional; algo sabía Lena sobre los miedos de los deportistas a las lesiones.

—No. Soy gilipollas, ¿no? —Lena le sonrió, sin decir ni sí ni no—. ¿Tú sí lo dudabas?

—No sé, Nick... Tu pierna estaba muy jodida.

—Sí, lo sé, pero en ningún momento vi dudas ni en mis médicos, ni en mi familia, ni en mis compañeros de equipo... en nadie. Quizá me creí lo que quise creerme. O lo que me hicieron creer. Todo eso aún está muy confuso en mi mente, te lo aseguro.

—¿Cómo te encuentras? —Lena vio que Nick cojeaba bastante, pero no parecía sentir dolor.

—De momento, bien. Ya te avisaré cuando tengamos que dar la vuelta, que no te creas que aguanto demasiado aún caminando.

—Vale.

No tardaron mucho en regresar y Lena invitó a Nick a subir a su casa. Él asintió, intentando reprimir una sonrisa por la felicidad que le provocaba que ella no lo echara con cajas destempladas.

—Mira, Nick... —Lena suspiró cuando estaban llegando al portal y, solo con oír su tono, Nick se arrepintió de haber cantado victoria demasiado pronto—. No te voy a mentir, como sí he hecho con otra gente. Esta semana ha sido un puto infierno. Yo ya sabía antes de irme de San Francisco que estaba enamorada de ti, ¿vale? Pero creo que hasta que te perdí no supe hasta qué punto lo estaba.

—Yo también...

—No, Nick, déjame acabar, por favor —le pidió ella; casi lo suplicó—. Sé que tardaré mucho tiempo en recuperarme del hecho de haberte perdido. Y eso teniendo en cuenta que solo

llevamos unos meses juntos. ¿Sabes lo que pasará si ahora nos dejamos llevar por la ilusión, si nos dejamos cegar por esto que sentimos y no valoramos el hecho de que el futuro al lado de una persona con una lesión medular es muy jodido?

—Lena, yo no tengo ni un solo miedo relacionado con nuestro futuro —aseguró Nick, y no fue solo una frase para llevarle la contraria, ni para reconquistarla ni para ablandarla. Estaba más seguro de eso que de nada en toda su vida.

—Ya. Pero quizá dentro de diez años te des cuenta de que tu vida tiene muchas carencias por haberte unido a una persona con diversidad funcional. Que no puedes hacer un viaje espontáneo, salir a correr con ella por el parque y ni siquiera ir a cenar a un sitio nuevo sin comprobar treinta veces que cumplen las leyes de barreras arquitectónicas. Y si llega ese día y te das cuenta de que prefieres una vida sin mí, me vas a romper en mil pedazos. No va a quedar nada de mí. Para eso... prefiero que se acabe ahora.

—Pues yo sigo prefiriendo que no se acabe nunca.

—Pero...

—Lena, solo te pido una cosa. Una sola y luego te aseguro que aceptaré la decisión que tomes. Aunque yo no tenga que esperar diez años para saber que, si me dejas, mi corazón se romperá en mil pedazos y no quedará nada de mí.

—¿Qué quieres?

—Subir a tu casa y contarte algo que no sabes.

—¿Algo...?

—Subamos y te lo cuento. Aun a riesgo de que, después de saberlo, tengas más claro que nunca que no quieres saber nada de mí.

—¿Qué pasa, Nick? —preguntó Lena, y el susto era ya visible en su cara.

—Hay algo que no te he contado sobre mi accidente. Ha llegado el momento de que conozcas mi jodida verdad.

Mi jodida verdad

Nick aprovechó que Lena iba a cambiarse de ropa y servir algo de cena para echar un vistazo al estudio en el que vivía. Ufff. Londres era una ciudad que le encantaba —la había visitado un par de veces antes de aquella que parecía tan decisiva—, pero el tamaño de los alojamientos, incluso de los que, como aquel, estaban habilitados para usuarios de sillas de ruedas, dejaba mucho que desear. Pero era bonito. Tenía algo. La tenía a ella. Ese encanto que Lena era capaz de imprimírle a cualquier cosa que tocara o a cualquier lugar donde viviera.

Lena regresó un rato después, con unos sándwiches en una bandeja y dos vasos de té helado. Y con ella volvieron los nervios al cuerpo de Nick, que sentía que se jugaba la vida a una carta en aquella conversación, en aquella *confesión*, porque en realidad se trataba de aquello.

—¿Esto tiene pepino? —Nick puso cara de asco al dar el primer bocado al sándwich, aunque en realidad lo hizo para romper un poco el hielo.

—*Todo* tiene pepino en este país. Y con eso acabas de descubrir que los sándwiches los compré en el supermercado.

—Tranquila. No soy yo el más *gourmet* del mundo para estas cosas.

—Ya. —Los dos dieron simultáneamente un sorbo a su té helado—. ¿Y bien...?

—Sí. Debería empezar a hablar.

Lo único que sonó en el salón de aquel estudio tan pequeño, durante un rato demasiado largo, fueron dos suspiros que emitió Nick antes de decidirse a empezar a hablar.

—En primer lugar..., Lena, me gustaría volver a pedirte perdón por cómo me comporté el otro día en mi apartamento. Estaba... destrozado. Desquiciado, mejor dicho. Y lo último que habría querido en el mundo habría sido que tú me vieras así.

—Pues yo me alegro de haber estado a tu lado, de... Creo que no se conoce a alguien hasta que no se le ve en lo más bajo.

—Quizá tengas razón. Pero sigo diciendo que preferiría que no me hubieras visto así. El caso es... El caso es que no estaba en condiciones de explicarte todo lo que me pasaba, de que pudieras entender... todo lo que me ardía dentro.

—¿Y no era saber que no volverías a jugar, que... que no te recuperarías del todo?

—En parte sí..., pero no. Claro que fue un *shock* saber que no volvería a jugar al fútbol. Y estaba asustado por el futuro, no te voy a mentir. Aún lo estoy. No sé si la pierna seguirá doliéndome toda la vida tanto como me duele ahora, pero... espero que no. No sé cuáles serán mis limitaciones cuando tenga setenta años. Todo eso... me dolía, por supuesto que sí. Pero yo no reaccioné como lo hice por pena.

—Era rabia —afirmó Lena, sin dudar.

—Exacto. Era una rabia insoportable. Y se debía a dos razones que desconoces.

—¿Qué ocurre, Nick? —Lena preguntó con el ceño fruncido. Empezaba a preocuparse de veras por lo que su novio pudiera haber estado ocultándole.

—La primera razón es que mis padres y mis hermanos lo supieron siempre. Desde el momento en que tuve el accidente, supieron que no volvería a jugar al fútbol y que mi movilidad probablemente fuera reducida para siempre. El día de la revisión en Boston me enteré incluso de que estuve a punto de perder la pierna. Pero decidieron mantenerme al margen de todo.

—¿Por qué?

—Creyeron que no habría trabajado tan duro en la rehabilitación si hubiera sabido que el

objetivo no era volver a jugar al fútbol profesional.

—¿Y tenían razón?

Nick se quedó en silencio. Mirando a Lena y paladeando las palabras que ella acababa de dirigirle. Y joder... se dio cuenta de que había mucho que reflexionar en esa respuesta. Seguía instintivamente cabreado con las cuatro personas —junto con Lena— más importantes de su vida, pero quizá en esa reflexión encontrara el camino para una reconciliación que aún veía muy lejana.

—Creo que en ese silencio he tenido la respuesta —concluyó Lena.

—Puede ser.

—Pero hay algo más.

—Sí, sí lo hay. —Nick volvió a suspirar—. Y puede que te haga desear no haberme conocido nunca, Lena.

—Al menos tienes a tu favor la certeza de que no puedo salir corriendo.

La dosis de humor negro de Lena sirvió para llevarse un uno por ciento de la tensión que sentía Nick, pero el noventa y nueve por ciento restante seguía allí, en aquel sofá, enturbiando todo lo bonito que sentía por Lena. Aunque llamarlo «tensión» era un gran eufemismo. Era miedo, en realidad. Puro pánico.

—La versión que te conté sobre el accidente que sufrí... no es exactamente cierta.

—¿Qué? ¿No... no te caíste del tejado de tu casa?

—Sí... y no.

—Vas a tener que explicármelo mejor, Nick.

—Eso llevo intentando más de una hora, pero...

—Habla, Nick. No creo que nada de lo que puedas decir cambie lo que siento por ti.

—No estaría yo tan seguro.

—Habla...

—El accidente... Sí me caí desde el tejado de casa de mis padres y sí me rompí las piernas contra el porche de la piscina. Pero no estaba ayudando a mi padre a arreglar el tejado.

—¿Ah, no?

—Lena..., ¿has oído hablar del *balconing*?

—¿Eso no es lo que hacen los turistas borrachos...?

—Borrachos y gilipollas —la cortó Nick—. Faltaban pocos días para que tuviera que reincorporarme a los entrenamientos de la pretemporada. El verano fue fantástico, desde el final de la temporada. Viajé al norte de África con un par de amigos, a tomar el sol y relajarnos. Pasé también unos días en Florida con mis hermanos. Y cuando estaba en Boston, prefería quedarme en casa de mis padres que en mi apartamento, sobre todo porque tenía muy presente que Donnie pronto volará, se irá a la universidad y cada vez será más difícil que nos reunamos los tres hermanos en casa de papá y mamá.

—¿Y qué pasó?

—El cumpleaños de mamá fue en julio y los tres hermanos le regalamos dos noches de hotel con mi padre en Hyannis Port. La última noche que estuvieron fuera, Matt tenía planes con sus amigos y Donnie me preguntó si me importaba irme a mi piso para que él montara una fiestecita con sus amigos en la casa. Tiene diecisiete años, siempre ha sido un poco el bebé, así que me metí con él y le pregunté si tanta vergüenza le daba que su hermano mayor estuviera presente. Y a él... joder, a él se le iluminó la cara. Prácticamente desde que tiene uso de razón, yo he estado fuera de casa, jugando al fútbol y sus amigos me...

—¿Idolotran?

—No diría yo tanto, pero sí que siempre le piden camisetas, balones firmados y cosas así. Así que le encantó la idea de que me quedara yo también a la fiesta. Solo diré que comimos mucho, bailamos mucho y bebimos mucho. Demasiado.

—¿Demasiado?

—Era una fiesta de adolescentes y yo era el adulto responsable que, en realidad, no lo fue. Los amigos de mi hermano son buenos chicos, así que con unas cuantas cervezas la mayoría ya estaban KO y se marcharon pronto. Nos quedamos Donnie, un par de chicos más y yo bebiendo y jugando al borde de la piscina, hasta que tuvimos una idea de mierda.

—¿Cuál?

—El dormitorio de mis padres tiene una terraza bastante grande que da al jardín. Queda justo encima de la piscina. Desde que éramos unos críos, siempre la usamos de trampolín.

—Joder...

—Te juro que suena más peligroso de lo que es. Bueno, o eso creía hasta esa noche. Incluso mi padre se tiraba muchas veces y siempre nos dejó hacerlo, aunque mi madre lo amenazaba con matarlo. El caso es... que no es tan buena idea a plena luz del día con tu padre supervisando como a las tres de la madrugada con muchas copas encima.

—Te caíste...

—Sí. El suelo estaba muy mojado, porque nos habíamos tirado ya tres o cuatro veces seguidas, así que resbalé y... caí a dos putos centímetros de la piscina, Lena, te lo juro. Si supieras cómo es la casa, verías que es más sencillo caer dentro de la piscina que fuera. Pero no fue así. Caí de pie, literalmente, sobre el porche. Y el resto de la historia ya la sabes.

—Sí.

El silencio volvió a cundir entre ellos. Esta vez fue más denso, porque estaba cargado con la necesidad de comprender de Lena y el pánico atroz a perderla de Nick.

—¿No dices nada?

—¿Qué tiene que ver la forma en que se produjo el accidente con tu reacción del otro día? —preguntó, y sus ojos reflejaban una curiosidad genuina.

—Si me hubiera caído arreglando el tejado con mi padre, como le conté a todo el mundo, me sentiría fatal, pero al menos no habría sido responsable de mis lesiones, precisamente por ser todo lo contrario: un irresponsable. Mi carrera deportiva se ha acabado, mi movilidad será reducida de por vida... y no es porque otra persona cometiera una imprudencia o porque haya tenido una enfermedad que me haya cambiado la vida. Fue por saltar desde un puto balcón borracho.

—Nick, creo... creo que deberías saber que en las discapacidades es mejor no buscar culpables.

—¿Ah, no? ¿Y cómo le llamas a la persona que coge un coche borracho y se lleva por delante la salud de otro? ¿O su vida?

—Le llamo asesino. No he dicho que no haya culpables en los accidentes, digo que es mejor, más sano para todos, no buscarlos. ¿Sabes qué le ocurrió al conductor que provocó el accidente en el que yo me quedé... —Lena se señaló, a ella y su silla de ruedas— así?

—No.

—Murió. Y el conductor del taxi, que quizá podría haberlo esquivado o quizá no, también murió. ¿De qué me habría servido buscar culpables? ¿Para ir a su tumba en el cementerio y escupir? No, Nick. Eso solo me habría convertido en una persona peor.

—Pero en este caso...

—En este caso tú fuiste el responsable de lo que pasó. Tú y una considerable carga de mala

suerte. Pero seguro que también tu padre se siente culpable por haberos enseñado a tiraros cuando erais niños. O tu hermano Donnie, por haber organizado la fiesta. No sé, Nick, la búsqueda de culpables no conduce a absolutamente nada bueno.

—Entonces..., ¿me perdonas?

—¿Yo? —Lena se sobresaltó y, a continuación, se acercó a él y lo abrazó. Fue un abrazo algo torpe, porque a Nick lo había cogido por sorpresa, pero estuvo lleno de ternura. De amor—. Yo no tengo nada que perdonarte, Nick. Nadie sabe mejor que yo que los accidentes ocurren y que lo único que podemos hacer con ellos es intentar seguir adelante. Lo único que espero es que sepas perdonarte a ti mismo.

—Lo intento. Lo intento cada día. Lo intento... desde que sé que es la única manera de que las cosas contigo funcionen.

—No hay pareja que funcione si las dos personas que la forman no son felices por sí mismos.

—Lo sé.

—Y tú no vas a ser feliz hasta que no te reconcilies con tu familia.

—Lena... —dijo Nick, en tono de advertencia. Ese era un tema sobre el que pensaría más adelante, pero allí, en aquel estudio londinense donde estaba girando el dado de lo que sería el resto de sus días, a él solo le importaba Lena.

—No. *Lena*, no. Yo te he escuchado y ahora me vas a escuchar tú a mí.

—Ya me advirtió Jamie...

—Si Jamie te advirtió de que soy mandona y chillona, llega un poco tarde. Tú eso ya lo sabías. —Los dos se rieron—. Creo que deberías llamarlos. Al menos a tu hermano Donnie. Por lo que me has contado de él..., debe de estar destrozado. Y sentirse tan culpable como tú.

—Tienes razón. Pero... fue duro saber que me mintieron.

—Pues claro que lo fue. Pero tú también me has mentido durante meses sobre la forma en que se produjo el accidente, ¿no?

—Lena, lo siento.

—No te lo he reprochado para que me pidas disculpas. Te lo digo para que entiendas que, a veces, mentimos a las personas que más queremos porque no sabemos cómo decirles la verdad. O porque pensamos que serán más felices si no la conocen por el momento.

—¿Lo que se llama una «mentira piadosa»?

—Algo así.

—Haré lo posible por arreglar las cosas con ellos en los próximos días, pero ahora...

—¿Qué? —A Lena se le escapó una sonrisa que anticipaba mucho.

—Aún me quedan muchas cosas por superar. Que mi carrera como futbolista se haya acabado, para empezar. Y sé que será mucho más sencillo a tu lado. Además de que te necesitaré para conseguir que me renueven el contrato. Ahora mismo... no tengo empleo. —Lena le sonrió, segura de que Nick tardaría tres segundos en destacar en el mercado laboral, y que MobApp Technologies tendría que hacer un verdadero esfuerzo para retenerlo si él quería marcharse, cosa que dudaba—. Pero sobre todo... tengo por delante mucha incertidumbre, como te he dicho antes. No sé cómo será mi vida dentro de unos años, si los dolores remitirán, si podré caminar algún día sin bastón...

—Ya casi no cojeas, Nick. Cojeas más por miedo que porque la pierna no te deje más libertad de movimiento.

—Puede ser. Pero eso ni siquiera me parece lo importante ahora mismo.

—¿Y qué te parece lo importante?

—Tú. —Lena suspiró al escucharlo. Intentó retenerlo dentro, pero fue incapaz. El amor se le

escapaba en forma de sonidos que no dejaban dudas sobre lo que sentía—. Tú y yo. Juntos. Funcionando. En la misma ciudad. Felices.

—Nick...

—Antes te he dicho que puede que no sepa cuáles serán mis limitaciones cuando tenga setenta años, pero sí sé que quiero tenerlas a tu lado. Que, de hecho, contigo al lado... ni siquiera me parecerán limitaciones.

—Sabes que la vida al lado de una persona en silla de ruedas tendrá algunas...

—¿Limitaciones? —Nick se rio—. Creo que deberíamos dejar de decir esa palabra. Lena, llevas media vida en esa silla, no conozco a nadie más capacitado que tú para llevar una vida normal. Y yo... me acostumbraré a mi nueva situación. Al fin y al cabo, si de verdad estuve cerca de perder la pierna, mi situación actual es mucho más de lo que podría haber llegado a tener.

—¿Sabes, Nick? Quizá sí has aprendido algo de mí a lo largo de estos meses.

—¿A ver el lado bonito de la vida? —Lena asintió—. No tengas ninguna duda de que esa es la enseñanza más importante de toda mi vida. En general... he aprendido más de ti que de ninguna otra persona jamás. Y ahora...

—¿Sí? —La sonrisa de Lena se volvió pícara.

—Ahora, Lena Bouvier, ¿dejas que te lleve a la cama y empezamos hoy el resto de nuestras vidas?

Y ella ya ni tuvo que contestar. Su cuerpo, su sonrisa y sus ganas lo hicieron por ella.

Londres para dos

Lena y Nick se quedaron tres meses en Londres. Los tres meses que duraba el contrato de ella en la filial londinense de MobApp Technologies. Los tres meses que le quedaban a él para la finalización del suyo, que debería haber pasado en la sede central de San Francisco. Pero Lena Bouvier siempre había sido la niña mimada de sus jefes —porque no había ningún otro empleado cuyos resultados fueran más productivos que los de ella— y, en un par de llamadas, convenció a todo el mundo de que el proyecto europeo saldría mucho mejor si podía contar con la ayuda de aquel becario que era su mano derecha en Silicon Valley. No ocultó que entre ellos había algo más que una relación de compañeros que se respetan, de amigos incluso; no quería que sus jefes acabaran enterándose de su relación de rebote y pusieran en duda la profesionalidad de cualquiera de ellos. A todos les pareció perfecto; la compañía había ganado tanto en bolsa desde que se supo que se lanzaban al mercado europeo que nadie pondría pegos a la nueva situación.

Los tres meses de aquel «Londres para dos» estuvieron llenos de conversaciones. Muchas sobre trabajo, aunque aprendieron rápido a dejar esos temas encerrados en las —demasiadas— horas que pasaban en la imponente oficina de un rascacielos de Chelsea. Pero las mejores de todas eran las que mantenían en sus días libres, en las tardes que pasaban abrazados en el sofá del estudio, en las largas horas remoloneando en la cama. Cualquier excusa era buena para acabar de conocerse, aunque los dos coincidían en que encontraban tanto placer en ir descubriendo detalles de la vida del otro como en saber que aún quedaban muchas anécdotas que irían saliendo a la luz a lo largo de los años.

Hablaron mucho sobre sus felices infancias, sobre aquellos años despreocupados en que no podían ni imaginar todo lo que les depararía el futuro, ni lo bueno ni lo malo. Lena obligaba a Nick a contarle toda la locura de diversión, amigos y deporte que fue su adolescencia, a pesar de que a él le daba apuro porque sabía que ella se había perdido toda esa fase. Lena recordó con un brillo nostálgico en la mirada su época como gimnasta. Nick, la suya como futbolista. Pero, según pasaban los días, el dolor lacerante de los primeros momentos fue quedando atrás. Nick aprendió que la nostalgia no siempre es un sentimiento negativo. Había disfrutado de la gloria deportiva durante muchísimos años; era algo que agradecerle a la vida.

Recorrieron de la mano Covent Garden, Trafalgar Square y Piccadilly Circus. Y también muchos otros lugares más desconocidos, que ellos hicieron suyos. Se rieron de los horrores de la gastronomía británica y escucharon sus tripas rugir rogando por una buena hamburguesa al más puro estilo californiano. Escucharon música en directo en *pubs* que parecían sacados de una película antigua. Recibieron el verano a orillas del Támesis. E hicieron algunas escapadas de fin de semana para conocer Oxford, Bath y Brighton. Fueron felices en Londres. Fueron tan felices allí, llegaron a conocerse tan bien, que siempre lo considerarían una etapa clave de su relación. Fueron tan felices allí que los últimos días supieron a nostalgia y a ganas, al mismo tiempo, de volver a San Francisco y de quedarse en Londres para una buena temporada.

El estudio estaba ya lleno de cajas a medio embalar, listas para que la empresa de mudanzas pasara a recogerlas para enviarlas a San Francisco. Lena estaba acabando de recoger los cacharros del desayuno mientras Nick continuaba colgado de Skype, a pesar de la diferencia horaria con la costa este. Pero Lena no podía evitar sonreír, porque esa había sido la dinámica de su convivencia casi desde el principio. Desde el día en que Nick venció al fin sus rencores y fijó una videollamada con sus padres. Ni dos horas más tarde estaban todos, sus padres y sus

hermanos, frente a la pantalla del ordenador. No hicieron falta grandes peticiones de perdón, aunque ellos se deshacían en disculpas. Nick no las necesitaba. Solo necesitó comprender y perdonar. A solas, rumiando reflexiones sobre los motivos que los habían llevado a mentirle. Y cuando eso ocurrió, cuando llegó a la conclusión de que ya no podía pasar más tiempo sin hablarse con las personas a las que más quería en el mundo, la reconciliación fluyó sola.

Incluso Donnie, el más pequeño de los hermanos, fue a visitarlos a Londres. Fue el regalo de cumpleaños que le hizo Nick, el billete para que celebrara sus dieciocho años en la capital británica, aunque las visitas turísticas fueron lo de menos. Lo que de verdad le importaba a Nick era que su hermano pequeño pudiera mirarlo a los ojos y entendiera que no tenía por qué sentirse culpable por aquella fiesta que había acabado tan mal. Porque, viendo lo feliz que era junto a Lena, nadie podría decir que aquel giro del destino hubiera sido dramático. Sin el accidente, jamás la hubiera conocido, y aunque Nick tardaría muchos años en dejar de echar de menos el fútbol, nada le habría compensado perderse la oportunidad de enamorarse de ella.

Fue precisamente aquella visita de su hermano la que permitió a Nick avanzar un poco más en su recuperación. Iba a un centro de fisioterapia en Londres para seguir las instrucciones de su doctor de Boston, con la esperanza de que su pierna izquierda se fortaleciera lo suficiente como para dejar atrás el bastón. Pero nada funcionó mejor que la mirada de lástima de su hermano pequeño. Por él, para quitarle aquella amargura que le había dejado el accidente, Nick se atrevió por primera vez a dejar el bastón en casa y caminar por las calles de Londres disimulando todo lo que pudo su cojera. Y se dio cuenta de que Lena tenía razón —¿alguna vez no la tenía?—. Había tenido demasiado miedo a echarse a andar, pero, en cuanto lo hizo, descubrió que su pierna estaba mejor de lo que había pensado. Desde entonces, seguía necesitando el bastón si sabía que iba a caminar más de la cuenta o si visitaban algún lugar con demasiadas escaleras o un terreno irregular, pero la mayor parte de los días lo dejaba en casa. El dolor seguía siendo un compañero demasiado fiel, pero nada que no se solucionara con una bolsa de agua caliente en los días más leves y algún analgésico cuando era demasiado para soportarlo solo con estoicismo.

Nick colgó su videollamada y se acercó a Lena. La sorprendió por detrás, ella soltó un grito y la mañana se les perdió entre gemidos y jadeos, con ella subida a la encimera de la cocina y él perdiendo su lengua entre los pezones de ella, que se habían convertido en su lugar favorito del mundo. Apenas comieron, llenos como estaban del desayuno y el mejor sexo del mundo. Pero Lena le pidió que lo acompañara a un lugar por la tarde. La conversación conectó con una que habían tenido unos días antes, en la que Nick le había comentado a Lena que le costaba entender cómo pudo superar pasar, en el plazo de unos segundos, de ser la gimnasta más joven en estar seleccionada para participar en una Olimpiada a encontrarse completamente inmóvil en una cama. Ella sabía que las palabras ya no serían suficientes para explicárselo y decidió llevarlo a un lugar que se había convertido en muy especial para ella.

Durante las horas que Nick pasaba en el centro de fisioterapia haciendo rehabilitación, Lena se aburría. No quería volver a ser la adicta al trabajo que ahora reconocía haber sido durante años, así que decidió buscarse un *hobby*. Echaba de menos como el demonio entrenar a su equipo de baloncesto de Berkeley —según Jamie, lo echaba de menos a él; según Annie, él echaba de menos a Lena más de lo que jamás reconocería—, pero no encontró en Londres ningún puesto de trabajo similar, ni siquiera ofreciéndose a entrenar gratis. Pero sí dio con un centro de terapia para lesionados medulares y otros usuarios de sillas de ruedas que necesitaba voluntarios. Y allí llevaba tres meses colaborando. Sabía que lo echaría muchísimo de menos cuando volviera a California.

—¿Y por qué quieres que te acompañe hoy? —le preguntó Nick, cuando ya estaban en el

metro de camino a aquel centro ubicado al sur del río.

—¿Tanta pereza te da? —Lena arqueó una ceja.

—¡No! Para nada. Sabes que, si no hubiera estado tan liado entre la rehabilitación y el trabajo, habría venido antes. Pero te conozco, bonita. —Ella le sacó la lengua en un gesto de burla—. Has estado nerviosa y con muchas ganas de esto. Algo te pasa.

—Quiero que conozcas a alguien.

No dijo más, y su sonrisa enigmática fue la confirmación que no necesitaba Nick. Llegaron pronto a la estación de Battersea Park y no tardaron tampoco en alcanzar un gran edificio con aspecto de hospital, aunque no era exactamente eso lo que era. Nadie la detuvo al entrar, ni en la recepción ni mientras navegaban por un caos de pasillos, ascensores y áreas privadas, hasta llegar a la habitación 204.

—¿Se puede? —Lena lo preguntó con una voz suave que a Nick lo sorprendió. Solo encontró algo similar a un gruñido por respuesta y se volvió hacia Nick para advertirlo en un susurro—. Y este es de los mejores recibimientos que me ha dado en semanas. Pero luego siempre se ablanda.

Cuando entraron en la habitación, Nick se sorprendió por el aspecto del hombre que ocupaba la cama. Era joven, sería más o menos de su edad, y muy atractivo. Pinta de tipo duro, muchos tatuajes y una melena que le llegaba bastante por debajo de los hombros. Rictus serio. Y un cuerpo roto. Casi parecía que la parte superior de su cuerpo perteneciera a una persona diferente que la parte inferior, donde obviamente estaba el problema que lo había llevado hasta allí.

—¿Vienes a despedirte? —preguntó con voz ronca. Ese tipo de voz que se nota que pertenece a alguien no demasiado acostumbrado a usarla.

—Me temo que sí. —Lena hizo una mueca—. Y a presentarte a Nick. Mi... novio. Este es Sam, otro habitante de San Francisco a este lado del Atlántico.

Los dos hombres arquearon una ceja ante aquel tono dubitativo de Lena. Sam, porque no tenía ni idea de que tuviera pareja aquella chica que se había convertido en algo así como su única amiga a aquel lado del océano. Nick, porque le parecía increíble que, siendo la mujer más segura de sí misma que había conocido jamás, Lena aún titubeara al reconocer que tenía novio.

—Encantado. —El hombre se incorporó un poco en la cama y le tendió la mano a Nick, que se la estrechó con fuerza—. Yo a ti te conozco...

—Nick Webber. —Nick estaba acostumbrado a aquella situación desde hacía años. No era lo suficientemente famoso como futbolista para que la gente lo reconociera de un solo vistazo, pero a todo el mundo le sonaba su cara—. Jugué en la NFL hasta hace un año.

Sam solo respondió con un asentimiento de cabeza que significaba un montón de cosas a la vez. Que sí, que ya caía en quién era. Pero también que se había fijado en su bastón, que aquel día Nick necesitaba porque el tiempo estaba especialmente húmedo y eso lo mataba. Y había utilizado el pasado para referirse a su carrera, aunque era obvio que, por su edad, podría seguir jugando. Los dos hombres cruzaron una mirada con la que se dijeron muchas cosas.

—¿Cuándo te marchas? —le preguntó Sam a Lena, para romper un poco ese momento tan intenso.

—En tres días. Pero me los pasaré acabando de arreglar todo para la mudanza, así que... vengo a emplazarte para una cita en condiciones cuando regreses a San Francisco.

—No me propongas una cita delante de tu novio, hazme el favor —bromeó Sam, y la sonrisa radiante que se dibujó en la cara de Lena le dijo a Nick que aquel tono distendido no era muy habitual.

—Sigue soñando, chaval. —Lena se acercó un poco más a la cama y le tomó la mano sin pedir permiso—. En serio, espero que estés de vuelta en San Francisco pronto y que todo vuelva

a su cauce.

—No creo que nada...

—Mira, Sam... Ya te he dicho muchas veces que las cosas siempre acaban solucionándose. Incluso cuando nosotros mismos no queremos luchar, aunque eso lo haría más fácil.

—Ya lo sé, Lena... —reconoció él—. Simplemente... hay días en que se me hace más duro que otros.

—Pasarán. —Lena se incorporó un poco en su silla y le dio un beso en la mejilla—. Los malos días irán pasando y solo quedará la razón por la que tienes que luchar.

—Eso suena a que te has dejado a una persona en California... —intervino Nick, aunque no supo si había metido la pata al decirlo. La sonrisa de Sam (triste, nostálgica pero también con un brillo de esperanza) le dijo que el comentario había sido bien recibido.

—A dos. —Sam suspiró—. En realidad me he dejado a dos.

—Pues lucha por ellos —le recordó Lena—. Tenemos que irnos. Pero tienes mi teléfono de aquí, que aún conservaré unas semanas. Y el americano, que estará operativo a partir del sábado.

—Ya lo sé, mamá. —Sam y Nick compartieron otra mirada—. Te llamaré.

—Cualquier día, a cualquier hora, para cualquier cosa que necesites.

—Te lo prometo. —Sam la miró con una intensidad que, si no fuera porque Nick estaba absolutamente seguro de los sentimientos de Lena por él, lo habría puesto celoso—. Gracias.

—De nada, Sam. —Lena le dio un apretón fuerte en la mano y empezó a alejarse.

—No. En serio. Muchas gracias, de verdad. Por lo de todas estas semanas.

—Agradécemelo invitándome a un vino cuando regreses a San Francisco, que creo que será pronto.

Se despidieron sin mucha más ceremonia y Nick y Lena volvieron a salir a la calle. El silencio cundió al principio, mientras Nick rumiaba lo que acababa de ver. Si Sam era capaz de seguir sonriendo, después de las lesiones que acababa de comprobar que tenía su cuerpo, él no tenía derecho a quejarse, por más que ese día su rodilla estuviera especialmente puñetera.

—¿Lo has entendido ya? —le preguntó Lena.

—¿Que siempre hay alguien que está peor? —le confirmó Nick, con una mirada de reojo—. Sí. ¿Qué le pasó?

—Un accidente de moto.

—Uno jodido, por lo que veo.

—Hace ya casi un año. Pero prácticamente está empezando ahora la rehabilitación. No ha sido... fácil.

—Nunca lo es. —Nick quiso morderse la lengua—. No es que esté comparando su situación...

—Nick, te lo dije un día. No tiene sentido buscar culpables a las lesiones que sufrimos. Quédate también con esto: tampoco tiene sentido compararlas. A ti te duele lo tuyo, a mí lo mío y a Sam lo suyo.

—Ya. —Nick asintió—. Oye, ¿qué es esa historia de que se ha dejado a dos personas en San Francisco?

—Pues... una historia muy larga, complicada que no me corresponde a mí contar. Larga, complicada... y preciosa.

—¿Me vas a dejar así?

—¡Pero mira que eres cotilla! —Lena le dio un golpe en el brazo—. Es una historia que ya te contaré cuando tenga ocasión. Pero quédate con el mensaje de fondo.

—¿Otro mensaje?

—Sí. Que siempre es más fácil superar lo que nos pasa si hay un objetivo por el que luchar. Y si ese objetivo es una persona, o dos, como en su caso..., todo es más sencillo. Y más bonito.

Nick interpretó esas palabras como dirigidas a ellos mismos y sonrió. Regresaron a casa, siguieron embalando cajas —¿cómo era posible acumular tantas cosas en solo tres meses? — e intercambió un par de mensajes con sus hermanos. También echó un vistazo al currículum *online* que llevaba semanas preparando y que no publicaría hasta que finalizara su contrato de prácticas en MobApp Technologies. Solo esperaba encontrar un empleo dentro de San Francisco, porque estaba muy poco dispuesto a pasar ni un solo minuto más separado de ella. Mientras él pensaba en todas esas cosas, Lena sonreía, ya sin taparse nunca la boca, al tiempo que leía algo en su teléfono móvil.

—¿Qué te tiene tan contenta?

—Ni te imaginas.

—Seguro que algo más divertido que comprobar por enésima vez que mi currículum tiene buena pinta.

—Sí, sobre eso... ¿Cómo ves el futuro, Nick?

—El futuro... —Nick sonrió entre dientes; se había acostumbrado ya a que Lena sacara un tema trascendental con el mismo tono con el que le preguntaría qué le apetecía cenar—. Lo veo bonito —le respondió, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Y algo más concreto? ¿Profesionalmente?

—Mira, Lena... —Nick resopló—. Hasta hace apenas unos meses, no me imaginaba otro futuro profesional, al menos durante unos cuantos años, que seguir jugando al fútbol. Ahora me doy cuenta de que lo único que me importa es controlar el dolor de esta puta rodilla. —Nick hizo un gesto de fastidio—. Eso, y tenerte a mi lado, por supuesto. Pero ya no pienso que el fútbol lo sea todo. Es un precioso recuerdo del pasado. El sueño cumplido de cualquier chico que juega al fútbol en su instituto. Pero siempre supe que mi futuro estaba en la informática. Simplemente... ese futuro ha llegado antes de lo que esperaba.

—¿Y te gustaría seguir vinculado a una empresa de Silicon Valley? ¿O te apetece probar en cualquier otro lugar?

—¿Bromeas? Tú estás en San Francisco, ¿no? Pues yo estaré en San Francisco, aunque tenga que trabajar en un McDonalds.

—Ya...

—¿Qué pasa, Lena? —Nick se rio. Se notaba a la legua que su novia ocultaba información—. Se te da fatal hacerte la interesante.

—Así que quieres trabajar en Silicon Valley y... ¿Cómo has dicho? ¿Que lo único que te importa, además de controlar el dolor, es tenerme a tu lado?

—Ajá.

—Entonces supongo que esto te interesa.

Lena cogió su móvil, se lo puso a Nick delante de la cara y se quedó allí, como espectadora de primera fila, para comprobar los diferentes cambios que se iban produciendo en su expresión facial.

—¿Qué...? ¿Qué significa esto?

Nick no era tonto y tenía una comprensión lectora bastante decente, así que sabía perfectamente lo que decía el mail que tanto había hecho sonreír a Lena un rato antes. Que en MobApp Technologies estaban encantados con su trabajo, tanto en la sede central como en los tres meses que llevaba en Londres, y que, a falta del OK de Lena, le ofrecían un puesto fijo como subdirector del equipo que ella dirigía en Silicon Valley.

—Significa que debería usted saludar como corresponde a su jefa directa, señor Webber.
—Aún no lo eres, ¿no? Falta que des el OK.
—¿Se te ocurre alguna manera de convencerme? —le preguntó, coqueta.
—Las que quieras. ¿Trabajar en lo que más me gusta y pasar todo el día junto a ti?
—Y toda la noche... —aportó ella.
—Eso. Todo el día y toda la noche. Ni fútbol ni nada, Lena. Eso sí es el jodido sueño de mi vida.
Y con una ronda lenta y golosa de besos, lenguas, gemidos y amor... sellaron el contrato.

Epílogo

Cinco años después

Lena estaba eléctrica aquella tarde. Hacía un día de sol radiante en San Francisco, a pesar de que las jornadas anteriores habían estado algo lluviosas y Lena había entrado en barrena de puro pavor a que la fiesta que llevaba semanas planeando no pudiera celebrarse. Nick solo sonreía cuando la veía tan nerviosa, porque no era habitual que Lena perdiera su temple habitual, y mucho menos por algo tan frívolo como una fiesta.

Pero es que aquello era algo más que una fiesta. De eso podía darse cuenta cualquiera que la conociera tan bien como lo hacía Nick.

Habían pasado cinco años desde el momento en que Nick y Lena habían dejado atrás todas las dudas y se habían consolidado como pareja con todas las letras. Con todas las letras de las palabras «para siempre». Hacía ya seis casi que se habían conocido en aquella mañana lluviosa en que Nick aún no era muy capaz de moverse en su silla de ruedas y Lena se había quedado impactada al conocer al hombre con la sonrisa más bonita que había visto jamás.

Esos cinco años les habían parecido al mismo tiempo un suspiro y una vida eterna. Un suspiro, porque todo lo bueno deja siempre esa sensación de efímero, de miedo a que las horas se escapen entre los dedos. Y una vida eterna, porque ninguno de los dos podía imaginar ya lo que sería levantarse por la mañana y no encontrar a su lado al otro.

La vida había fluido. Con sus altos y sus bajos. Después de regresar de Londres, sus trabajos se habían asentado. A Lena los jefes le habían valorado enormemente la tarea hecha en la capital británica y había visto su sueldo incrementado lo suficiente como para que empezara a plantearse esa locura que siempre suponía comprarse una vivienda en la carísima San Francisco. Nick había firmado un contrato indefinido, también con un buen salario, y solo necesitaron comentar las ganas que tenían de encontrar un lugar en el que vivir su amor sin que el trabajo y el ocio se entremezclaran como hacían en el edificio de apartamentos de MobApp Technologies para ponerse a la búsqueda.

Lena lloró el día que se marcharon de aquel edificio y se mudaron a un precioso *loft* cerca del Golden Gate. En aquel lugar se quedaban los mejores años de su vida hasta el momento, y nunca olvidaría que allí había conocido a su gran amor. Fueron unos años preciosos los del principio de su relación en aquel *loft*. Nick aprendió a vivir con las limitaciones que le imponía el estado de su pierna e incluso, poco a poco y siguiendo los consejos de sus médicos y fisioterapeutas, volvió a recuperar las ganas de hacer deporte. Lena tuvo miedo, al principio, de no ser capaz de compartir vivienda ni siquiera con Nick, porque estaba muy acostumbrada a ser independiente, a sus pequeñas manías, a su autonomía absoluta. Pero ese nunca fue un problema. Se adaptaron el uno al otro, en las grandes cosas y en los pequeños detalles, de una manera que los hizo pensar en que todos somos como piezas de puzle que podemos tener la suerte en algún momento de la vida de encontrar la que encaja a la perfección con nosotros.

Precisamente esa metáfora permitió una de las casualidades más afortunadas de las vidas de Nick y Lena en los últimos años. En el mismo momento en que Lena le expuso a Nick su teoría sobre las piezas de puzle, él le propuso una locura que llevaba tiempo rondándole la cabeza. Tatuarse algo juntos. Y qué mejor que dos piezas de puzle que encajaran a la perfección. Los jugadores de fútbol americano solían llevar los brazos, el pecho y casi cualquier parte visible de sus cuerpos tatuados, pero él nunca había caído en aquella moda; en realidad, nunca había

encontrado una razón lo suficientemente importante para llevarla toda la vida visible sobre su cuerpo. Hasta que llegó Lena. A Lena le encantaban los tatuajes, pero siempre había pensado que eran más para otra gente que para ella. A pesar de que, desde hacía algún tiempo, se preocupaba más por su estética, lo de los tatuajes, los *piercings* y los pelos de colores quedaba un poco lejos de su zona de confort. Hasta que escuchó la propuesta de Nick.

La afortunada casualidad fue el teléfono que eligió Lena para llevar a cabo aquel proyecto. Buscó en diferentes webs opiniones sobre tatuadores y solo un nombre destacó en todas ellas como «el mejor tatuador del norte de California». Sam Thornton. Aquel nombre al principio le pasó desapercibido; o, mejor dicho, le sonaba de algo, pero no acababa de darse cuenta de qué. Hasta que encontró una foto de aquel hombre en internet y descubrió que era Sam, *su* Sam, aquel paciente tan especial que había conocido en Londres y del que nunca había vuelto a saber nada. El día que Nick y Lena aparecieron en el estudio que poseía Sam en la zona de Haight Ashbury, hubo lágrimas en varios pares de ojos, por la emoción del reencuentro.

Sam era uno de los invitados de honor de la fiesta de aquella tarde, junto a Alex y Emma, por supuesto. Pero esa es una historia que no corresponde ahora contar... Ya llegará su momento.

Volviendo a la vida de Nick y Lena, a aquellos primeros años en el *loft*, había un solo tema de conversación que siempre era peliagudo. Más que peliagudo... un tabú. Una vez que se dieron cuenta de que eran una pareja estable, una de esas que puede fácilmente durar toda una vida —y eso ocurrió muy *muy* pronto—, a Nick le entraron unas ganas locas de ser padre. Estaba ya rondando los treinta, y él siempre había querido ser un padre joven. No podía imaginar una felicidad mayor que vivir rodeado por pequeñas copias perfectas de Lena y de él, de risas infantiles, juegos y vivencias familiares. Pero no se atrevía a sacarle el tema a Lena, porque no sabía cuánto de delicada sería esa cuestión para ella y sus circunstancias de salud.

—¿Sabes, Nick? Quizá debería decirte esto con más delicadeza, o prepararte de alguna manera, o al menos cerrar la puerta con llave para asegurarme de que no sales corriendo —le dijo ella una noche, mientras estaban tumbados en el enorme sofá del *loft* con una película tonta de fondo, a la que estaban haciendo menos caso que a las caricias que se prodigaban—, pero el caso es que me están entrando unas ganas de la hostia de tener un hijo contigo.

Nick se quedó boquiabierto, pero su gesto tardó muy poco en convertirse en una sonrisa enorme. Porque Lena era así, directa, franca y sincera, y esa era una de las muchas razones por las que estaba loco por ella. Y acababa de cumplir uno de los sueños de su vida, o al menos había puesto la primera piedra para hacerlo.

No fue sencillo. Consultaron a varios médicos, antes de encontrar a uno que les diera esperanzas de que, con las limitaciones de Lena, podrían ser padres sin mayor problema. Les hicieron un montón de análisis a ambos, comprobaron que eran perfectamente fértiles y les explicaron el procedimiento que se seguía para la fecundación de una mujer con una lesión medular a la altura de la que sufría Lena. Ella lo pasó mal unas semanas, justo antes del comienzo del tratamiento, preguntándose por primera vez en más de una década por qué tenía que haberle pasado aquello a ella, por qué no podía acostarse con su novio, como cualquier mujer *normal* y acabar quedándose embarazada sin necesidad de tratamientos, análisis y pruebas de lo más invasivas.

Pero todos aquellos miedos y traumas desaparecieron en el momento en que hicieron el primer intento de fecundación y esperaron resultados. Hubo varios momentos de subida y bajada anímica. Fue duro el primer *predictor* negativo; fue increíble celebrar el primer positivo; fue horrible llorar por un aborto que ni siquiera se podía considerar como tal, porque había sido más bien un falso positivo del *test* de embarazo; fue maravilloso saber que estaban juntos en aquella

lucha y que hasta los malos momentos sumaban; y fue el mejor momento de sus vidas, hasta entonces, el día que el ginecólogo de Lena les confirmó que ya estaba. Que estaban embarazados y habían superado el temido primer trimestre. Ah, y no solo eso. También había doble latido. Esperaban mellizos.

Los meses de embarazo fueron algo a medio camino entre el momento más ilusionante de sus vidas y una pesadilla de sobreprotección por parte de Nick. Lena llegó a gritarle que la dejara en paz cuando él insistió por vez número mil en que ella se tomara con más calma sus rutinas. Lena quería ser madre, lo deseaba más de lo que había deseado nada en toda su vida, pero también quería seguir siendo la mujer que había sido hasta entonces. Mujer, amante, amiga, trabajadora y libre. Nick acabó entendiéndolo y el último trimestre de embarazo se convirtió solo en una espera dulce hacia el día en que habían programado la cesárea de Lena, pues ese era el único método por el que podría dar a luz.

Y ese momento llegó una mañana de finales de noviembre. Mark y Andrea Webber Bouvier pesaron más de tres kilos, tenían sus cabecitas cubiertas de pelo castaño e hicieron a sus padres las personas más felices sobre la faz de la tierra. La euforia nunca acabó de irse, pero la realidad fue dura. Dos bebés recién nacidos, que nunca parecían coordinarse para dormir, que exigían todo el esfuerzo de sus padres, que tampoco querían perder de vista sus carreras profesionales y que, encima, vivían en un *loft* en el que no existía la posibilidad de que alguno se echara una siesta mientras el otro cuidaba a los niños.

Fueron unos primeros meses duros a los que Nick y Lena tenían la sensación de que solo habían sobrevivido gracias a Jamie y Annie, que eran también padres recientes, aunque ya con algo más de experiencia que ellos. Ellos los aconsejaban, se quedaban de vez en cuando con los niños para que ellos pudieran airearse, hacer planes de pareja o, simplemente, dormir; y también les contaban las bondades de la paternidad, para que no perdieran de vista ni por un momento que aquella experiencia, aunque dura y agotadora, era lo mejor que les podría pasar en la vida.

Nick llegó una tarde a casa del trabajo con una noticia que a Lena le hizo abrir los ojos como platos. Había encontrado una casa en las afueras, una preciosa vivienda unifamiliar victoriana llena de encanto, con un jardín precioso con vistas a la bahía, cuatro habitaciones enormes y un salón-cocina que podría convertirse en el centro de la vida familiar. Lena le preguntó si había perdido el juicio; hacía menos de tres años que habían comprado el *loft* y ni siquiera se habían librado aún de la hipoteca. Aunque Nick, con los ahorros de su época de futbolista, podría haber pagado las dos casas a tocateja, Lena se había empeñado siempre en que sus economías fueran equitativas.

Nick le respondió a Lena dos cosas aquella tarde: que sí, había perdido la cabeza; y que sí, quería mudarse a aquella casa y que acabaran llenándola de niños —ni siquiera la privación de sueño les había quitado las ganas de ampliar la familia—. Lena pensó en gritarle, pero su subconsciente fue más rápido que ella y se le dibujó una sonrisa preciosa. Una de aquellas que ya nunca taparía.

El último año había sido un pequeño caos vital, pero había sido el caos más bonito del mundo. Habían seguido viviendo un tiempo en el *loft*, mientras llevaban a cabo una reforma integral de la casa victoriana, para hacerla más adaptada a la realidad de ambos y a la vida de una familia que prometía acabar siendo numerosa. Incluso en el jardín, habían construido una piscina —cuidadosamente vallada para que no fuera peligrosa para los niños— con una silla automática que permitiría a Lena entrar y salir sin ayuda. Aquella había sido una de las muchas aportaciones de Jamie, que en su día había construido su preciosa casa siguiendo todas las necesidades de un usuario de silla de ruedas. De hecho, Jamie era el único que, antes de aquella tarde, había podido

ver cada detalle de la casa.

Y es que lo que se celebraba en aquel jardín soleado, en aquella preciosa tarde de verano, era la inauguración de la casa de la familia Webber–Bouvier. Bueno..., eso era lo que creían los invitados, al menos. Ellos tenían alguna que otra sorpresa preparada.

Los primeros en aparecer fueron Jamie y Annie, acompañados de Patrick y Julianne, sus preciosos hijos, que eran solo un poco mayores que Andrea y Mark. Enseguida empezaron a jugar, con Patrick, el mayor de todos, erigido en un líder nato que recordaba tanto a su padre que nadie diría que no compartían genes.

—Llegáis un poco pronto, ¿no? —les preguntó Nick en un tono burlón. Eran las siete menos cuarto y los habían citado allí a las siete.

—Esta... —dijo Jamie, señalando a su mujer con una ceja arqueada—, que no aguantaba más sin ver la casa.

—Como si no le hubieras enseñado fotos a escondidas durante todos estos meses —le reprochó Lena, antes de darle un abrazo que sorprendió a Jamie. Ellos seguían dando esa imagen de pullas y broncas en público, pero se querían más de lo que estaban dispuestos a demostrar. Y Lena nunca podría agradecerle lo suficiente todo su apoyo para construir la casa de manera que ella no tuviera ninguna limitación a causa de su silla de ruedas.

Los siguientes en aparecer fueron los padres de Lena. Lo primero que hicieron fue lanzarse a por sus nietos, a los que adoraban. Después saludaron a Nick, que era su auténtica debilidad; porque era un chico encantador y porque hacía más feliz a su hija de lo que nunca habrían podido imaginar que sería. Cuando finalmente llegaron hasta Lena, ella les reprochó que parecía la última mona de la familia. Y en la sonrisa burlona con que le respondieron sus padres fue consciente, por primera vez en quince años, de que el dolor y la culpabilidad por aquel accidente que en realidad no había sido culpa de nadie había quedado en un mal recuerdo.

Sam, Alex y Emma aparecieron a continuación y, casi de inmediato, la familia Webber, recién llegada de Boston, acaparó toda la atención. Los padres de Nick imitaron a sus consuegros y se lanzaron a comerse a besos a sus nietos, a los que veían menos de los que les gustaría por culpa de la distancia. Matt, acompañado de su mujer, con la que se había casado un par de años antes; estaban esperando su primer hijo y Nick no se aguantaba la emoción de saber que pronto sus hijos tendrían un primo o prima con el que jugar. Y Donnie, tan mayor que a Nick le daba la sensación de que los últimos años les habían volado entre los dedos. Ya licenciado, con su primer trabajo y planteándose mudarse a San Francisco para estar más cerca de su hermano, de sus sobrinos y de su cuñada, a la que adoraba.

Ya estaban todos allí y enseguida empezaron la visita guiada a la casa nueva. Recorrieron cada rincón, respondieron a las preguntas de todos, aguantaron las burlas de Matt por ser «unos millonetis» y las amenazas de Donnie de mudarse al cuarto de invitados cuanto antes. Todos apreciaron lo bien integrados que estaban los elementos de adaptabilidad a la arquitectura clásica de la casa, especialmente aquellos que sufrían en carne propia alguna diversidad funcional que complicaba sus vidas diarias.

Ya había anochecido sobre la ciudad cuando todos pasaron al jardín, donde un servicio de *catering* había servido unas horas antes una cena fría. Todos se sentaron a la mesa y las conversaciones fluyeron sin que hubiera silencios incómodos. No todos los asistentes se conocían de antes, pero todos tenían algo en común: un amor puro y enorme por las dos personas que celebraban aquella noche la inauguración de su nuevo hogar. Sam y Alex hicieron buenas migas con Annie, Matt y Donnie; Emma pasó mucho tiempo cuidando de los niños junto a sus dos abuelas y a Jamie; Lena se dejó achuchar por su padre; y Nick respondió con paciencia a las

preguntas del suyo sobre la extraña relación que mantenían Sam, Alex y Emma. Le dijo varias veces que no era extraña en absoluto, sino más bien... poco convencional. Y también le repitió que esa historia sería contada en otro momento.

Estaban ya todos disfrutando de unos cócteles de sabor tropical cuando alguien llamó a la puerta de la casa. Nick y Lena intercambiaron un guiño burlón, mientras el resto de invitados miraba a un lado y a otro en busca de alguna ausencia que justificara aquella llegada tardía. Pero no... no era nadie a quien conocieran de antes. De hecho, Nick y Lena nunca habían visto a aquel hombre hasta un par de semanas antes, cuando lo habían contratado para que pusiera el broche de oro a aquella fiesta.

—Bueno... —empezó a hablar Nick, aunque se interrumpió en un carraspeo porque, de repente, lo ponía nervioso confesar delante de su familia qué estaban haciendo allí en realidad.

—Ya lo cuento yo —atajó Lena, siempre más segura y dispuesta—. Familia, amigos... vosotros creíais que veníais aquí a una inauguración, pero... creedme, no habríamos insistido tanto para que estuvierais aquí, incluso atravesando todo el país —dedicó una mirada de agradecimiento sincero a sus suegros y sus cuñados— solo para que vierais una casa.

—Bienvenidos a nuestra boda —finalizó Nick, haciendo que la euforia cundiera entre los invitados.

Ni siquiera Jamie había podido imaginar aquella salida de Nick y Lena. Y creía conocerlos mejor que nadie en el mundo. No había sospechado siquiera al ver aquel día a Lena ataviada con un vestido largo blanco. Pero sí que estuvo a punto de derramar una lágrima cuando Lena se le acercó y le preguntó si querría acompañarla al altar. Lena lo había consultado un segundo antes con su padre, para asegurarse de que él no se sintiera ofendido, y su progenitor aceptó en cuanto comprendió la causa de la elección de Lena. Jamie era el único allí presente que tenía una lesión similar a la suya. Si Lena tenía que llegar al altar en silla de ruedas, prefería hacerlo acompañada por alguien que compartiera su situación.

Nick se llevó a sus hermanos al altar. Donnie empezó a llorar antes siquiera de que sonara la marcha nupcial en el iPad que Nick había dejado preparado, y se ganó con ello las burlas de Matt y Nick. Pero después de que el pastor dijera aquello de «puedes besar a la novia» y tras la lectura de unos votos que fueron el amor puro puesto en palabras, ya no quedaba ni una sola persona en aquel jardín con los ojos secos.

La fiesta duró toda la noche y la felicidad toda la vida. Jamie se convirtió en el alma de la reunión, explicándoles a todos aquellos fanáticos del deporte que lo rodeaban los secretos del baloncesto en silla de ruedas. A pesar de los intentos de Lena, Nick nunca se había decidido por el deporte de la canasta, ni en versión adaptada ni tradicional. En los últimos tiempos le había dado, en cambio, por el ciclismo de montaña, una de las pocas disciplinas en las que su pierna izquierda no protestaba demasiado. Un par de años antes, el equipo paralímpico de los Estados Unidos, dirigido por Lena Bouvier y capitaneado por Jamie Parks, se había hecho con la medalla de oro en aquel evento y Nick había estado a punto de morir de orgullo al verla triunfar, una vez más, en aquello que se había propuesto. Pero aun así... el baloncesto seguía sin ser su deporte. Ni Jamie ni Lena eran capaces de comprenderlo.

Era de madrugada cuando los primeros invitados empezaron a irse. Todos estaban felices ante el paso que habían dado Nick y Lena aquella noche, a pesar de que a ojos de todos los que los querían ellos ya eran matrimonio antes de tener un papel que lo demostrara. Pero aquel día era el inicio de una nueva vida, una más ilusionante aún que la anterior, con una nueva casa, dos niños preciosos y sanos, y un papel que decía que estarían juntos para siempre. Y lo estarían. Eso lo sabían ellos, lo sabían su familia, sus amigos y cualquiera que viera la manera en que les

brillaban los ojos cuando se miraban.

Jamie y Annie, cada uno con uno de sus hijos dormido entre los brazos, se despidieron de Nick y Lena con un abrazo y la promesa de verse el siguiente fin de semana para inaugurar la barbacoa del jardín. Sam, Alex y Emma se acercaron a continuación y se repartieron besos y abrazos. Lena los miró y sintió un ramalazo de orgullo. Sabía cuánto habían sufrido hasta llegar al punto en que podían acabar compartiendo una fiesta relajada con amigos, sin miedos, traumas, complejos ni dolor a la espalda. Eso había quedado atrás. Cuando vio que cerraban la puerta tras de sí y volvían a sus vidas, Lena miró a Nick y leyó en sus ojos lo mismo que decían los suyos: que aquellas tres personas tan importantes en sus vidas tenían una historia que merecía ser contada. Y que había llegado ya el momento de hacerlo.

Pero hasta que llegara ese momento... ellos se meterían en la cama, se acurrucarían juntos y cruzarían los dedos para que los niños no se despertaran mientras ellos luchaban contra las sábanas con las armas que mejor conocían: los gemidos, los jadeos, los susurros y los orgasmos. Y un amor que no tenían ninguna duda de que sería eterno.

FIN

¿Te has quedado con ganas de conocer la historia de Sam, Emma y Alex?

¡Muy pronto a la venta!

Towanda Richardson es una escritora española que debutó en la novela romántica con la serie **Amar a un multimillonario**:



La serie **Corazones heridos** comenzó con [Yo curaré tus heridas](#), continúa con *Yo caminaré de tu mano* y se cerrará en el segundo semestre de 2019 con la historia de Sam, Emma y Alex.

Si deseas contactar con Towanda o estar al día de todas las novedades sobre sus novelas, puedes seguirla en su web (towandarichardson.blogspot.com), encontrarla en Facebook ([Towanda Richardson Escritora](#)) o enviarle un email a towandarichardson33@gmail.com y te responderá lo antes posible.